



Quando vuelvan
las **palomas**



LUCÍA LÓPEZ CORCUERA



narrativa

Cuando vuelvan las palomas

Lucía López Corcuera obtuvo mención honorífica de novela en el IX Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2017. El jurado estuvo integrado por Benito Taibo, Beatriz Escalante y Agustín Monsreal.

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

LUCÍA LÓPEZ CORCUERA

Cuando vuelvan
las palomas



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente
Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros
Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricoli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico
Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo
Roque René Santín Villavicencio

Cuando vuelvan las palomas
© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Lucía López Corcuera

ISBN: 978-607-495-635-1

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/36/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

A mi madre

Algo callamos, por miedo. Algo alteramos, por vanidad.

VIRGINIA WOOLF

Las olas

Capítulo I

Jaime entrecerraba los ojos, como si estuviera imaginando algo o como si estuviera drogado, exactamente así los ponía cuando teníamos sexo.

Ahora que lo recuerdo me da risa, no entiendo cómo no me reía cuando lo veía arriba de mí con esa mirada perdida, medio intensa. De seguro él creía que ésa era su cara de interesante, de intelectual, de calculador, de amante tipo *latin lover* estilo Antonio Banderas. Su cuerpo musculoso, las venas de los brazos, su ancho cuello, la piel siempre bronceada por el sol, los rizos de su frente balanceándose al mismo ritmo que su cuerpo y esa mirada de *I know what I'm doing and you like it baby*.

No puedo seguir pensando en la cara de Jaime cuando hacíamos el amor mientras hago lo mismo con Roberto, qué manía la mía de

comparar; si soy sincera, nada tiene que ver un rostro con el otro. Al menos Jaime me causaba gracia, el de Roberto me causa tristeza.

Sus ojos cerrados, apretados, su respiración agitada, el sudor de su cuerpo, las ganas forzadas, su piel lampiña, blanca y tersa, pero, sobre todo, sus ganas de no verme; a lo mejor sabe que si me mira a los ojos confirmaría lo que ambos sabemos: su forma de amar en la cama no me provoca el estremecimiento ni de media pestaña.

A veces me imagino que no tiene cara, se la desdibujo, lo veo borroso, pienso que de esa manera puedo concentrarme y disfrutar del momento, pero aun sin cabeza esa mirada suplicante, bondadosa, encuentra la forma de verme y pierdo la concentración, el interés y el placer.

Tanto fingir me ha convertido en una experta en la materia, sólo es necesario observarlo: en cuanto aprieta los párpados debo comenzar a gritar de placer, así de sencillo, a eso yo le llamo sincronización.

Hoy definitivamente mis gritos no expresaban placer, eran de tristeza y con ellos lágrimas surcaron mi rostro hasta terminar en la cuenca de mi boca, donde su sabor amargo me delató cuando la lengua de Roberto se inmiscuía en mis labios. Mi propio cuerpo me ha delatado, traidor.

—Amor, ¿estás llorando? ¿Por qué lloras? ¿Te lastimé? ¿Te sientes mal? —me pregunta Roberto; preguntas que sólo un hombre como él sabe hacer, tan caballero, tan dulce, tan romántico, tan ausente, tan perfectamente imperfecto para alguien tan jodida como yo.

Roberto comienza a preocuparse, mueve su delgado cuerpo de arriba de mí y se acomoda a mi lado, me acaricia el pelo, me limpia la cara con la palma de su suave mano, de esa mano pequeña

y delicada: mano de cirujano, mano de artista, con esa mano que envolvía la mía mientras caminábamos por las calles, expresando posesión cuando trataba de transmitir seguridad, pertenencia, sentimientos que nunca experimenté con él y que también fingí sentirlos.

—¡Basta ya de esta farsa! —grité con la fuerza de mis pulmones, mientras mi boca tragaba saliva amarga, revuelta con lágrimas, no sé de dónde salieron semejantes palabras como cuchillos. Salté de la cama, me comencé a vestir lo más rápido posible, sabía que estaba a punto de romper lo único que tenía perfecto en mi vida, a él, a Roberto.

Sólo quería salir corriendo, huir. Hubiera salido desnuda y a lo mejor así hubiera salvado algo de cordura, dos minutos hubieran sido suficientes, pero mi moral criada por monjas me impedía tan siquiera imaginarme salir sin pantalón y así fue como el torbellino de cuchillos aniquilaron mi última esperanza que tenía de amar.

Abandoné el departamento, nuestro departamento donde supuestamente viviríamos unos meses más tarde cuando nos casáramos. Lo habíamos comprado con todos nuestros ahorros. Roberto ya se había mudado ahí, no tenía mucho caso pagar renta y decidimos utilizar ese dinero en comprar muebles. Sólo nos alcanzó para comprar la recámara, el refrigerador, un sillón y un televisor.

Salí corriendo. Lo más curioso fue descubrir que atrás de mí, mientras bajaba los escalones de los cuatro pisos del edificio, no había nadie. Roberto no me seguía, no escuché en ningún momento gritos de “a dónde vas, regresa, qué te pasa, todo se puede solucionar, te amo”, como me había imaginado que él reaccionaría, pero no fue así, ningún ruido me persiguió, ni un movimiento, nada más

el resonar de mis botas golpeando cada escalón que bajaba y mi respiración agitada, asustada, entrecortada.

Me sentí orgullosa de Roberto, pensé que por fin había aprendido, así como cuando un niño pequeño después de repetirle infinidad de veces que haga algo, te sorprende y hace con exactitud lo que pediste, ese tipo de orgullo; después de tres años escuchó lo que yo había pedido con gritos silenciosos y que mi cobardía no me atrevía a poner con palabras: que me dejara en paz.

Bien, Roberto, así se hace. Aunque duela, uno se agarra un huevo y deja ir, aunque las lágrimas te imploren que te muevas, aunque tu instinto te diga que saltes atrás de lo que quieres, algo en el fondo, muy en el fondo, te ordena que te quedes quieto, que no respires, que no llores, que no pienses, para acabar convenciéndote de que lo correcto es no moverse y dejar pasar los minutos. Los músculos se tensan hasta que duelen, los ojos parpadean lentamente, la boca deja de producir saliva, el corazón recupera su ritmo pausado después del frenesí recién vivido; ahí, en medio de esa quietud, reconoces que estarás bien, pese a que te lleve el carajo.

Abrió la puerta de la calle y el frío viento de noviembre me golpeó la cara para regresarme a la realidad, ahí estaba yo: en mitad de la calle Tizoc, en su cruce con Cuautla, a las cuatro de la madrugada, con mi brasier negro en una mano y en la otra mi vida entera, sola.

Capítulo II

Después de la tormenta siempre llega la calma, eso es lo que quisiera, en el fondo sigo sumergida en la tormenta y no sé si vaya a existir calma pronto; me encuentro en un mundo debajo del mar, ahogándome, no encuentro la salida, no veo por dónde entra la luz para nadar hacia allí. Todo es oscuro y frío.

He cancelado la boda.

—Sólo una mujer tan inestable como tú haría algo tan inesperado —son las palabras de mi madre, la escucho mientras me atosiga con preguntas, he perdido todo tipo de credibilidad y de respeto en esta familia.

Mi madre abre la puerta del baño para que le diga por qué he hecho semejante estupidez, la privacidad ha dejado de existir para mí.

—¿Cómo que no sabes por qué? ¿Qué tipo de respuesta es ésta?

—Son muchas cosas, mamá, no tengo ganas de hablar —le contesto, deseo que salga del baño y me deje sola.

—Espero que sean muchas cosas que se puedan solucionar —dice, ella cree que todo en esta vida tiene solución, excepto la muerte, como la he oído decir tantas veces.

La escucho y observo el humo que desprende mi cigarro, pareciera, por instantes, que se ha formado una cortina entre ella y yo y dejo de escucharla, mas sólo es el humo el causante de que la vea borrosa, mi madre sigue igual: enfadada y preocupada.

—¿Cuándo vas a madurar, niña? Tienes treinta y cinco años, Roberto era lo mejor que te había pasado en la vida, sí sabes que ya no eres una jovencita, ¿verdad? —dice, sin saber cómo moverse en el poco espacio que hay dentro del baño.

Como si no lo supiera, madre. Mi cuerpo me acaba de delatar rompiendo en mil pedazos todas las estructuras que había formado a lo largo de mi vida. Estructuras que me daban estabilidad, control, paz, pertenencia. Ahora los añicos afilados de esta disfuncionalidad me están cortando por dentro, desorganización asesina, pienso para mis adentros.

—Yo no sé cómo le vas hacer, Oriana, lo tienes que recuperar.

Azota la puerta tras de sí, lo peor es que ni encerrada en el baño me siento segura, su preocupación de tener una hija solterona me persigue por toda la casa, hasta en los sueños la siento detrás de mí, implorando que me convierta en una mujer normal, el problema es que no sé cómo es una mujer normal y la verdad no sé si me interesa serlo.

Un cigarro tras otro, la cortina de humo invadió por completo el ambiente del cuarto de baño, no veo nada, todo es borroso, incierto.

Decido salir de mi guarida ficticia y soy engullida por la cama, las frescas sábanas me abrazan el cuerpo y las plumas del edredón flotan encima del frío que me corroe las piernas. No quiero saber qué hubiera pensado mi padre si viviera para ver a mi madre desquiciada por la estúpida decisión de su hija, dejando ir al único hombre que parecía me podía amar.

Cuando por fin había logrado convencerla de mi normalidad al escoger a un hombre sano, bueno, trabajador, culto para yerno, la defraudo una vez más. Tan experta he sido en fingir orgasmos como en fingir la normalidad, lo peor de todo es que hace años no siento ni uno ni otra.

Hace cuánto estas paredes me han visto dormir, me han visto soñar, ellas son las que mejor me conocen; siempre he creído que la amargura que exhalo en cada respiración transformó su color blanco original en un tono grisáceo, sucio.

—Las depresiones en esta casa no tienen cabida, te levantas, te bañas, te pones guapa y te vas a trabajar. A alguna hora del día espero soluciones esto que hiciste y todo regrese a la normalidad —escucho a mi madre gritar, habla la voz de la cordura, se me olvidó por instantes que en esta familia la única que tiene derecho a las depresiones es ella. Abre las cortinas de mi cuarto y deja entrar la luz de la mañana y vuelvo a sentir, en cuestión de segundos, cómo esa luz brillante me invade el cuerpo, toma posesión de mi ser al igual que las mañanas cuando amanecía en el departamento con Roberto, cuando el sol penetraba por los grandes ventanales de la sala, lo iluminaba todo, lo llenaba de brillo, pero a mí esa luz me

observaba, me juzgaba, me traspasaba la ropa y me dejaba desnuda y vulnerable.

Mi madre arranca el edredón que envolvía mi cuerpo doliente, descubro mis piernas, entumidas, la tensión a la que me he expuesto en los últimos días ha sido suficiente para poner mis músculos duros, como lucen después de correr un maratón, sólo que el único maratón que he corrido ha sido hacia la locura.

No creo tener fuerza para despegarme de la sábana, la transpiración de la noche ha convertido mi piel en una segunda capa de ropa de cama, tengo miedo de levantarme y descubrir que mi cuerpo sigue funcionando aun sin mi voluntad, aun sintiéndome rota. Sé que todo sigue su curso, la vida no se detiene por más jodido que te encuentres.

Levanto la espalda y bajo mis pesadas piernas al suelo, toco con la punta de los dedos la alfombra azul, me incorporo y pese a mis dudas de si mi columna vertebral resistirá el peso de mi cuerpo, lo hace, se endereza recta como una espiga y, para mi asombro, mi pie izquierdo da un paso, inmediatamente después el derecho hace lo mismo, uno a uno, siento la alfombra amortiguar la planta de los pies, mis dedos, a cada paso que doy. Se dirigen al baño, no hay necesidad de poner objeción o contradecirlos, ellos saben mejor que yo lo que tenemos que hacer: huir lo más pronto posible y encontrar el aire para respirar y sobrevivir.

Mis brazos recobran fuerza y azotan la puerta del baño, dejan a mi madre afuera, continúa con sus gritos, con sus lamentaciones. Me pregunto qué imagen tendrá ella de mí y qué creerá que yo pienso de ella. ¿Sabrá que todo lo que sale de su boca ha dejado de tener validez desde hace muchos años? Cómo hizo para salir adelante con

su vida truncada, cuando a los cincuenta y nueve años el destino la abofeteó con dos golpes mortales, la hicieron tambalear y se aferró a las paredes de su corazón para sobrevivir, se reinventó para convertirse en la señora Valdés, así nada más, a secas, eliminó de su firma y de su vida el “de Segura” con el que había crecido, con el que se había convertido en señora de la casa, en señora de la alta sociedad, en mujer, en madre, en desquiciada, en inútil, en viuda.

Me miro en el espejo, la imagen que me regresa me incomoda, me devuelve a la realidad. Dejo a un lado mis pensamientos acerca de mi madre, su larga y esbelta figura camina de un lado al otro de mi habitación, habla para ella. De repente, el espejo me regala una imagen tan parecida a la de mi madre, ¿será que a mis treinta y cinco años nuestras caras por fin se reconocen familiares? Se me viene a la mente cómo de pequeña me escondía entre sus vestidos largos y la observaba mientras se arreglaba. Su cara afilada, de piel tostada, con sus enormes ojos verdes, sus rizos largos y castaños, las pecas que adornan sus mejillas, era a mis ojos la mujer más hermosa del planeta. Cuando terminaba de arreglarse y se iba, yo salía de mi escondrijo y me sentaba frente a su tocador, me veía largo rato en el espejo, hacía las muecas que le veía hacer, arqueaba la ceja derecha, contorneaba los labios al pintarlos con el lápiz labial, abría bien los ojos que me pintaba con sus sombras y aunque yo también heredé los ojos verdes de la bisabuela, nunca han tenido la intensidad ni guardado el misterio que encierran los ojos de mi madre.

¡Dios mío, Oriana, te estás convirtiendo en tu madre! Es lo primero que pienso mientras me observo en el espejo, la diferencia es que yo aparento setenta años y ella cada día luce más joven, las negras ojeras que rodean mis ojos hinchados, las arrugas que se

entercan en aparecer cuando estoy afligida o triste, las manchas del sol por no cuidarme en la playa de adolescente, los pómulos salientes que agudizan mi cara larga: parezco una momia o una enferma terminal, lástima que ninguna de las dos sea verdad.

Me siento en el lavamanos, aun a sabiendas de las palabras de mi madre que resuenan en mi cabeza: “un día de estos el lavamanos caerá al suelo, nada ni nadie soporta tanto peso”. Las ignoro una vez más, si se cae y se rompe la loza del mármol ya seríamos dos las rotas, omito las recomendaciones de mi mente y prendo un cigarro.

Demasiado temprano para fumar, desgraciadamente no existe el “demasiado temprano” para sentir o para no sentir; fumo y callo las voces de mi cabeza, las cuales insisten en que probablemente el cigarro que estoy fumando sea el causante de morir de cáncer de pulmón, las alejo de mi pensamiento y mi otra yo, la mala, la perversa, las regaña, alega que en cuestión de tristezas el cáncer de pulmón es lo último que nos debería de importar, total, de algo hemos de morir.

Capítulo III

Han pasado días y el sentimiento de que “jodí mi vida y soy una estúpida” sigue a flor de piel. Mi madre no coopera mucho para que me sienta mejor, me saca la vuelta en la casa, no me puede ver a los ojos y he descubierto que ha regresado a fumar, antiguo vicio al cual sólo acude cuando se siente realmente amenazada o deprimida.

Si me veo como me siento, probablemente parezca muerta, me es imposible concentrarme en el trabajo, no logro juntar dos palabras que tengan relación una con otra. Mi jefe de redacción me ha llamado hoy a primera hora para decirme que “o le ponía más esmero en los artículos de homicidios o me fuera replanteando mi profesión”, ojalá fuera así de sencillo replantearme mi vida.

No he sabido de Roberto, a veces imagino que cuando salí disparada del departamento sufrió un ataque cardíaco y murió; siempre con mis melodramas estilo Televisa, pero sería mejor que fueran ciertas mis imaginaciones a saber que no le pasó nada y que simplemente se dio cuenta de que no lo merezco, debería felicitarlo, por fin abrió los ojos y comprendió lo buena actriz que fui los tres años que estuvimos juntos y que la felicidad que decía gozar no era sino mi cobardía disfrazada para no estar sola.

Me entra la desesperación, quiero buscarlo, pedirle una disculpa por lo mal que me porté y borrar todas las palabras, pero cómo explicarle que esa noche perdí la batalla que venía peleando con mi cuerpo desde hacía treinta y cinco años para controlar sus movimientos, sus pensamientos, su voluntad y, esa noche, la boca dejó de funcionar como filtro y desbocó el manantial de verdades ofensivas y dolorosas.

Cómo explicarle que mi cuerpo se cansó de la incongruencia que mantenía con mi interior: rebelde, irrespetuoso, insaciable y, por fin, esa noche, se fundieron en uno mismo.

A veces me descubro viendo revistas de novias, pienso en cómo hubiera sido mi boda: si el banquete hubiera sido delicioso como lo había planeado, y la fiesta divertida, me imagino mi cara maquillada, mi pelo recogido en el chongo que había escogido, con los aretes de la abuela; planeando los últimos detalles, luego recuerdo que eso ya es parte del pasado, semejante a un sueño y me repito “así lo quisiste tú, así que no te quejes”.

Me rehúso a ver la cara de angustia de mi madre, por lo cual, al salir del periódico, decido visitar el bar de enfrente. Fue una decisión difícil de tomar, quería ver a Jaime, pero no tenía ganas de explicarle

lo que había hecho los últimos días, ¿decirle que rompí con mi prometido por él? ¿Es cierto eso o es mi necedad de encontrar siempre un culpable para poder salir yo como una víctima gloriosa? ¿Pensaba declararle mi amor? Cuál amor, si ya nos ha quedado claro que de eso no tengo ni puta idea, puesto que nadie en su sano juicio que ame de verdad sería capaz de acostarse varias noches con un desconocido levantado del bar de enfrente de su trabajo.

No, yo no sé de amor y, a decir verdad, no tengo certeza de que exista o sea sólo una idea que inventó el humano, así como a Dios, para sentirse bien con él mismo, para encontrarle sentido a su miserable vida, para echarle la culpa a alguien más de su felicidad o infelicidad.

¿Qué cara pondría al verlo? ¿Me iría otra vez al hotel con él? ¿Volvería a sentir un orgasmo?, ¿o ahora que ya soy libre mi vagina se acobardaría y se recluiría en razonamientos estúpidos, causándome frigidez? ¿Cómo reaccionaría yo y mi cuerpo? ¡Qué miedo afrontarme conmigo, con él y con mi cuerpo! Decidí ir, total, como dicen: uno propone y Dios dispone, en mi caso era: mi cabeza planea y mi cuerpo dispone, así que dejé que me sorprendiera.

Al cruzar la calle siento las rodillas temblar, la falda larga que traigo se me pega entre las piernas, el sudor me traiciona aun antes de presenciar la cara de mi amante. Saco un cigarro de la bolsa para mitigar los nervios y lo enciendo, volteo a un lado y a otro de la calle para evitar que un coche me atropelle, sólo faltaría eso para lograr un final de telenovela: “mujer muere al ser embestida por un auto amarillo al cruzar la calle para encontrarse con el amor de su vida”, qué cantidad de estupideces puedo llegar a pensar. El humo del cigarro nubla mis pensamientos; al llegar al bar le doy una larga

jalada, quiero consumir toda la nicotina posible para que me dé valor de abrir la puerta y enfrentar mi ensoñación o mi peor error.

No hay mucha gente, me siento en la barra, obligo a mis ojos a obedecerme y levanten la mirada para buscar el rostro de mis fantasías; para mi sorpresa no encuentro el de Jaime al fondo de la barra como era costumbre.

En su lugar hay un hombre moreno, gordo, con barbas gruesas dispersas por la cara, con un trapo verde limpia el trozo de barra que corresponde a donde estoy yo sentada y con la otra mano coloca un recipiente con cacahuates y me pregunta:

—¿Qué le sirvo, guapa?

Mis ojos se humillan ante tal confrontación y se esconden bajando la mirada, otra vez los tengo que reprender para que hagan pie y contesten a la pregunta.

“Pues primero me gustaría saber dónde coño está Jaime, el barman de siempre y qué haces tú en su lugar, te ordeno que te desaparezcas y lo traigas ante mi presencia para poder descansar y pedir mi cerveza helada”, con ganas de decirle, sólo que esta vez mis pensamientos no son procesados por mi lengua, gracias a Dios.

—Una Corona, por favor —es lo único que me atrevo a decir.

Mi cabeza trabaja a todo lo que da, produce ideas dignas de la telenovela: probablemente se fue al baño, lo corrieron, es su día de descanso, se enfermó, me lo imaginé, murió, regresó a Uruguay.

Quisiera entender por qué carajos no sé la razón de su desaparición o cómo le puedo hacer para averiguar sin que sepan de mi obsesión por él, no sé dónde vive, no sé quién lo conoce, ni dónde buscarlo. Siento temblar otra vez mis piernas, comienzo a angustiarme y pienso que lo más probable es que no lo vuelva a ver jamás

y entonces me dan ganas de buscarlo y encontrarlo y decirle que lo amo, que quiero estar con él, que voy a cambiar con tal de que no se desaparezca y... otra vez buenos finales para la telenovela. El problema es que sólo me atrevo a pedir otra cerveza y otra y otra mientras observo al nuevo barman, gordo, fofo, con la cara cacariza, con acné, ojos pequeños enmarcados por pestañas negras, lacias y rectas; me sorprende observándolo y sonrío, me muestra sus horribles dientes amarillos chuecos, me castigo por ser tan obvia y me voy al baño, tanta bebida comienza a causar efecto.

Parece que no sólo la bebida causó efecto en los riñones y mi vejiga, sino también en mis ojos, mientras descargo todo el líquido acumulado en mi interior, también suelto la tristeza y la angustia que me apretaban por dentro y chorros de lágrimas aparecen sin poder hacer nada para controlarlas, siento cómo me desinflató, me aligero, como si todas las lágrimas que he contenido durante tantos años se pusieran de acuerdo para evacuar mi cuerpo al mismo tiempo. No hago nada para impedirlo, ya es demasiado tarde, lo bueno es que estoy sola en el baño, por lo que sin penas ni prisas me suelto a mi ritmo.

Me encuentro completamente perdida, reconozco que muy en el fondo tengo intenciones de encontrar el amor y la estúpida pensó lo encontraría en Jaime, en ese hombre de origen uruguayo, de piel tostada y libre, libre, sin querer reconocer que probablemente para él sólo había sido un cuerpo en quien descansar los placeres del sexo fácil.

Imposible, me digo, no pude ser tan pendeja como para no darme cuenta antes, para mandar al carajo a Roberto por un hombre que no conocía, me puso a prueba y caí redondita.

Me repongo un poco, me aliso la falda, arrugada de tanto estar sentada en el escusado, me limpio la cara y me sueno los mocos con un largo pedazo de papel de baño y salgo a la realidad para encontrarme con la señora del aseo que me observa con esa mirada solidaria que sólo las mujeres sabemos dar. Trato de sonreírle con la sonrisa que uso cuando estoy segura de que todo está bien, sólo que esta vez sale de mi boca una mueca y mis labios tiemblan.

Siento la mirada de la señora a mis espaldas, por el espejo la veo de reojo, lleva un delantal de esos que usan las personas de limpieza de agencia, a cuadros negros ceñido en la cintura, mujer mayor, espalda un poco encorvada, con pelo entrecano recogido en un pequeño chongo, piel morena mexicana, curtida por el sol y las largas horas de trabajo mal pagadas.

Me lavo las manos tranquilamente, la observo y ella sigue mirándome, no sé si espera que me salga para reanudar la limpieza, le deje propina o continúe llorando, yo sólo quisiera abrazarla, a ella o a quien fuera.

Salgo del baño, me acerco a la barra, saco de mi bolsa un billete de quinientos pesos y lo dejo debajo de mi cerveza. Doy una última mirada a mi bar favorito de la ciudad y le digo adiós al gordo del barman con la mano y al recuerdo de Jaime.

Capítulo IV

Mi cabeza trabaja a mil por hora, imágenes a toda velocidad van y vienen; sobreactividad neuronal. Sigo viva gracias a la nicotina y al exceso de cafeína que he tomado en las últimas semanas; ideas revolotean en mi cabeza como parvada de pájaros, como manada de caballos, salvajes, desbocados, no sé a dónde se dirigen ni qué es lo que intentan decirme. Me siento tan desorganizada, tan desestructurada, yo, la mujer de las eternas listas. Ahora, la lista se encuentra en blanco.

He intentado de todo para aclararme, me siento en el escritorio de mi oficina con el cuaderno donde anoto las listas, pienso que algo se me ha de ocurrir pronto para no enloquecer: nada, ni una palabra, ni tan siquiera ir a la farmacia a comprar tampones, nada parece importante para mi cabeza en estos momentos.

Las palabras no surgen para mis famosos registros, menos aún para redactar los artículos para el periódico. Tengo que aceptar lo inaceptable: ellas también me han abandonado.

Abro la carpeta para ver las fotografías con imágenes de los asesinatos, de los atropellados, de los desaparecidos, con las cuales tengo que hacer y recrear una historia para adornar la página principal del periódico, mas no veo nada, no me inmutan los rostros de los fallecidos ensangrentados, las partes corporales mutiladas, los cuerpos cobijados encontrados en las colonias pobres de la ciudad. Nada, ni una lágrima, ni una emoción, no siento nada. Podría estar muerta ante tanta inmovilidad de mi ser, pero no, estoy viva, estoy segura. Cierro la carpeta, apago la computadora, guardo mis pertenencias en mi bolso y me voy.

Renuncio, aun sin avisar al jefe, tomo la decisión y me marchó, así sin consultar mis listas de pros y contras, si me detengo a pensarlo probablemente me quedaré otros seis años.

Suficiente, Oriana, me digo, si viendo las imágenes más horribles que alguien pudiera ver, yo no siento nada, significa:

1. Hago algo que me mueva de mi estado de petrificación y de indiferencia ante el dolor propio y ajeno o:

2. Prefiero morir.

Tengo miedo de que sea demasiado tarde para mí, para cambiar. ¿Y si no llego a sentir nunca más?

Jamás he sido buena para tomar decisiones y menos cuando son inmediatas, imprevistas; romper con Roberto fue la decisión que comenzó con este comportamiento repentino, tan desconocido para mí. No voy a extrañar mucho el trabajo, para ser sincera, convertirte en redactora de las noticias más espantosas del periódico

más alarmista de México no habla muy bien de una persona que se considere sana y cuerda.

Salgo a la calle y me dirijo a casa de mi abuela, no estoy tan apegada a ella, pero en su casa vive mi nana, quien lo fuera también de mi padre. La única persona que realmente me conoce, sin tapaduras, sin máscaras; quien ha visto mi alma desnuda, la que sabe de mi fragilidad y de lo vulnerable que soy detrás de la cara de mujer fuerte.

Mi nana Socorro, Soco. Toco la campana de la puerta de entrada, imploro que no esté mi abuela en casa, así me ahorro el saludo, me abre la cocinera de turno, han pasado tantas mujeres por ese puesto que ya perdí la esperanza de aprenderme sus nombres, al parecer no existe en el mundo mucha gente dispuesta a soportar los tratos de mi abuela.

—Hola, niña Oriana, su abuela ha salido al súper —todas tienen la manía o la educación de llamarme niña, cosa que me agrada, aun con los treinta y cinco años cargando en mi espalda alguien se atreve a llamarme así, me gusta.

—Mejor —le respondo y me cuelo por debajo de su brazo y subo por las escaleras de servicio al cuarto de mi nana. Paso el primer y el segundo piso donde se encuentran las habitaciones de mi abuela y las que años antes pertenecieron a mis tíos, hermanos de mi padre. Es en el tercer y último piso de esta casa de los años cuarenta donde se encuentra la habitación de mi nana, junto a la lavandería y un patio azotea, donde salgo a fumar con ella.

Grito desde el segundo piso, “¡Soco, Soco, Socorrooooo, ayuda!”. Ella me espera al borde de la escalera:

—¿Siempre tienes que hacer tanto argüende cuando llegas?;No te importa despertarme? —me dice, con las manos en la

cintura y su cuerpo, pequeño, encorvado hacia atrás en actitud desafiante.

—Eso ni quién te lo crea nana, todos sabemos que con trabajos duermes en la noche, imposible que lo hagas en la tarde —es cierto, es de las pocas personas que conozco que duermen tres horas por noche y amanecen frescas y de buenas, no como yo que si lo hago siete horas reniego de lo cansada que me siento y de lo mal que dormí.

La rodeo con mis brazos, siento su delicado cuerpo contra el mío, cada día parece más bajita de estatura, ahora su cabeza me llega al pecho, cada año se encoje un poco más; el olor a jabón y a vaporrub me reciben.

—No me aprietes tanto, Ana, me vas a romper una costilla, ¿no ves que a mi edad ya me dio la osteoporosis? —me regaña, sé que no es buena con las caricias y los contactos corporales la ponen nerviosa, con las palabras cariñosas aún menos, ella es dura, fuerte, fría y directa, pero sus manos algo tienen que transmiten cariño y ternura.

Mi nana Soco me dice Ana, Oriana nunca le gustó, siempre alegó con mi madre que era un nombre horrible, que si le quitaba la *a* de en medio sería Orina y me convertiría en la burla de todos los compañeros del colegio, así que ella suprimió la *o*, la *r* y la *i*.

Salté a su cama, el colchón debe tener los mismos años que ella, es de resortes, parece cama de agua, con cada movimiento rechinan, con razón no duerme en la noche, pienso. Su habitación es pequeña, iluminada gracias a una ventana atrás de la cama que da al patio y deja entrar la luz del sol y el brillo de la luna. No tiene cortina puesto que no la necesita, dice que con el movimiento de la luna sabe exactamente qué hora es. Tiene un ropero y una cajonera,

una mecedora de color blanco con el respaldo de palma y un pequeño buró.

Entre sus pertenencias guarda una estufa eléctrica para no tener que bajar hasta el primer piso para cenar: calienta leche y tortillas de harina que rellena con mermelada de chabacano.

En las paredes de la habitación hay fotos colgadas de todos mis tíos, de mi padre y de los nietos cuando éramos pequeños, de alguna manera se convirtió en la nana familiar: todos, desde bebés, pasamos por sus cuidados, solamente yo me la quedé para siempre y estoy convencida de que soy su consentida.

Veo un retrato mío, tendría unos seis años, las cejas tan pobladas que casi se juntaban, ojos verdes, grandes pero tristes, ella se enoja cuando le digo que tengo los ojos así, dice que tristes no, solitarios sí, también aparezco chimuela.

Se sienta en un costado de la cama y apoyo mi cabeza en sus huesudas piernas cubiertas por su falda gris a la rodilla, impecablemente planchada. Ella me rasca el pelo, su tipo de caricias y me pregunta:

—¿Ahora qué hiciste? —con voz resignada.

—¡Ay, nana!, si yo te contara —respondo, enterrando mi cabeza en sus piernas.

—Pues si te acordaras más seguido de esta vieja y vinieras a visitarme no se acumularía tanta historia que contarme —tiene razón, ya había pasado un mes y no había ido a visitarla.

Le conté lo de Jaime, lo de Roberto, lo del periódico, ella no opinaba, no preguntaba nada, sólo suspiraba. Por segundos pensé que dejaba de respirar y que la iba a matar de un disgusto. Se levantó sin avisar haciendo que también me levantara.

—Bueno, tanta novedad me ha dado sed —sacó del armario una botella de jerez que guarda entre sus camisones de dormir y dos copitas, herencia de su madre.

—Vamos —me dice.

La sigo y nos sentamos en el patio, ahí tenemos dos sillas viejas y una tina de hojalata que volteamos y la convertimos en mesa.

Sirve las dos copas bastante llenas.

—Brindemos porque por fin te salieron huevos —solté una fuerte risa, ella es tan auténtica, con todos los años que lleva trabajando bajo las órdenes de la refinada de mi abuela, nunca ha olvidado su vocabulario de mujer de pueblo, directa, sin tapujos ni vergüenzas.

Saca su paquete de tabaco de su escondite, su brasier, y se arma un cigarro con papel arroz, yo saco mis Marlboro lights y fumamos, mientras el sabor dulce y alcohólico del jerez, combinado con tabaco, me anima la lengua para seguir con la plática.

—¿Qué piensas hacer, Ana? Digo, ya jodiste a Roberto, se te perdió Jaime, estás volviendo más loca a tu madre, renunciaste a tu trabajo y casi me matas de la felicidad a mí, creo no te queda mucho por hacer —cómo admiro su capacidad para resumir los últimos años de mi vida en simples oraciones, ella lo ve todo tan sencillo, tan claro.

—Me quiero ir de aquí, nana. Cada día soporto menos a mi madre y creo que ella a mí, nos estamos volviendo locas mutuamente, me siento asfixiada, demasiadas pérdidas —le digo, trato de parecer convincente, la verdad es que ni yo sé qué es lo que quiero—. Pues vete —me dice ella— no lo pienses, vete a donde quieras.

—No es tan fácil, nana.

—Tan fácil como lo quieras hacer —sabias sus palabras.

Se levanta, se lleva la botella y la esconde en su guarida, sólo tomamos una copa, jamás dos.

—Oye, no te la llesves que yo quiero más —le digo, sé de sobra su respuesta.

—Pues vete a un bar, ésta es probete, no hartete —siempre me dice lo mismo, le encanta ese dicho que de seguro tiene varios siglos de inventado.

Yo me quedo y observo el cielo. Dame una señal, Dios mío, dime qué quieres que haga. Aunque hace años dejé de creer en Dios, siempre en situaciones difíciles, cuando las listas no me ayudan, acudo a él, vaya convenenciera que soy.

Cuando regresa mi nana trae un sobre en su mano y me dice:

—Toma, es un préstamo, cuando vuelvas a ser tú espero me lo regreses, con intereses. Te compras el boleto de avión a donde se te dé la gana y te vas. No vuelvas aquí hasta que decidas qué quieres hacer con tu vida, si lo haces me enfadaré contigo —me dice, me entrega un sobre que algún día fue blanco y ahora es amarillo, sujeto con una liga de plástico por en medio.

No es necesario abrirlo, sé que es dinero, probablemente todos sus ahorros, en lo único que gasta es en su tabaco, en sus cenas y en el jerez; ella sabe que no tengo un peso.

Lo acepto y le doy un abrazo largo, apretado, no me importa romperle las costillas. Me decido a bajar los tres pisos y en el tercer escalón me grita:

—Oriana —hace años no me llama por mi nombre.

Subo nuevamente y la veo: está tan hermosa, con sus lentes gruesos, su pelo delgado y blanco recortado tipo melena, su piel morena con sus arrugas profundas, curtida por el sol de trabajar en el jardín y de nunca usar una crema, sus pequeños ojos negros me miran fijamente, amenazadores, y me da un abrazo fuerte. Veo una tímida lágrima resbalar por su nariz, la única vez que la vi llorar.

Capítulo V

Por alguna extraña razón jamás creí que me casaría y tendría hijos, nunca lo he pensado, ni tan siquiera de pequeña o de adolescente, mas no había hecho nada diferente que no me llevara a eso. Un novio tras otro, la eterna búsqueda de la otra mitad que todo mundo jura existe, ahora, por fin, sentía que me dirigía hacia el lado opuesto que no llevaba hacia al altar.

No puedo explicar el miedo que siento en estos momentos, la semana pasó demasiado rápido y ahora me encuentro mirando a través de la ventanilla del avión.

Después de la visita a mi nana no pude regresar a casa con cara de “estoy perdida y no sé qué es lo que quiero hacer con mi vida”, a los treinta y cinco años ya no existe justificación alguna para vivir en esa pasividad.

Le dije a mi madre que me iría por un tiempo, unas vacaciones largas, a buscar qué hacer de mí. Me sorprendió su respuesta al conocer mis planes, fue todo paz y entendimiento.

Estaba segura de que me saldría con el sermón “ya no estás joven para andar de mochilera y explorar el mundo; te vas a quedar sola para siempre; descubre qué quieres hacer, aquí, cuál es la necesidad de irte tan lejos”, que si mi propósito era matarla de disgustos, pero no, nada de eso, ni una palabra, sólo me dijo “te entiendo, hija, yo haría lo mismo”.

No sé por qué pensaba de ella de esta manera si mi madre ha sido especialista en irse, en viajar, en dejar atrás o a un lado o para después a todo y a todos, incluyendo a mi padre y a nosotras; es experta en fugarse.

Quizá es mi terquedad de querer pensar en ella diferente a quien es, que es como todas las otras madres del mundo, que no le gustaría la idea de quedarse sola, que me necesitaba, pero ella es distinta, siempre lo ha sido y nunca lo he entendido; he llegado a pensar, incluso, que mi padre murió a consecuencia de aguantarle tantas locuras y a veces siento que sólo me une a ella el coraje y mi espera de creer que algún día me llegará la valentía y podré decirle a la cara todo cuanto pienso y lo que he callado tantos años.

Debo reconocer que al oír esas palabras mis piernas se tambalearon, después de tanto ensayar frente al espejo el discurso que le diría y la cantidad de cigarros que fumé para agarrar valor, ella me salió con esa frase, imposible de olvidar. Aunque al principio me desconcertó, me convencí de que nadie era indispensable en la vida de los demás y cada quien vivía como quería; sentí

de alguna manera que me dejaba el camino libre para hacer lo que quisiera, sin culpas.

Mi madre, qué estuche de monerías es ella, admirable, no deja de sorprenderme. Cuando le comuniqué mis planes estaba sentada, como acostumbra en la silla de la terraza, veía el cielo, con la mirada perdida, fumando, su respuesta me hizo dudar si había dejado de importarle o había perdido las esperanzas en la única hija que le queda; no me detuve mucho tiempo a analizar su comportamiento ni a la cuestión de la despedida, no debía dejar entrar culpa por dejarla sola con sus tristezas y enfermedades, a su suerte para yo buscar la mía lejos de ella, odio esos dramas que la gente hace cuando se van por su propia voluntad.

Empaqué en dos maletas lo esencial: suéteres, una chamarra gruesa, unas botas y demás ropa que me parecía importante llevar. Lo que me costó más trabajo fue dejar mis libros, mis libretas de las listas y pensamientos que guardo desde los siete años, las fotografías. Me pregunto ¿cuántas maletas serían necesarias para meter todos los recuerdos de una vida?

Siempre había pensado que yo no era una mujer materialista, con este viaje me di cuenta de lo contrario, soy la mujer de los recuercitos, tilichitos, todo guardo: cartas de amigas en la primaria, dibujos, recortes, de todo tengo, qué se le hace a eso si al final de cuentas uno trae los recuerdos bajo la piel, bajo los ojos, adentro del pecho, los papelitos simplemente sirven para sacarlos del rincón oscuro de la memoria a la luz.

No me importó mi sentimentalismo, aproveché esta ocasión en que mi cabeza se ponía al mando de la limpieza; fueron necesarias varias bolsas de basura negras, gigantes, para tirar todo cuanto

había acumulado a lo largo de mi vida, ni tan siquiera me dediqué a clasificar lo que sí me quería quedar y lo que era necesario tirar, todo lo vacié en las bolsas. ¿Que si me dolió? No lo sé, estaba enojada, harta de mí, de alguna manera tiraba a la basura mi historia de treinta y cinco años complaciendo a todo el mundo, una vida de mentiras de la cual no estaba dispuesta a seguir siendo cómplice.

Las azafatas van diciendo qué hacer en caso de emergencia, no las escucho, si ocurriera un percance aéreo, nadie sobreviviría, imbécil el que cree que a diez mil pies de altura va a sobrevivir.

Trato de no pensar en estupideces. En mis piernas descansa mi libreta de apuntes, en blanco, nueva, la hojeo, el olor a papel limpio, brillante, listo para estrenarse me da esperanzas, me recuerda a mi fascinación por las papelerías; entre las últimas hojas descubro una foto que probablemente guardé ahí cuando compré la libreta años atrás, somos Alicia y yo, abrazadas en la alberca, tendríamos unos dieciséis años y mi cabeza comienza a recordar.

Alicia. Mi hermana dos años mayor que yo. Mis recuerdos saltan a la infancia, siempre fue mi ídolo, nací y crecí para admirarla.

Alicia era hermosa, aunque nos parecíamos bastante ya que las dos teníamos el pelo rizado, herencia de mamá; ella con los ojos color miel, almendrados, intrigantes y poderosos, yo le decía que sus ojos eran los de una bruja, porque siempre conseguía lo que quería si los usaba, un permiso de papá, un novio, un trabajo, lo que fuera. Ella también había heredado las pecas en el rostro como mi madre al igual que el color apiñonado de su piel, yo no soy tan alta como ella ni tan delgada, más bien soy del montón y de cuerpo curvado, nunca flaca. Yo, con la piel blanca transparente, herencia de papá, y los ojos color verde como mamá, con el pelo

rubio, ése no sé a quién se lo debo, desabrida, color amiba, de ése que cuando le da un poco de sol se transforma en rojo tomate, jamás tostada, bronceada, como mamá y Alicia; las dos me provocaban una envidia terrible.

Cómo no lo pude ver antes, a tiempo. Fue en la playa de la Manzanilla, fuimos a reencontrarnos después de su largo viaje de ocho años.

La relación que Alicia llevaba con mi madre parecía cada día ir peor, así que antes de terminar la universidad ella se fue, se independizó, podría decirse que nada más de la casa, pues mi padre le seguía pasando su mesada. Alicia nunca dijo algo, sólo retiraba el dinero de la cuenta de banco, lo aceptaba como una especie de acuerdo que había hecho con mis padres, como si la responsabilidad u obligación de ellos por asegurarse que sus hijos tengan medios económicos para vivir continuase por toda la vida.

La amistad que tenía con ella seguía en buenos términos, no excelentes puesto que me sentí abandonada cuando decidió irse de la casa: me dejaba atrás, a mi propia suerte, se desligaba de mí y, en cierta manera, me sentí culpable de su exilio.

Nunca comprendí el porqué del enfado con mi madre, fue de un de repente que la alejó de su vida, sus conversaciones terminaban en gritos, los insultos volaban de un lado a otro, hasta que un día, a media pelea, Alicia dijo que se iba.

Al parecer mis padres comprendieron la situación, no sé muy bien cuál era ésta para ser exacta, siempre hay alguien en las familias que no se entiende bien con uno de los padres, que es más rebelde, más flojo, más demandante, pero ninguna era razón suficiente para dejar la casa y, sobre todo, para cambiarse de continente.

La extrañé como nunca, estaba acostumbrada a sentirla cerca todos los días y las noches, me dormía cuando escuchaba su respiración larga y profunda que anunciaba que ya estaba dormida, sólo entonces yo me relajaba y conciliaba el sueño.

Sentía que si me dormía primero me perdería algo que se le ocurriera hacer, era mejor esperar a que ella cayera primero, así me aseguraba que mientras dormía no ocurriría nada sin estar yo presente.

Las primeras noches después de su partida fueron terriblemente dolorosas; no podía dormir, veía su cama vacía, aún tendida con la colcha y los cojines. No entendía el porqué de su huida de la casa y por qué me había dejado cuando siempre habíamos estado juntas, incluso habíamos hablado que nos casaríamos por las mismas fechas para no dejar sola a la otra y tendríamos hijos al mismo tiempo para que fueran los mejores amigos, como nosotras, y ninguna viviría cosas antes que la otra. Ingenua inocencia, traicionera realidad. Por muy estúpidas que parezcan esas ideas, jamás las cuestioné, sólo crecí creyendo que así sería, que no podría pasar de otra manera.

Se fue de la casa y comenzó a viajar, llegó a la India y ahí permaneció muchos años. Tenía especial fascinación por ese país, se convirtió en yogui, trabajaba en una fundación donde cuidaban a niñas abandonadas por ser niñas.

Cuando regresó unos años después, apenas la reconocí, era otra mujer totalmente diferente. Sus rizos eran una especie de rastas, sucias, largas y enredadas, su piel estaba ahora ennegrecida por tanta exposición al sol, llevaba un arete en la nariz en forma de diamante y un aro en la ceja derecha, su forma de vestir era de alguien *hippy* y

despreocupado por quedar bien ante la sociedad, más bien odiaba a la sociedad capitalista, en especial Estados Unidos y, por supuesto, a la sociedad tapatía, no podía con la gente del rancho, así le decía a Guadalajara.

La quería horrores y la extrañaba, su ausencia me había endurecido el alma y le guardaba rencor por romper la promesa de no vivir experiencias sin mí.

Mientras yo me dedicaba a estudiar, sacar buenas notas, cambiar de novios cada semana, lidiar con la tristeza de mi madre, con mi soledad y con su ausencia, ella vivía cosas interesantísimas en un país que me parecía mágico y místico. Los recuerdos que tenía guardados sobre nosotras se habían esfumado como el viento que amenaza en iniciar el temporal de lluvias en el mes de junio.

Fue por eso que hicimos el viaje a la playa. Ella tuvo la idea y me convenció de que era lo que necesitábamos, después de tanto tiempo tenía un montón de cosas por contarme.

Estaríamos una semana, había pasado un año desde la muerte de papá y por fin se había resignado a venir y reencontrarse con mamá.

Soñaba con el día en que estuviéramos las dos juntas, solas, aunque hubiera preferido que su regreso y nuestro reencuentro se hubiese dado en fechas menos tristes; yo seguía extrañando terriblemente a mi padre, así que cuando supe de su venida a México y cuando me propuso el plan de irnos a la playa en Michoacán, comencé a imaginar nuestro encuentro, casi nos podía ver nadando en las aguas cristalinas y cómo amaneceríamos afónicas de tanto hablar e hinchadas de tanto llorar. Estaba emocionada, olvidaría los años que había pasado sin ella.

Ya en la cabaña frente al mar pasaban los días y la plática no fluía, no sabíamos cómo romper el hielo que pusimos entre nosotros. Ella parecía tranquila con la muerte de papá, no mostraba ningún tipo de arrepentimiento por haber venido un año después de su muerte, tampoco la vi llorar por él, a diferencia de mí, que había sido un golpe que aún no logro superar.

Un día, el penúltimo antes de nuestra partida, intentaba leer debajo de la sombrilla que enterramos en la arena, observé cómo se dirigía al mar, cada paso que tomaba, sus rastras habían desaparecido dejando otra vez sus rizos envidiables en libertad, tenía un cuerpo escultural por la práctica del yoga y sus costumbres alimenticias veganas, aún a sus treinta y seis años tenía cuerpo de niña, pero su mirada ya era ancestral, sabia.

Giró su cuerpo y me gritó que la acompañara al agua, yo le respondí “al rato”, que terminaría el capítulo y la seguiría. Su mirada. ¿Cómo no lo supiste ver, Oriana?

El agua tocó sus pies que se enterraban en la arena a cada paso que daba, luego sus tobillos, sus rodillas huesudas, siguió caminando y el agua siguió subiendo, ahora abrazaba sus muslos y sus caderas, me imagino cómo su estómago se contrajo con el primer golpe del frío líquido, su piel se erizó, ella continuó caminando, ahora sus pies ya no alcanzaban a tocar la arena del fondo, sus pechos eran golpeados por las olas, sus rizos aparecían y desaparecían en cada salto que Alicia daba para pasar una ola.

Las olas eran cada vez más grandes y violentas, más juntas, y ella en cada una se alejaba más de la orilla, el agua la sumergía, la engullía y luego la escupía por unos cortos segundos, para comenzar

nuevamente; me imagino sus ojos color miel buscando la luz bajo el mar, revuelta entre espuma y arena.

¿Se habrá cuestionado en esos momentos por la muerte? ¿Por el final? ¿Habrá pensado en mí antes de que su cuerpo se debilitara de tanto pelear con el mar, con el destino, cuando sus pulmones se llenaron de agua y desapareció entre las olas? ¿Se habrá arrepentido? ¿Tuvo miedo?

La busqué con la mirada, luego me levanté de un salto, corrí a donde la había visto por última vez. Nadé, nadé lo más rápido que podía, me sumergí infinidad de veces, grité su nombre, imploré a Dios que fuera una broma, pero ella no aparecía. Comencé a desesperarme, no la veía por ningún lado y mi cuerpo se estaba cansando, grité por ayuda y dos hombres que paseaban por la playa fueron a mi encuentro.

Cuando por fin la encontramos bajo el agua, su cuerpo dorado yacía descansando en la arena del fondo, la sacaron a la superficie y nadaron a la orilla, yo trataba de mantenerles el ritmo unos metros detrás, pero mi cuerpo sabía que la había perdido y las piernas pesaban como bloques de cemento aletargando mi propio ritmo.

Le di respiración de boca a boca, acribillé su pecho con mis puños que no dejaban de temblar, así como mis ojos de llorar, susurrando “China, China, no me dejes”. Llegó gente y me hicieron a un lado, no hubo nada que hacer. ¡Pinche Alicia cabrona, mira que morirte unos meses después de papá, eso no tiene perdón!

Su mirada antes intensa, ahora estaba perdida. La había perdido para siempre.

Veo por la ventanilla, el avión está a punto de despegar, siento la velocidad de las llantas que tocan el pavimento, la vibración; mi

estómago se empuja a la pared de atrás y mis dientes castañetean. Si serás cabrona, Alicia, hasta para morir me olvidaste.

La autopsia dedujo muerte natural causada por ahogamiento, yo siempre he creído que fue intencional, su corazón seguía triste y cargaba con el peso de la decepción que terminó por hundirla. La nota de la autopsia también decía: cuatro meses de embarazo.

El avión levanta el vuelo, las llantas se alejan de la tierra y yo me descubro bañada en lágrimas que caen como cascadas de mis ojos y me abandono a ello, con gusto, con placer y con dolor; siento el sabor tan peculiar del llanto, de la tristeza amarga.

Capítulo VI

El frío que he sentido toda mi vida en el cuerpo, ese que entumece y contrae los músculos, no se compara para nada con el frío real que hace aquí. He tenido la maravillosa idea de emigrar de mi país en diciembre cuando el invierno comienza su curso.

La ciudad se conoce por ser la cuna del arte, del renacimiento y espero, también, sea la cuna de mi propio renacimiento.

Después de varias escalas por el continente europeo para que el boleto de avión fuese lo más barato posible, llegué al aeropuerto Amerigo Vespucci con dos grandes maletas, el cansancio de llevar treinta y ocho horas entre aviones y terminales, y los nervios de estar llegando y no tener a dónde ir.

Pasé por migración, temía que el temblor de mis manos delatara lo nerviosa que estaba, traté de actuar como una persona común y

corriente que va de paseo, una turista, pero sentía que con sólo ver mi cara y las maletas los agentes de migración sabrían que mi intención era quedarme a vivir en su ciudad hasta decidir qué deseaba hacer de mí y eso podría tardar unos cuantos años, si no es que toda la vida.

Ante todo, pensaba: miente, lo sabes hacer tan bien, cuerpo, actúa como yo te lo pido, por favor no me desobedezcas, miente. No sólo tenía que lidiar con mi persona, sino que también tenía que estar al pendiente de lo que mi cuerpo decidiera hacer.

Pasé la primera prueba, victoriosa, nadie sospechó de mis planes, posiblemente porque ni yo estaba muy enterada de ellos.

Ya en la calle sentí por vez primera la tempestad de la realidad, de lo que ingenuamente había decidido hacer; nunca pensé en esa parte, la primera, la inicial: ¿dónde viviría? Me comencé a poner nerviosa; no podía jalar las dos maletas, mi espalda estaba cansada de tantas horas de viaje y de cargar con mi bolsa, con la mochila con los documentos importantes, con la computadora, cámara fotográfica, libreta, libro por si me aburría y demás artículos supuestamente de primera necesidad. Solté las valijas, las dejé caer al piso, saqué un cigarro de la mochila, me senté encima de una maleta y traté de relajarme y pensar con claridad.

Sobre todo no te arrepientas, Oriana, me repetía mil veces.

Mientras fumaba tomé de mi bolso, que también pesaba una tonelada, la libreta en blanco, más valía que las palabras regresaran a mí y me ayudaran a planear mi futuro inmediato, mi vida.

Pluma en una mano y cigarro en otra comencé a escribir, al principio con miedo, cautelosa, y apareció la primera lista, la más importante puesto que era mi reconciliación con las palabras. Utiliza

las adecuadas, no abusos de ellas, no las confundas, ideas claras, precisas y directas, que solucionen, no que tramen la novela, pensaba. La pluma que sostenía entre mis dedos se deslizaba por el papel, suave, sin resistencias, ágil y sin titubear. En el tiempo que tardé en consumir tres cigarros ya tenía una hoja llena de ideas que me ordenarían los pasos a seguir e impedirían que el pánico y el frío me paralizaran.

1. Llamar a un taxi.

2. Pedir que te recomiende un hotel céntrico, pero no excesivamente caro.

3. Instalarte y descansar un par de horas.

4. Comprar cigarros, imprescindible.

5. Caminar por el centro de la ciudad, observar todo, buscar letreros de “se renta”.

6. Comer.

7. Regresar al hotel, darte un buen baño y dormir, forzarnos a no pensar mucho por aquello del bombardeo de pendejadas que se te ocurren cuando estás nerviosa.

8. No confiar en nadie, no descuidar la bolsa, esconder el dinero en un lugar seguro dentro de la habitación.

9. No quejarte.

Hice ordenadamente todo lo que la primera lista me había pedido y sobreviví, salvo lo de no pensar en idioteces. Aun después de tantos años de conocerme no he logrado descifrar la clave para que las voces necias de mi cabeza guarden silencio.

El lugar recomendado por el taxista no fue precisamente lo que tenía en mente. Ubicado a unos cinco kilómetros del casco antiguo, en una angostísima calle, rodeada de otras igualmente angostas y

de callejones, entre el ruido de las motos y el claxon de los autos que no se ponían de acuerdo en quién pasaba primero por la callejuela, me aturdí. Me dieron ganas de bajarme del taxi y organizar a los coches, no lo hice, respiré profundo muchas veces; cuando por fin llegué a la casa-hotel, suspiré.

Que comience la aventura, pensé. Tuve que bajar los dos maletones de la cajuela yo sola, al parecer los ochenta y cinco euros que me cobró el taxista por traerme del aeropuerto hasta aquí no incluían ese servicio.

La recepción del hotel constaba de un escritorio y una silla en un rincón y al otro extremo un par de mesas con sillas, una cafetera, un refrigerador pequeño, ése era el restaurante.

Atrás del escritorio, un joven con coleta de caballo, nariz grande y aguileña, pequeños ojos negros, aspecto de un cuervo en acecho, me sorprendió.

Que no cunda el pánico, pensé, todo estará bien. Pagué por adelantado una semana de hospedaje, una habitación sencilla, con baño propio y calefacción, por la cantidad de setenta euros la noche. Pensé que a este paso se me terminaría el dinero prestado por mi nana, junto con lo que saqué por vender el vestido de novia y unos euros regalo de mi madre.

El chico de la recepción me dio la impresión de ser rumano-búlgaro o alguna nacionalidad por ese rumbo, de cuerpo grande y musculoso, de esos que se ven tan a menudo en los gimnasios, varios tatuajes en los brazos y una cadena gruesa y plateada colgaba de su ancho cuello.

Me pidió mi pasaporte para llenar los papeles, cuando se lo mostré y vio el sello del águila en la portada inmediatamente cambió de actitud hacia mi persona.

—*¡Messicana!* Yo amo tequila —me dijo en español. Con todo y lo básico logró sacarme una sonrisa de mi apretada y nerviosa boca. De alguna extraña manera me hizo sentir bienvenida.

—Me llamo Andon, ¿hablas italiano? —me preguntó.

—Un poco —le respondí.

Antes me había dirigido a él en inglés, el idioma mundialmente hablado, por eso sus caras frías del principio, creía que era gringa y, como es de esperarse, ni a los italianos les caen bien los estadounidenses.

—Puedes practicar conmigo el italiano y yo contigo el español —me dijo y yo le respondí que estaría encantada.

Gracias a mi nacionalidad me ayudó a subir las dos maletas por una empinada y angosta escalera hasta el tercer piso donde se encontraba mi cuarto, por fin algún tipo de recompensa por ser mexicana, pensé.

Le di las gracias y abrí la puerta de la que sería mi primera habitación de soltera, realmente sola. Era pequeña aunque eso no me extrañó después de ver la recepción y el restaurante. Es pasajero, pensé, para descansar y conocer la ciudad mientras consigo dónde vivir está perfecto.

Una cama en realidad individual, no como las del continente americano, ésa era tipo catre; si te volteabas en la noche podrías caer al suelo y aterrizar encima de una maleta. Un buró con un pequeño espejo, un clóset con cuatro ganchos y dos tablas para dejar la ropa, y el baño.

El baño sí era algo que daba mucho que desear. Abrí una pequeña mampara que servía de puerta de separación con la habitación y apareció ante mis ojos un escusado y arriba de él una regadera, podías hacer todo junto mientras te bañabas, o habría alguien a quien le gustara bañarse sentado, pensé. A dos pasos un pequeñísimo lavamanos con una llave de agua fría.

Puse una maleta arriba de la otra por aquello del espacio, saqué un cambio de ropa y me di un baño a lo florentino.

Ahí estaba yo, sentada en el escusado, sintiendo el agua caliente caer en mi espalda, enjabonándome las piernas con el equivalente a jabón lirio tamaño motel, cuando en el baño de mi casa podía fumar encima de un lavamanos doble de mármol y en la regadera patinar de un lado a otro con jabón cremoso marca Dove. A qué cantidad de estupideces te puedes llegar a acostumbrar, pensé, mientras el agua caliente se había convertido en tibia y segundos después en helada, señal que ya había agotado el tiempo máximo para tomar una ducha.

Me vestí, me abrigué como los que van al Everest, nada era suficiente para amortiguar el frío de mi cuerpo, y salí a encontrarme con la ciudad que había elegido para revivir y que pisaba por primera vez: Florencia.

Capítulo VII

Las primeras noches fueron terribles a causa de la diferencia de horario, por más cansada que estuviera siempre despertaba a la tres de la madrugada. En la pequeña habitación no había mucho por donde caminar. Al principio, trataba de leer y de escribir, buscar algún detalle de la ciudad o informarme acerca de la historia de Italia, pero me desesperaba aún más, por lo que a la tercera noche de insomnio decidí bajar a hacerle compañía a Andon.

Cuando me vio se sobresaltó, me imaginó que a esas horas de la madrugada no espera que llegue algún posible huésped. Después de preguntarme si estaba bien y si se me ofrecía algo, tomé asiento en una de las dos mesas que había en el restaurante, él puso la cafetera y encendió el televisor.

No era necesario hablar, al parecer adivinó que lo que necesitaba era espacio y compañía, tampoco tuve muchas ganas de contarle mi vida al primer extraño con quien entablé una conversación, ni explicarle el motivo por el que vine a Florencia, ni discutir de la situación política de México, sólo buscaba que me diera sueño y regresar a dormir.

Ver televisión y tomar café en la madrugada se convirtió en parte de mi rutina durante el tiempo que permanecí en el hotel.

Cuando comenzaba a amanecer me despedía de Andon y me arrastraba a mi cuarto, descansaba hasta las diez u once de la mañana y así empezaba mi día.

Debo reconocer que, gracias a los múltiples programas que veía en la televisión, mi roído italiano, aprendido en clases particulares cuando mamá se empeñó en que debíamos aprender varios idiomas, comenzó a aflorar nuevamente, recordé verbos, palabras, frases y poco a poco me sentí más segura al hablar en la calle con la gente, eso sí, con el marcado acento mexicano.

Florencia me recibió con frío y con luces. Pienso que es la época más bonita del año en cualquier lugar del mundo, pero en Florencia es excepcional.

El casco antiguo, al no ser muy grande, lo decoran con miles de luces amarillas; sus calles están atravesadas por hileras de focos.

He caminado como nunca, horas y horas por calles y callejuelas, anoto números de teléfono donde veo que se renta un departamento, pero al llamar y escuchar el precio por mes, cuelgo desanimada.

Divido mis días en tres partes:

Primera, de once de la mañana a dos de la tarde: normalmente amanezco de buenas y entusiasmada, cuando salgo del hotel Andon

ya se ha ido, así que la chica que atiende la recepción no sabe nada de mis historias nocturnas y eso me hace sentir bien. Creer que soy dos personas diferentes ante la gente, como si guardara un secreto, es una pendejada, lo sé, pero a mí me entretiene; tiempo después me enteraría que todos los empleados conocían mi situación nocturna sonámbula gracias a los videos de seguridad que hay por el hotel.

Camino calle abajo rumbo al casco, me detengo en el Dante Café, desayuno un *croissant* con dos cafés con leche, parada en la barra. Los primeros días me parecía una miseria de desayuno, eso de huevos revueltos con tocino o con jamón, chilaquiles, frijoles, hot cakes es completamente americano, después de una semana comencé a disfrutar con el sabor exquisito de los cafés, los cuales, aunque mucho más pequeños que los que acostumbraba tomar, son más potentes y sabrosos, del pan mejor ni hablar, y continuaba mi búsqueda de departamento.

Segunda: a las dos de la tarde, y después de tanto caminar, me llega el hambre. Como en algún restaurantito que me quede de paso por donde ande, acompañada de varias cervezas. Descanso los pies una hora y a las tres continúo con mi búsqueda. Voy tomando fotos cual turista de cada rincón, escultura, fuente, detalle, atardecer y persona que llame mi atención.

Por la tarde hago un descanso en la banca enfrente de Santa Maria del Fiore, en medio de la plaza principal, donde paso largo rato y observo los hermosos edificios que la componen: el Duomo, las puertas doradas del baptisterio de San Juan, el campanario de Giotto y los múltiples restaurantes y bares a su alrededor. También analizo a la gente que pasa por ahí, en su mayoría extranjeros como

yo, vendedores ambulantes y gitanas que se empeñan en leerme la mano. He estado tentada de gastar diez euros y saber de una vez por todas qué me depara el destino, si estoy haciendo bien las cosas o mejor regreso a México, pero algo, inteligencia supongo, me impide estirar la mano a estas mujeres videntes. Decido dejar que me sorprenda el destino.

Tercera: llego al hotel cansada de caminar, siento los pies hinchados y adoloridos; como algo en la cafetería, por el tamaño del restaurante podría imaginarse que la calidad de la comida es mala, pero para mi asombro aquí, en Florencia, toda la comida es una delicia y esta cafetería no es la excepción: una pasta, una rebanada de pizza o una ensalada junto con dos copas de vino tinto. Saco la libreta, llamo a los números que recolecté durante el día y hago citas para la mañana siguiente con la finalidad de ver departamentos y ponerle fin a mi estadía en el hotel, aunque vaya a extrañar a Andon, no puedo permitirme pagar más días. Subo a mi habitación, donde me baño sentada, cada día soy más experta en acabar antes de que el agua fría llegue, leo y espero me asalte el sueño.

Capítulo VIII

Por fin encontré el indicado. Después de dos semanas de intensa búsqueda lo encontré. No sé qué es más complicado: si encontrar departamento en esta ciudad o encontrar al hombre de tu vida en el mundo, sólo que como no estoy en búsqueda del segundo, me dediqué por entero al primero.

Qué cantidad de lugares tan horribles conocí, aquí todo es o *monocale*, se refiere a los que tienen sólo un cuarto sin divisiones, *biocale*, ya tiene dos cuartos, el dormitorio separado de la cocineta, y *trilocale* que éstos ya no los vi debido a que no se adapta a mis necesidades solitarias y, sobre todo, a mi presupuesto.

El problema de los sanitarios ha sido motivo de casi emigrar de nuevo a otro país o continente. Al parecer nadie le da preferencia al

baño, todos de tamaño mínimo y eso de regadera arriba del escusado abunda por la ciudad.

El barrio fue otro problema: si quería vivir dentro del casco antiguo el precio se elevaba mucho, mas si me salía demasiado me encontraba rodeada de rumanos, árabes, indios, etc., no es que tenga algo en contra de otras nacionalidades, pero para ser honesta prefería convivir con gente más local y, en cierto sentido, sentirme segura.

Con la ayuda de Andon encontramos una pequeña inmobiliaria para gente local y no turistas, así conocí a Isabella. Ella fue mi asesora inmobiliaria, después de mostrarme muchos pisos, por fin le dije sí al último.

Se encuentra dos puentes pasando el famoso Ponte Vecchio, fuera de la zona turística, dentro de un barrio residencial florentino auténtico. Es un edificio antiguo, frente a una iglesia a la que no asiste ni Dios, de cuatro pisos y mi departamento se encuentra en el último.

La escalera es angosta, húmeda y oscura, pero una vez te encuentras hasta arriba y abres la puerta de mi piso la luz te impacta el rostro dejando la oscuridad atrás.

Es un *monocale*, gracias a que está en el último piso cuenta con unos ventanales, en dos de sus cuatro paredes, que permiten entrar la luz del sol espléndidamente, una cama matrimonial que a la vez se convierte en sofá cama, una pequeña cocina, refrigerador, calentador, un armario bastante grande y el baño.

El baño es insuperable a todos los vistos anteriormente. El escusado está separado de la regadera, aunque ésta sea tan pequeña que para enjabonarte tengas que abrir la puerta y sacar medio cuerpo, también cuenta con una ventana que permite la ventilación.

Todo esto fue suficiente para decidirme a vivir aquí. El precio del alquiler, gracias a Isabella quien logró convencer a los dueños de que no tendrían problemas conmigo, lo bajaron a ochocientos euros al mes y a como está la moneda comparada con el peso, podría rentar una casa de quinientos metros cuadrados con cinco baños en mi país, aquí me alcanzó para treinta y cinco metros cuadrados con luz, que es importantísima. Debo hacer caso del dicho: el que convierte no se divierte, en mi caso sería “el que convierte se muere del susto”, así que ya ni siquiera gasto mi tiempo en hacer conversiones.

La despedida del hotel, que me acogió las primeras dos semanas, y de Andon fue difícil, así como bajar las dos maletas, para luego volverlas a cargar cuatro pisos arriba.

Me siento en el sofá de mi nueva casa. Siento la colcha verde limón que lo cubre. Necesita varios cambios y muchos adornos pero me siento muy bien, por fin algo mío, pienso.

Pongo la calefacción a tope para entrar en calor y espantar el frío de mi cuerpo de una vez por todas.

PRIMER PASO: conseguir departamento: cumplido.

SEGUNDO PASO: encontrar trabajo urgente antes de terminar con el dinero que traía: en búsqueda.

TERCER PASO: hacer amigos: uno, más o menos cumplido (Andon).

Después de desempacar las maletas, bajo a la tienda del barrio a comprar algunos víveres para pasar la semana.

Me preparo una pasta para estrenar mi cocina, la acompaño con una botella de vino tino y fumo, mientras pienso lo bien que ha salido todo hasta el momento.

Tengo miedo por el futuro y, a la vez, tengo ganas de comenzar de nuevo. Me quedé dormida en medio de la nube de humo que provoqué de tanto fumar, pues si abro la ventana entra el frío. Desperté con olor a discoteca.

Capítulo IX

Conseguir trabajo no fue tan difícil como encontrar departamento. Un día, cuando caminaba por la ciudad, me detuve a tomar una bebida en un restaurante español.

En el vitral de la entrada vi un anuncio solicitando mesera bilingüe. Mientras me tomaba la sangría, pensaba si debía pedir informes sobre el trabajo, ser mesera no era como me había visualizado cuando decidí mudarme de país. La lista era la siguiente, pues hacía algo urgente para ganar dinero o:

1. Me vería en la necesidad de pedir limosna.
2. Hablarle a mi madre para que me mandara dinero (última opción).
3. Regresarme con una mano por delante y otra por detrás a México.

Ninguna de las tres me convenció y decidí ir por la solicitud, siempre con el pensamiento de que todo es pasajero.

Me acerqué a la barra para pedir una, el hombre que me atendió, un español probablemente entrado en los sesenta años, sin pelo y vestido con el *look* de *forever young* (camisa de seda color rojo, ajustadísima al cuerpo, con los tres primeros botones abiertos, luciendo pelo en pecho y una cadena dorada que colgaba de su cuello, un pantalón de cuero negro igual o más apretado que la camisa) me miró de arriba abajo, se detuvo en mi pronunciado busto y en mis caderas latinas.

—¿Hablas inglés? —se dirigió a mí en italiano, sin quitarme los ojos del pecho.

—Sí —le contesté. Estuve a punto de darme la media vuelta y dejarlo ahí, me produjo asco ver cómo me miraba y examinaba, pero no me dio tiempo, porque al segundo me contestó:

—Estás contratada, comienzas mañana a las cinco de la tarde, me llamo Roberto —me dijo, yo sólo veía cómo se pasaba la lengua por los dientes, como una especie de limpieza o qué se yo, asqueroso.

Dudé qué contestarle, de cierta manera el lugar se me hacía familiar y me urgía ganar dinero. Lo intento, total, si no me gusta, no me vuelvo a presentar y ya. Al darme la vuelta sabía que el tal Roberto ahora me miraría las nalgas, la verdad es que me emocioné, pero no por saber que me estaba mirando el cuerpo, sino porque conseguir trabajo era un paso más para la tan ansiada liberación.

Si Alicia me viera atender mesas se moriría de la risa y a mi madre de seguro... no sé cómo reaccionaría mi madre, desconozco qué opinaría, ella es toda una caja de sorpresas.

El restaurante es de comida española supuestamente, se encuentra cerca de la iglesia de Santa Croce, barrio turístico; mi horario de trabajo es de cinco de la tarde a una de la madrugada, por lo cual toda la mañana es para mí, pero al salir tan tarde, y después de tantas horas de pie, termino tan cansada que subir los cuatro pisos a mi departamento se convierte en una misión.

Me senté en el sofá cama, estiré los brazos y alcancé una copa y la botella de vino que descansaban sobre la mesa. Me sentí optimista y muy orgullosa por obtener trabajo así de rápido; me la serví muy llena, total, aquí a nadie tengo que engañar o mentir sobre mi forma de tomar, prefiero no cenar, mas no perdono mi copita, o copitas, o cervecitas nocturnas, junto con mi decena de cigarros, así es, no puedo ni quiero evitarlo. Con este frío y el cansancio de mis piernas, lo último que me importa es morirme de cáncer o pensar en las adicciones. Mis únicas compañías han sido el alcohol y el tabaco y no estoy dispuesta a abandonarlas.

Abrí la computadora para revisar si tenía algún correo y brotaron dos mensajes de mi madre. Me sorprendí, ella jamás me escribe correos, con trabajos sabe utilizar la computadora. Esto puede ser interesante, me dije.

PRIMER MAIL:

“Mijita, probablemente te preguntes qué hago yo enfrente de una computadora escribiéndote, pues te informo que estoy en clases de computación y mi tarea ha sido escribir mails a mis conocidos, así que aprovecho para saludarte y preguntarte cómo te está yendo en esa hermosa ciudad, ¿tienes trabajo?, ¿ya conseguiste departamento?, ¿tienes dinero? Sabes que cuentas conmigo para lo que necesites, ¿verdad? Bueno, espero lo sepas. También,

aprovechando que no estás y que me sobra mucho tiempo, estoy estudiando un curso de literatura. Tu madre de sesenta años aprendiendo cosas nuevas, ¿no eras tú la que me decía que nunca es tarde para aprender? Bueno, pues te obedecí, ya te contaré.

Una última pregunta, ¿crees que vaya a ser abuela algún día?

Te mando muchos besos, hija”.

Ése fue el primer mensaje, ya con lo de “estoy estudiando” me comencé a poner nerviosa. Me la imaginé en las clases, rodeada de gente joven y ella tan intensa, probablemente haría mil preguntas a los maestros, ¿pretendía escribir una novela de su vida?, a lo mejor estaría bien leerla, así me enteraría de quién es realmente. Leer “¿seré abuela algún día?” provocó que le diera un larguísimo trago a mi copa y me sirviera la segunda de la noche; sabía que éste era sólo el primero de los mensajes, faltaba otro.

SEGUNDO MAIL:

“Oye, Oriana, no sé si le piqué enviar al mail pasado, si lo recibiste confírmame por favor.

Tu nana está enferma”.

No sé cuál me disgustó más, cómo que “tu nana está enferma”, así, sin ningún tipo de detalle, qué tipo de enfermedad, ¿está grave, está en el hospital, es de preocuparse? La maldije varias veces, mientras el humo de cigarro salía de mi boca y nublaba el aire de mi pequeño piso. Otra vez el coraje hirviente revoloteaba en mis adentros, qué facilidad tienes, madre, de ponerme de malas, de herirme, de dejarme en este vacío.

Calma, Oriana, primero que nada tienes que tranquilizarte, no ganas nada con enojarte, si ya sabemos que ella es así, una egoísta

nata, no la vas a cambiar, me oía, trataba de convencerme de que soy una persona con la cabeza fría.

Cerré la computadora de golpe, me terminé la copa, dos cigarros más y me tiré a dormir, así sin cambiarme, sin sacar la cama, sin ir al baño. Mi cuerpo comenzaba a angustiarse por la noticia de mi nana y lo mejor era tratar de dormir antes de que mi cabeza pensara en las peores catástrofes, tan característico de ella.

La luz de la mañana y las campanadas de la iglesia anunciaron las siete, desperté sobresaltada, descubrí los efectos de la resaca en mi cuerpo.

Prendí un cigarro y tomé mi celular para llamar a la casa de mi abuela, tosí un poco para aclarar la voz que arrastraba, le di un trago directamente a la botella de jugo de naranja y marqué el número.

Por favor que no me conteste ella, que no esté en casa, que conteste mi nana, me repetía mientras inhalaba y exhalaba el humo gris de mis Marlboro.

Contestó la cocinera, le expliqué rápidamente que no tenía muchos minutos en el celular, que me pasara lo más deprisa a mi nana.

De aquí a que subió los tres pisos de la casa de mi abuela, se me agotó el saldo. Pinche viejita lenta, le dije que rápido, al parecer no conoce la palabra. Mientras me ponía mis botas, tomé las llaves del departamento, mi bolsa y salí disparada saltando de dos en dos los escalones de los cuatro pisos que me separaban de la calle.

El frío del invierno me golpeó la cara y el cuerpo, con las prisas se me olvidó la chamarra y a esas horas de la mañana la temperatura ronda los tres grados. No tenía tiempo de volver a subir por ella, mi corazón presentía algo raro y no quería perder ningún minuto

más. Nada más falta que me dé gripa por culpa de la lentitud de la cocinera, me repetía.

Corrí por las calles hasta llegar al locutorio. Una habitación con mal olor, con seis u ocho cabinas telefónicas, normalmente regentada por un hombre pakistaní o hindú, no sé distinguirlos: piel color chocolate, con ojos negros que en lugar de lo blanco que rodea el iris, todos ellos lo tienen amarillo, como si sufrieran de una enfermedad hepática; los dientes les brillan en la oscuridad de su cuerpo y siempre con esa mirada alerta, larga, no sé cómo explicarlo.

Me indicó que usara la número dos, entré y cerré la puerta de plástico de golpe lo cual provocó una sacudida en toda la cabina. Marqué nuevamente el número de teléfono de la abuela, sentía mis dedos temblar de frío, o de nervios, y esta vez contestó ella, mi nana Socorro.

—Ana, ¿eres tú? —escuché su voz ronca.

—Sí, nana, soy yo. Se me terminó el saldo del teléfono y tuve que venir a una caseta, mamá me dijo que estás enferma.

—Ya ves tu madre qué exagerada es, estoy bien, pero ya estoy vieja —la oía respirar con dificultad.

—Me asustaste, nana —le dije, mientras intentaba que la respiración alcanzara su ritmo habitual.

—Ni te asustes, niña, la muerte es algo tan natural como el nacimiento y así lo tienes que ver —ella tan práctica como siempre, de seguro ya tiene planeado su entierro, eso sí, sin funeral, ni misas, ni nada dramático.

—No me vengas con esas ondas filosóficas, nana, ya sabes lo encabronada que me tiene la muerte —le dije. Sentía el llanto

atorado en mi garganta; el olor a curry mezclado con sudor se hacía cada vez más fuerte.

—Mira, Ana, qué bueno que me llamas, necesito me pases tu dirección, te voy a mandar un paquete con cosas —me dijo, con lo cual cambió el rumbo de la conversación.

—¿Qué cosas, nana? —le pregunté, algo intrigada.

—Ya las verás, dicen que más sabe el diablo por viejo que por diablo, pues muchos años más no voy a vivir y quiero que tú las tengas, son tonterías que he guardado, recuerditos y cositas sin importancia, pero no las puedo tirar a la basura. Se las daría a Alicia, pero ya ves en dónde terminó —ella tan irónica, como si Alicia se hubiera ido de viaje y estuviera incomunicada. Le dicté la dirección, le deletreé cada palabra y le repetí los números.

Lo último que me dijo fue que estaba orgullosa de mí y me colgó el teléfono, no me dio oportunidad de decirle que hoy es mi primer día de trabajo.

Mientras escuchaba el bip-bip de la línea cortada, mi otro oído atendía la mezcla de conversaciones que se juntaban en las cabinas, todas en idiomas distintos, de hombres de piel oscura como el dueño y de mujeres probablemente con la cabeza cubierta con velo, o vestidas con hermosos saris de colores vibrantes, no entendía nada de lo que escuchaba.

Capítulo X

Hoy, en el turno de la noche, atendí la mesa de una pareja de unos setenta años. Había tanta gente en el restaurante que al principio no les puse mucha atención, les tomé la orden de las bebidas, dos copas de vino tinto, y cuando regresé a tomarles la orden de los alimentos, mis ojos se detuvieron en la mirada de la señora y me recordaron a los de mi madre, verde aceituna, con ese toque que no sé cómo definir con palabras, como si encerraran un secreto, nostálgicos o misteriosos. Mi mano se paralizó y me tuvieron que repetir varias veces: *¿capito?*, *¿capito?*, creían que no había entendido lo que me habían pedido, mis dedos entraron en calor nuevamente y dos paellas a la valenciana aparecieron escritas en la comanda.

Los observé mientras cenaban, así hubieran sido mis padres si mi padre no hubiera muerto al cumplir los sesenta años: los dos

con el cabello plateado, rostro cansado y arrugado, sus hombros cargarían el peso de los años, se reencontrarían al final de la vida, recordarían anécdotas de cuando eran jóvenes, cuando nacieron sus hijas, se mirarían a los ojos con compasión, con ternura, con la certeza de que los años que les quedan de vida los pasarían juntos; así me los imaginaba, pero la realidad es que no estaba segura si así hubieran sido si seguirían juntos o si mamá hubiera continuado con sus inestabilidades emocionales, o si salieran a cenar, si platicarían y si se mirarían como la pareja de mi mesa lo hacía.

Desde que recibí los dos mails de mi madre no me la he podido quitar de la cabeza. Me descubro pensando en ella a todas horas, cuando corro por la mañana a la orilla del río Arno, al preparar mi desayuno, recuerdo cómo lo primero que ella hacía al abrir los ojos era bajar a la cocina (el sonido de sus pantuflas grises arrastrarse por las escaleras era mi despertador), y prepararse su café: bien cargado, con poca leche y sin azúcar. Decía que una vez con la cafeína en su cuerpo ya estaba en condiciones de pensar, qué tanto pensaría, no lo sé, se pasaba largas horas sentada en el sillón de su cuarto o en una silla en la terraza en silencio, con la mirada perdida, cuando le preguntaba qué hacía, ella me repetía lo mismo de siempre: estoy pensando, y fumaba.

Me quedé con ese sentimiento de nostalgia en el pecho todo lo que duró mi turno en el restaurante y al caminar a mi departamento, en medio de la fría noche, pensé que realmente no la conocía, sólo creía conocer a mi padre a la perfección y lo había amado profundamente.

Traté de recordar algo más de ella, dentro en mi cabeza se había bloqueado por completo la historia que tenía de mi madre, para

mí, siempre estuvo de viaje, ausente, nos abandonaba largas temporadas, cuando regresaba a casa era por escasas semanas y luego volvía a irse.

Conforme fui creciendo, llegué a aceptar sus ausencias como si fuese natural, cuando estaba en casa se me hacía anormal verla. Creía que nunca había amado a papá y que muy probablemente tenía muchos amantes con los que viajaba y se perdía por el mundo, hasta que me enteré poco a poco de la verdad.

Desde pequeña gocé del trato preferencial que hacía mi padre conmigo, yo era su consentida y mamá y Alicia lo sabían, decían que yo era la luz de sus ojos.

Pocos recuerdos tengo de mi infancia, mas los que tengo presentes son aquellos cuando los sábados acompañaba a mi padre a su oficina, me sentía tan especial por ser su dama de compañía por toda la mañana.

Lo veía sentado detrás de su gran escritorio de roble, en su silla con rueditas que giraba de un lado a otro; escribía unas veces en una libreta con tapa de piel color azul marino y hojas amarillas, llenas de frases, garabatos, palabras tachadas, fechas que sólo él entendía, y otras veces escribía en una máquina marca Olivetti color verde. Me encantaba esa máquina, lo que más me gustaba era el sonido de cada letra al golpear la hoja y cuando papá movía el rodillo para pasar de línea.

Me sentaba o me acostaba en la alfombra enfrente de su escritorio, hacía libretas con hojas recicladas y luego dibujaba en ellas y lo observaba, levantaba la vista para verlo cuando la máquina de escribir se detenía por más de unos segundos, sabía entonces que luchaba con las palabras y trataba de encontrar las adecuadas.

Ahora que lo pienso, de seguro yo era su favorita por ser la que menos hablaba, a mí sólo me gustaba observar y supongo que eso hacía de mí la perfecta compañía, no lo interrogaba sobre lo que escribía, o con preguntas tontas o reclamos como lo hacía mi madre.

Mi padre había estudiado para abogado, en ese tiempo era lo más común que el primogénito heredara el oficio del padre, según yo a él nunca le gustó mucho esa profesión, era demasiado bueno y su cabeza estaba siempre en otra parte.

Con mi imaginación de niña y después con la resignación de la madurez, hasta la fecha lo hago, pensaba que lo escrito en la máquina y en los cuadernos eran poemas, cuentos o historias, la verdad nunca supe con certeza qué era lo que escribía.

Así que para mí una parte de él ejercía como abogado y la otra, la más grande y la más encantadora, era su fascinación por inventar historias.

Lo encontraba tan guapo, tan imponente e inteligente. Era alto y delgado, con mucho cabello castaño que con el tiempo se convirtió en entrecano, con rayos plateados, siempre vestido con traje y chaleco debajo de su saco, lo que hacía más elegante su figura.

De niña esperaba con ansias que terminara de escribir algún libro y me lo mostrara o, mejor aún, que alguien lo publicara y se hiciera famoso, así, me sentiría hinchada de orgullo de saber que ese hombre era mi padre y que yo era su persona favorita del mundo. Jamás vi nada de lo que escribía, o a lo mejor sí llegué a leer algo y con el tiempo se me olvidó, pero nadie publicó algún escrito de él.

Me pregunto qué fin tendrían esos cuadernos: los habrán tirado a la basura junto con todos sus demás papeles o seguirán ocultos en algún lugar.

Aparte de mi fascinación hacia él y hacia su máquina de escribir, había otra parte de mi padre que me encantaba, me conmovía y, aún a la fecha, recuerdo: su palomar.

Mi papá coleccionaba palomas, si me escuchara decir esto lo más seguro es que se pondría furioso, alegraría que eso es imposible, uno colecciona sellos postales, calcomanías, monedas, piedras, joyas, cualquier cosa que quieras, pero con las palomas eso es imposible, él criaba palomas, que es totalmente diferente.

Tenía en la azotea de su oficina un pequeño palomar. Todo comenzó desde su infancia, su padre también criaba estas aves, al parecer era un *hobby* hereditario.

Mi abuelo, al que nunca conocí, murió a los cincuenta años (fallo del corazón, al igual que mi padre, otra herencia), él fue el más reconocido palomero de la ciudad en los años sesenta. Recuerdo que papá me platicó que su padre, llamado Osvaldo, comenzó a interesarse por ellas cuando una inocente palomita se asomó por su ventana del baño y se metió a la casa. Don Osvaldo la persiguió por las recámaras, por la sala, por la cocina, hasta que por fin la atrapó con una toalla, le curó su ala herida, la alimentó y luego la dejó en libertad.

A mi papá le encantaba recalcar que gracias a su carisma la paloma no opuso resistencia y se dejó curar y acariciar por las manos grandes, de piel gruesa, del abuelo. Me relataba que los ojos, al principio nerviosos, del ave hicieron contacto con la mirada compasiva

y curiosa de mi abuelo en una especie de reconocimiento. Yo creí la historia, como todo lo que me contaba.

El abuelo dejó la paloma en la mesa de su terraza para cuando estuviera lista volara y regresara a su casa, y así fue. Le ponía agua y comida en un pequeño plato y ella regresaba; al poco tiempo, el ave invitó a sus amigas y fueron llegando más y más, por lo que decidió hacer un palomar, ahí mismo, en la terraza que estaba saliendo de su cuarto, para malestar de mi abuela Leonor, quien vivía aterrada de estas ratas voladoras, como se refería a ellas.

Mi abuelo dejaba la puerta abierta de las jaulas y ellas iban y venían a su antojo. Así fue como se hizo de muchos ejemplares y luego compró otras de mejor linaje, porque hasta en las palomas existe el linaje, y comenzó a hacer cruzas y a jugar con la genética, luego se metió en competencias y, poco a poco, logró que su nombre tomara peso entre los palomeros de la ciudad.

He aprendido mucho sobre ellas, ya que era de lo único que hablaba mi padre, por él sé que pertenecen a la especie de las colúmbidas, ponen dos huevos que son incubados tanto por el macho como por la hembra durante diecisiete días, producen un tipo de leche rica en grasa y proteína para alimentar a sus pichones, tienen una vista prodigiosa y también pueden ver a color, y algo que siempre me ha parecido muy interesante es que pueden ver los rayos ultravioleta, cosa que los humanos no podemos.

Recuerdo a mi padre hablando con las palomas, les cantaba, les limpiaba su hogar, cuidaba de sus huevos, les compraba del mejor pienso que había en el mercado. Ellas le agradecían haciendo su enfadoso sonido todo el día, una especie de arrullos, decía que así cantaban y se trataban de comunicar con él, a mí no me lo parecía.

Una vez le pregunté a papá que si al soltar a las palomas a volar regresaban todas, me intrigaba saber cómo sabían a dónde tenían que volver y por qué volvían cuando eran libres de irse a donde quisieran. Él me contestó que la mayoría sí regresaban, sobre todo las adultas mayores, porque sabían que ahí estaban seguras y tenían lo necesario para vivir y pasar el resto de sus días, de alguna manera habían creado su “hogar” ahí y por eso regresaban; pero otras, muy pocas, no vuelven, me decía, especialmente las que nacen dentro del palomar, éstas en cuanto crecen levantan su cabeza y descubren que sobre ellas hay un gran cielo, abren sus alas y emprenden el vuelo. Se reconocen por primera vez palomas y tienen que descubrir qué es serlo. Vuelan explorando, conociendo mundo, y regresar a una jaula-palomar no les interesa, bastante inteligentes estas palomitas, ¿no?

Siempre le tuve un gran amor a mi padre. ¿Cómo era que había merecido una mujer tan mala como mi madre? ¿Qué había hecho él para tener que soportar sus ausencias y hacerse cargo de sus hijas, su profesión de abogado y las palomas?

Subí los cuatro pisos para llegar a mi departamento. Aventé chamarra, guantes, gorra, bufanda y botas a una esquina y me tiré en el sofá cama, estaba tan cansada que otra vez me iba a dormir sin cenar.

El sueño me ganó, a lo lejos alcanzaba a oír unos ruidos extraños en la ventana que da al patio interior. Me levanté de un salto, asustada. Traté de calmar mis nervios, pensé que lo más probable era que fuese el viento empujando la ventana el que hacía ese ruido; caminé de puntitas hacia al baño y tomé la escoba, ahí guardo las cosas de limpieza puesto que no hay otro lugar donde quepan, en

mi imaginación traté de creer que con la escoba me podía defender de lo que fuera.

Toda mi vida fui una persona miedosa. Viví con miedo la mayor parte de mis treinta y cinco años, miedo a que me asaltaran, miedo a los fantasmas, miedo a lo desconocido, miedo a convertirme en mi madre, miedo al compromiso, miedo a fracasar, miedo a perder la razón...

El ruido continuaba para, momentos después, detenerse unos segundos. El silencio se hacía insoportable, el aire se condensaba y me costaba trabajo respirar con el corazón que trabajaba a mil por hora y otra vez el golpeteo. Traté de gritar *¿chi sei?*, pero de mi garganta sólo salió un susurro que ni yo oí. Las piernas me temblaban al igual que el palo de la escoba que sostenía con mis dos manos en posición de alerta, por fin grité *¿quién es?* y escuché del otro lado los maullidos de un gato, abrí un poco los postigos para ver de qué se trataba, siempre con la escoba en una mano, y efectivamente un gatito amarillo, aterrorizado de caer cuatro pisos abajo, se aferraba al pretil de mi ventana.

Me asomé, suspiré y sentí que el aire volvía a entrar en mis pulmones; dejé la escoba encima de la mesa, la volví a abrir con mucho cuidado para no asustar al gato y que fuese a caer.

Acerqué mis manos despacio a su nariz, dejé que me oliera, que me sintiera, y poco a poco lo tomé entre mis brazos y lo metí a mi departamento. Era un gatito amarillo con los ojos verdes, su pelo de angora se levantaba con cada caricia de mi mano al pasarla por su cuerpo.

Le puse una taza con leche y unas galletas desbaratadas y dejé que el sueño me venciera nuevamente. Esta vez me sentía diferente, acompañada.

Capítulo XI

Nunca había sido persona de animales, a diferencia de Alicia que coleccionaba cualquier cosa que se moviera, de dos o de cuatro patas: pájaros, gatos, perros, lagartijas, hámsteres, ratones, peces, conejos; no era que me disgustaran o me dieran asco, más bien ella había sido la de los animales y yo jamás me cuestioné si me gustaban o cuáles eran mis favoritos, nunca había tenido uno propio.

Era necesario ponerle un nombre al gato que apareció en mi departamento, no podía seguir llamándole “bola de pelos”, “gatito”, “chiquitín”, “cosita”, lo sé, había caído en lo más bajo de la cursilería.

He de reconocer que al principio tuve miedo de cogerlo y de acariciarlo; todo el mundo sabe que los gatos son poco sociables y suelen ser muy agresivos cuando desconocen, arañan o incluso

muerden. Después de varios minutos observándolo, me pareció que debía de tener más miedo que yo.

Tuve que hacer uso de Google para descubrir de qué sexo era mi visitante; finalmente, comparé las imágenes de la computadora con mi nueva mascota y descubrí que era macho.

Después de mucho pensar, decidí llamarlo Bobby, en honor a mi exnovio Roberto. Cuando me pone de malas por alguna travesura que hace le grito directamente Robert; parece gustarle el nombre.

Últimamente he pensado mucho en el que pudo haber sido mi marido. Nunca volví a saber de él, podría decir que se lo tragó la tierra, pero la verdad es que quien desapareció fui yo, huyendo del país. A veces pienso que no debí ser tan importante para él, que no me amaba tanto como decía o, en definitiva, soy una persona a quien se le olvida fácil.

A la mañana siguiente de aparecer el gatito, lo bajé a la calle para que volviera a su hogar. Cuando regresé del trabajo lo descubrí en el pretil de la ventana. No sé cómo le hizo para trepar por los patios interiores del edificio; sin embargo, ahí estaba otra vez, jugaba, al caer, en perder una de las múltiples vidas que dice la gente ellos tienen.

Le tomé varias fotografías y las imprimí en hojas junto con un letrero que decía: “Gato encontrado en la calle San Nicolo, raza fina, tranquilo, bien alimentado, busca su hogar, favor de llamar al teléfono 670-5523 para su devolución”, y los pegué en varios árboles y postes de luz por la zona, después de dos semanas en que nadie lo reclamó decidí adoptarlo.

Le compré en el mercado una pequeña camita para gatos, Purina y, lo mejor, una caja de arena, lo que me evitaría tener que sacarlo a la calle a que hiciera sus necesidades; si se quedaba como huésped

permanente en mi casa, iba a tener que comportarse como gato, así que las galletas trituradas y la leche se acabaron. Es un felino muy agradecido, no rezonga, no pelea, es muy limpio y cariñoso.

Le dejo la ventana abierta por si quiere irse, cuando regreso lo encuentro tumbado encima del sofá cama, donde también duerme junto a mis pies por la noche; la pequeña camita que le compré no le gusta y no he puesto mucho esfuerzo en hacerlo entender que la cama es sólo mía, para ser sincera me gusta tenerlo a los pies, nunca imaginé que un gato hiciera menos solitarias mis noches, así es gracias a Bobby.

La ciudad ha perdido de un día para otro los millones de turistas que la visitan durante el año, en esta época, cuando el frío llega a su peor momento, la gente prefiere visitar lugares más cálidos.

La concurrencia del restaurante también ha disminuido drásticamente como resultado de la falta de turistas y ahora los comensales que vienen a cenar son en su mayoría florentinos, su presencia cambia el ambiente del lugar, el italiano se escucha en la mayoría de las mesas, la gente viste de manera distinta, no hay gritos como cuando llegan grupos de españoles o mexicanos. Se convierte en un lugar casi refinado y agradable para comer o cenar.

Mientras atendía la mesa número seis, noté cómo mi celular vibraba debajo del mandil negro con el logo del restaurante, tengo prohibido contestarlo mientras trabajo, así que aproveché para ir al baño y ahí ver de quién era la llamada perdida; por un momento creí que sería el dueño de mi Bobby y me puse nerviosa, pensaba que el día que al principio quería llegara ahora llegaría y me lo arrebatarían de mi lado, mas no fue así, en la pantalla de mi teléfono apareció el

nombre de Isabella, la chica de la inmobiliaria que me ayudó a encontrar departamento, ahora somos amigas.

Habíamos quedado varias veces después del trabajo para tomar una copa y desde la primera vez congeniamos tanto que la siento como si fuera mi amiga desde preescolar. Ella fue la que inició a contarme toda su vida, sin guardarse nada para ella, sin pena alguna, de su familia, de sus novios, de su amante; yo, en cambio, sólo le he contado de mi última relación con Roberto y de Jaime, el tema familiar prefiero dejarlo para más adelante.

Nunca he sido, y creo nunca seré, de esas personas desenvueltas que platican a todo el mundo de sus problemas, más bien, soy reservada y algo tímida.

Isabella nació en Bologna, un poblado cerca de aquí, debe rondar los cuarenta años, es alta, delgada y rubia teñida, tiene ojos azules, su piel es blanca como la leche, aunque ella insista en verse morena todo el año gracias al autobronceador; viste al último grito de la moda, siempre en tacones de, mínimo, siete centímetros, anda en una Vespa color crema y habla sin parar, a toda velocidad, lo cual hace que muchas veces sea imposible entenderle y seguirle el ritmo a la conversación, a ella no parece importarle, sigue hablando y yo nada más asiento con la cabeza mientras tomo cerveza. Domina a la perfección el inglés y el francés, se defiende en español y a veces cuando está borracha olvida con quién está hablando y mezcla todos los idiomas.

Le regresé la llamada y me atendió enseguida, para quedar hoy a las doce de la noche en el bar de la esquina del restaurante donde trabajo, se oye angustiada y dice que le urge desahogarse conmigo.

Aunque me gusta quedar con ella y escucharla, así me distraigo y convivo con alguien real, no sólo con clientes pasajeros del restaurante, pienso que cuando llegue a casa Bobby estará muerto de hambre, si no es que se ha ido a otro hogar donde sí lo traten como es debido, ¿a qué hora uno se vuelve esclavo de sus mascotas? Quiero olvidar que Bobby es y siempre será un gato callejero por lo que puede salir a la calle y encontrar algo de comer, pero me gusta creer la fantasía de que soy imprescindible para alguien, aunque ése sea el gato.

Cuando llegué al bar, Isabella ya se encontraba en la barra, tomaba un martini y platicaba con el barman, probablemente lo conquistó y esta noche duerma acompañada. Ella y su magnetismo con los hombres.

He de reconocer que a veces siento envidia y la admiro por la facilidad que tiene para platicar con chicos y para dejarse llevar por el momento, sin pensar tanto, sin darle miles de vueltas al asunto, sólo hace lo que sus deseos sexuales le ordenen, no pone ningún tipo de resistencia. Tengo la total convicción de que Isabella es de la clase de personas que jamás ha hecho una lista de pros y contras para tomar una decisión, más bien, jamás ha hecho una lista para nada, ni para ir al mercado.

No como yo, después de mi aventura con Jaime, he decidido olvidarme de los hombres para siempre, no tengo ningún interés o intención en conocer a alguien, ya inclusive he perdido cualquier estímulo de placer sexual. Me he declarado una mujer incompetente para las relaciones y, la verdad, así estoy mejor.

Interrumpí la plática que mi amiga mantenía con el joven de la barra, me ha dado dos besos, uno en cada mejilla, y un abrazo,

en cuestión de segundos comenzó su monólogo de cómo su novio la descubrió teniendo sexo con su amante: había salido antes del trabajo y los había encontrado en la cama que compartían desde hacía tres años. Una vez que la culpabilidad la abandonó, dio entrada a las excusas, alegaba que después de tres años el sexo pierde intensidad, aunque el amor siga igual y para ella la intensidad, la pasión y la innovación en este tema son cruciales. Expresa el odio que tiene contra la estupidez humana de haber inventado algo tan falso e irreal como la monogamia y la fidelidad, insiste en que no es natural y no es posible mantenerse enamorado de la misma persona por más de tres años consecutivos. La rutina de la vida en pareja y la monotonía en las sesiones de sexo la aburren y asegura la orillan a buscar en otros cuerpos algo de diversión. No soporta que la quieran controlar, ni en la cama, ni fuera de ella, dice que ya está grandecita para cuidarse sola, no le gusta que con el tiempo sus parejas se tomen derechos sobre su tiempo, su cuerpo, como si fuera una posesión de los hombres, ahora viene el tema del feminismo, me cuesta trabajo seguirle el ritmo, muchos temas y a una velocidad que no logro hacer la traducción de todas las palabras que salen de su boca. Está enojada con ella misma por haber perdido tanto tiempo con su antigua pareja, como si le sobraran los años, dice, cada día no me hago más joven, me repite varias veces.

La escucho y afirmo con la cabeza de vez en cuando. Pienso en mis padres nuevamente, sin querer me pregunté cómo sería su vida sexual después de veinticinco años de matrimonio, ¿tendrían? ¡Ay, Oriana!, deja de pensar en pendejadas y pon atención a lo que dice Isabella, luego me preguntaría algo específico y no sabría qué contestarle.

Fueron necesarias cuatro largas horas y muchos martinis para que Isabella se desahogara completamente de su culpabilidad y me expusiera sus planes para el futuro inmediato. Sé que para ella sólo soy alguien que le sirve para reafirmar y aclarar lo que piensa y quiere, a mí me está bien así, no me molesta, al contrario, me divierte y también, de vez en cuando, me hace reflexionar con sus propias deliberaciones acerca del mundo y, sobre todo, del amor.

Pagó la cuenta ella ya que había sido culpa suya que tomáramos tantos cocteles, para ser sinceras ella no tiene problemas económicos como los tengo yo, se lo agradecí y le di las buenas noches. En el camino de regreso a casa pensé en lo bien que era estar libre de enredos amorosos por una vez en la vida.

Se acerca Navidad y me aterra pensar que la voy a pasar sola con Bobby. Desde que recuerdo, pasamos Noche Buena en casa de la abuela. Se juntan todos los hermanos de mi padre, con hijos y nietos, y cenamos pavo, pasta, ensalada, paté de ganso, un sin fin de comida acompañada de grandes cantidades de vino tinto.

Siempre he tenido la sensación de que todos vamos a fuerza, que es obligatorio convivir con la familia en este día especial y nadie, jamás, había faltado hasta que Alicia se fue a vivir a la India, ella fue la primera. Su lugar seguía intacto en la gran mesa ovalada, creían que llegaría en cualquier momento, después fue papá quien murió.

¿Este año me guardarán también mi lugar o la abuela ya habrá perdido la esperanza en las Segura Valdés? ¿Mi madre continuará yendo ahora que ha quedado sola?, después de todo, es la familia de su difunto marido, la única familia que conoce y la única que tiene.

Me perderé el regalo de la abuela, un pijama o una cosmetiquera, como la de todos los años, pero mínimo recibía algo. Mi

madre probablemente me lo guardará para cuando regrese, a ella esta época es la que más le gusta.

Es especialista en comprar regalos, desde octubre ya comienza a buscar, a hacer listas con posibles cosas interesantes que le puedan gustar a cada uno y luego las busca en las tiendas departamentales, boutiques, librerías, etc. Ahora caigo en la cuenta de que también de ella heredé el hábito de hacer listas para todo, me asusta un poco el saberme parecida a ella en algo que disfruto tanto hacer.

El año pasado conté que hizo setenta y ocho obsequios, desde al jardinero, a los de la basura, a su suegra, a la nana, a la cocinera, a las empleadas domésticas de la abuela y a las de su casa, a sus múltiples médicos, a dos amigas que tiene, al cartero, al carnicero, etc. No importa las cantidades de dinero que gaste, ella dice que le encanta la sensación de dar, aunque no reciba nada de regreso. El año pasado recibió dos únicos regalos, el mío y el de la abuela, como casi todos los años desde que murió papá; él era quien se encargaba de compensar la falta de presentes que sabía mi madre no recibiría, así que papá, imagino que con ayuda de su secretaria Lidia, compraba siete u ocho para Navidad, al igual que para su cumpleaños, su santo, su aniversario, cualquier fecha celebrable.

Lo mejor de todo es que mi madre siempre le acierta a lo que necesito, sus regalos terminan por encantarme y serme muy útiles, aunque al principio ponga cara de qué ocurrencias, mamá, como, por ejemplo, el del año pasado: tratamiento láser para la eliminación definitiva del vello en el bigote, axila, bikini y piernas; pensé que era una broma, me ofendí un poco y todo, de seguro lo hizo porque sabe lo floja que soy para rasurarme y peluda jamás conseguiría

novio o marido, pero después me encantó la idea y ahora que soy casi lampiña se lo agradezco.

Llevo un mes en Florencia, expiando mis pecados y aunque me han abandonado los torbellinos de sentimientos que tenía cuando recién llegué, creo que ahora me estoy convirtiendo en una mujer vieja, melancólica, ¡ah!, y con un gato.

Capítulo XII

Para mi sorpresa pasó Navidad sin penas. Isabella me invitó a cenar a su casa, también fue Andon y el amante en curso de Isabella: un chico argentino, moreno, guapo, que no habla ni jota de italiano, se entienden con mezclas de inglés, castellano, italiano, el lenguaje de las señas y el de los besos; como mínimo aparenta una década menor que ella.

Isabella, como típica italiana, preparó una deliciosa pasta con trozos de diferentes carnes; yo fui la encargada de llevar algo de mi país y, como no sé cocinar ni aquí ni allá, se me antojó llevar guacamole, el más caro de la historia, como platillo gourmet, a seis euros el aguacate, casi me da un infarto cuando le pagué treinta euros al de la verdura por cinco aguacatitos, pero eso me pasa por jamás haber puesto atención a mi nana o a la cocinera de la casa y fue lo

único que se me ocurrió podría preparar, sin tanto margen de error para que resultara algo comestible. Andon llevó el postre que aseguró él mismo hizo: pastel de chocolate con cubierta de fresas, que tenía una pinta de estar buenísimo.

El departamento de Isabella es una maravilla. Al trabajar en una inmobiliaria se encontró con una magnífica oportunidad para comprar el piso de hasta arriba de un viejo edificio por el barrio del Espíritu Santo.

Es el más grande que yo he visto en Florencia, de unos trescientos metros cuadrados, aproximadamente, tres habitaciones, una gran cocina equipada a la perfección con ollas, sartenes, cucharones, todos los equipos electrodomésticos imaginables, una vajilla de color azul y blanco, una colección de copas antiguas, y luego el tema del baño, uno solo, más una enorme terraza que rodea al piso.

Mi amiga me confesó que al principio, cuando compró el departamento, pensó que las otras dos habitaciones las llenaría pronto con dos hijos, pero bien a bien nunca se ha aclarado si le gustan los niños o si le gusta más su libertad, ahora que tiene el reloj biológico encima, sigue sin decidir si sería buena madre, así que los utiliza uno como bodega y otro como estudio.

La terraza está cubierta por plantas de todas las especies, tiene sólo una mesa rectangular con seis sillas y dos camastros en el centro, todo lo demás es verde. La vista que tienes desde este lugar es impresionante, puedes ver Florencia desde lo alto, en todo su esplendor, incontables cúpulas, terrados de casas, de edificios de departamentos, museos, pequeños palacios, iglesias, etcétera.

Tomaba mi copa de limoncello, tratando de ignorar el frío que hacía en la terraza, observando la majestuosidad de esta ciudad. No

existe rincón, calle o callejuela que no guarde un tesoro arquitectónico e histórico; a lo lejos veía la plaza de la Signoria, rodeada de esculturas de dioses romanos; el Duomo de la catedral de mármol blanco y verde por la izquierda, sus puentes que cruzan el río Arno dividían la ciudad, miles de luces adornaban las calles, me sentí afortunada, por unos instantes creí que era feliz, pero inmediatamente después llegaban a mi cabeza imágenes de mi familia, la cara dorada, cubierta de rizos largos y castaños, de Alicia minutos antes de que entrara al mar a morir; la tristeza en los ojos de mamá cuando fuma sola en su terraza; el misterioso paquete de mi nana y el miedo que me daba su muerte; la prontísima resignación de Roberto; el rostro de papá rodeado de sus palomas, me hacían imposible permanecer tranquila, eran una especie de saboteo a mi felicidad, como si los estuviera traicionando.

Andon salió a acompañarme a la terraza, él también ya estaba borracho, se acercó a mí y como no queriendo me besó, yo me quedé helada, sentí el olor a alcohol y a cigarro de su boca, pero no me moví, traté de no respirar y sólo pronuncié “no” con un hilillo apenas audible de voz. Andon se separó de mí y me pidió una disculpa; ojalá no hubiera pasado esto nunca, ahora cómo volveríamos a comportarnos como antes de que me besara, sentía que lo iba a perder y en esos momentos no estaba en condiciones de perder a uno de mis dos únicos amigos que tenía aquí. Le pedí perdón y sentí los ojos a punto de llorar, me contuve gracias a Dios, le expliqué que en estos momentos no buscaba una relación, que sólo hacía daño a las personas que me quieren. Él no entendía por qué me ponía así, si sólo había sido un beso, me lo repitió varias veces, que él no quería una relación conmigo, con lo que me hizo sentir más imbécil de lo

que normalmente me siento, tenía toda la razón ¿qué tenía que ver una cosa con la otra? Como si tuviera quince años. A ver si aprendemos algo de Isabella, me repetía en mi cabeza, traté de cambiar la conversación y hacerme la *cool* con lo que acababa de pasar, sin darle más importancia al asunto, más de lo que ya le había dado.

Regresé a casa por las cuatro de la madrugada, el frío lo tenía impregnado bajo la piel, iba tan borracha que en lo único que tenía puesta mi atención era en el camino, en recordar las calles y no perderme. Después de caminar largas cuadas, dar un par de vueltas inútiles por calles que no conocía, bamboleándome por la acera, descubrí la iglesia que me servía de brújula para dar con mi departamento, justo enfrente, la gran puerta de madera, que justo hoy estaba más pesada que de costumbre. Atinarle a ensartar la llave en la chapa dorada fue otra pérdida de tiempo, entre que el cuerpo se me columpiaba de un lado a otro, se movía la llave o el agujero de la chapa, o las dos juntas, era muy probable que no consiguiera abrirla y tendría que esperar a que un alma samaritana, de las que amanecen pronto, saliera para yo poder entrar, hasta que se me ocurrió la grandiosa idea de alumbrar con el celular la chapa y detener mi cuerpo con la puerta, así logré abrir.

Subí los cuatro pisos a mi departamento y llamé a Bobby, el muy sinvergüenza me abandonó en una de las noches más melancólicas del año, probablemente por irse tras los huesos de una gatita y alborotar a todos los gatos del vecindario con sus maullidos de placer sexual, pinche Robert cabrón, todos son iguales, pensé, mientras me despojaba de la ropa y de las botas. Prendí un cigarro y llamé a casa de la abuela Leonor, allá, con el cambio de horario, apenas era la hora de la cena.

Contestó la cocinera, cualquier día del año las personas de servicio trabajan, como si ellas no tuvieran familias con las que compartir esta noche. Me comunicó a mi abuela primero, la saludé y le conté con frases cortas mi vida acá, después me pasó a mi madre.

—Oriana, qué bueno que llamas, no sabía si querías que lo hiciera yo, por eso no te había hablado antes —dijo en tono tranquilo.

—Claro que hubiera querido que me llamaras, mamá —le dije a modo de reproche.

—Es que con eso de que estás reencontrándote, no sabía si te molestaba que te llamara —podía escuchar la música y las voces alegres de mis tíos y de mis primos a su espalda.

—No digas estupideces, mamá —sentía cómo me enfadaba más rápido de lo que creí y cómo el volumen de mi voz iba en aumento.

—Bueno, no te enojas, a partir de ahora lo haré una vez por semana para saludarte —propuso. Suspiré profundo, demasiado tarde para corregir el error anterior, pensé.

—¿Qué tal todo, Ori?, ¿la pasaste contenta esta noche? —me preguntó, trató de dar por terminado el tema anterior.

—Sí, mamá, con unos amigos, en un lugar espectacular, aunque no lo creas te extraño —no sé por qué lo dije, nunca me he sentido cercana a mi madre y ni ella ni yo somos de las que se dicen cosas melosas o sentimentales, damos por hecho que ya las sabemos, pero hoy se lo dije, necesitaba hacerlo. Ella se quedó callada, imaginé que se habría sorprendido al escuchar la frase.

—¿Estás borracha, Ori? —me cuestionó, con el tono de voz que utiliza cuando se trata de algo divertido, trataba de encontrar una explicación a mi declaración de amor.

—Un poco, mas no necesito estarlo para decirte que te extraño, ¿por qué nunca nos decimos lo que sentimos, mamá?, ¿siempre fuimos así?, ¿o con los años nos convertimos en dos personas lejanas? —duro y dale con el sentimentalismo esta noche, Oriana. La voz en mi cabeza trataba de que recapacitara y dejara el tema para otro día, pero mi otro yo, necio como es, insistía.

—Veo que el alcohol te ha puesto melancólica, otro día hablamos, Ori, ahora no es momento de cuestionar el porqué somos como somos, que tengas buenas noches, hija, te llamo en la semana —así como casi podía ver el humo del cigarro que salía de su boca, también estaba segura que había logrado mi objetivo, ponerla nerviosa y triste y una parte de mí se alegró, mientras la otra se avergonzaba.

Me sentí ofendida y percibí un nudo en la garganta que detenía mi llanto, nada más escuché cómo le dije que me pasara a mi nana a lo que ella respondió que ella ya estaba descansando en su cuarto, que ya hablaríamos otro día y me colgó el teléfono, me quedé en una terrible soledad, acompañada de tristeza.

Lloré soltándome a lo desconocido, no me importó que los mocos me llegaran a la boca y se mezclaran con lo salado de las lágrimas, que el rímel se me hubiera corrido, que me atragantara con mi llanto y que hiciera un ruido intolerable con la garganta, así se llora, Oriana, así llora la gente normal, común y corriente, sin tapujos, sin esconderse, y me venció el sueño, sintiéndome más sola y exiliada de lo que jamás me había sentido.

Capítulo XIII

El invierno parece eterno en esta ciudad de los puentes. La lluvia no da tregua y, junto con el frío, me roba las ganas de salir de la cama. Se me antoja quedarme enfundada en mi edredón, con la calefacción a tope, los vidrios empañados y llovidos, el olor a cigarro mezclado con el de café y Bobby a mis pies, leer mi libro y dormir.

Tampoco Bobby quiere dejar el departamento, ni sus deseos sexuales han sido tan fuertes como para salir a la intemperie, mojarse y volver a subir los cuatro pisos a su hogar.

Sin embargo, yo no gozo de la suerte de Bobby, tengo que salir a trabajar y más ahora que conseguí otro empleo en el turno de la mañana, no puedo quedar mal.

De lo único que he podido prescindir con este clima es de salir a correr, la intensa lluvia no me deja respirar, con un par de días que

lo hice fue suficiente para pescar una gripa; me siento como una enferma terminal. El frío permanente de mi cuerpo, junto con la fiebre, provoca, que sude continuamente, las cascadas de mocos que no paran de caer por mi nariz, roja y reseca de tanto sonarme, los ojos lagrimosos; es sólo una simple gripa, nadie se muere de esto, aunque insisto en que debería de catalogarse como un padecimiento de gravedad.

Aun así de enferma como me siento tengo que levantarme. Ordeno a mis piernas que salgan de entre el calor de las sábanas y del edredón, a mis pies que se muevan y hagan contacto con el suelo y me trasladen al baño.

La imagen con la que me recibe el espejo es terriblemente desalentadora, no puedo encontrarme más fea, demacrada y seca. Soy la embajadora de la enfermedad viviente.

Decido no ducharme, el cambio de temperatura, presiento, no me caerá bien; me lavo la cara con agua tibia, siento el frescor al contacto con mi piel, con mis párpados hinchados, el ardor del jabón al rozar las aletas de mi perjudicada nariz; me lavo los dientes como favor a la humanidad; me visto con los pantalones más calientes que tengo, calcetines de lana, botas, suéter de cuello alto, gorra, guantes y chamarra, con la bolsa repleta de kleenex. Tanta cosa encima y tan poca energía me hacen difícil moverme por las escaleras.

¡Qué envidia me da el Bobby!, ser gato debe de ser genial, aparte eso de tener siete vidas debe de ser una maravilla, si la cagas en una, tienes seis más para enmendar el error, pienso, mientras me sostengo del barandal de hierro para no caerme al bajar las escaleras, húmedas y frías.

El trabajo nuevo me gusta mucho, si fuera cualquier otro me habría reportado incapacitada y me hubiera quedado en cama descansando la enfermedad, pero no puedo faltar cuando hoy es mi quinto día de trabajo, todavía estamos en la primera fase de causar buena impresión, aunque dudo que esta cara, y propagando el virus, sirva para causar el efecto que buscamos.

Para no perder la costumbre, antes de salir a la calle abro el buzón con mi pequeña llave plateada, descubro una notificación para pasar a las Oficinas Centrales de Correos a recoger un paquete a mi nombre, especificando la dirección y los horarios de atención al cliente. Inmediatamente supe que era el que me había enviado mi nana hace más o menos un mes, si tuviera tiempo y más energía iría primero a correos, pero a estas horas no puedo darme el lujo de desviarme sin llegar tarde al trabajo. Guardo el papel con la notificación escrita en mi bolsa, mis manos tiemblan de felicidad de saber que tendré conmigo el paquete de mi nana al finalizar el día.

La curiosidad pone a trabajar mi imaginación: probablemente esté lleno de dulces de tamarindo que tanto me gustan, o podrían ser diferentes chiles para prepararme una salsa, o mole, definitivamente tortillas, pienso, esperemos que no se le haya olvidado el chocolate Abuelita, ¿o será algo referente a la vida personal de mi nana?

El primer golpe al sacar la cabeza por la puerta ha sido salvaje, el viento helado me ha congelado las ideas y ha quedado en el recuerdo la necesidad de quejarme de la enfermedad, de mi suerte, del frío, de lo caro que está el euro, de lo cansada que estoy, de la intriga del paquete, simplemente camino calle abajo, muy cerca del río, sostengo el paraguas con todos los colores del arcoíris que le compré

a los chinos por cinco euros, ojalá hubiera comprado uno de mejor calidad en la tienda departamental Piazza Italia, uno más grande, ligero y menos llamativo.

Cruzo un puente, cruzo el segundo, el más famoso, el Ponte Vecchio, paso por las innumerables joyerías, tiendas de suvenires, paso el mercado del Cinghiale, doblo en la Piazza della Repubblica y llego a mi destino: la librería Eddison.

Una amiga de Isabella me dejó el puesto, ella está por parir a su primera hija (cosa rarísima que alguien tenga hijos en esta ciudad), y yo lo acepté encantada. Vine a la entrevista con el encargado llamado Stefano, es un brillo en mi currículum el que hable italiano, español e inglés, inmediatamente me dieron el puesto. Por fin, la suerte empieza a estar de mi lado.

Stefano, un hombrecito de baja estatura, delgado y fino de facciones, impecable en su forma de vestir, pantalón color caqui y saco de colores neutros, peinado de tal manera que ni los vientos de un fuerte huracán moverían un pelo de su lugar. A este hombre le causé compasión o estaba desesperado por no encontrar suplente para el puesto, porque incluso me va a ayudar con el tema de los papeles para que deje de ser una inmigrante ilegal.

Me ha caído perfecto el trabajo, con el sueldo de aquí y el del restaurante, más las propinas, ya podré estar más suelta con mis gastos, podré comprar algo de ropa o pasar de la marca libre del vino tinto que venden por litros a una más decente, con etiqueta y corcho.

La librería ha sido de lo mejor que me ha pasado en el tiempo que llevo en Florencia; el simple hecho de llegar y que te reciba el

aroma a libro, a letras, a historias, a gente que ama leer, me conmueve profundamente.

Entre mis múltiples responsabilidades están atender a los clientes que buscan algo en específico; acomodar libros en estanterías tan altas que se necesita una escalera larga y delgada para poder llegar hasta arriba, y yo con mi vértigo, pero con tal de ser parte de este mundo librero puedo apostar a que superaré la fobia; hacer listas de pedidos de libros agotados para que el encargado los solicite de nuevo y, de vez en cuando, cobrar en caja.

Me encanta moverme entre estos pasillos estrechos, repletos de libros que guardan historias de guerra, de amor, de amistad, de lugares por el mundo que no conozco, de idiomas, de infinidad de temas que me sería imposible enumerarlos. Ser parte de un lugar que archiva tantos secretos me apasiona, aparte de los increíbles descuentos que gozo por ser empleada, puedo llevarme varios a la semana y pagarlos a final de mes, así me actualizo y me informo de las últimas novedades y también de algunos clásicos, para poder hacer recomendaciones a los clientes y no quedar como idiota cuando me pregunten mi opinión acerca de algún libro.

He dejado mi paraguas colorido de pie en una esquina, afuera de la tienda, y mientras abría la puerta observé a un señor mayor, de espaldas a mí, hojeaba un libro de fotografías, su pelo entrecano, su corte de cabello, su espalda erguida pero cansada por el peso de los años, me recordó a mi padre y me quedé inmóvil en la puerta de la librería, obstruyendo el paso a los clientes que querían entrar o salir.

Era tan parecido a papá, si no lo hubiera visto en el ataúd un año atrás juraría que era él. Tenía la cara acartonada, con ese color grisáceo, seco, con sus manos cruzadas sobre su pecho, su cabello con

rayos plateados y blancos, los de la funeraria habían hecho un excelente trabajo, habían logrado convencerme de lo que no creía, ahí se encontraba él: maquillado, peinado con gel, vestido con su traje a rayas y su chaleco azul, hasta zapatos traía, y su alianza de matrimonio aprisionada en su dedo morado, inerte, muerto.

He asistido a dos entierros en mi vida, creo que a mi edad es una verdadera suerte que solamente dos familiares hayan muerto; cuando murieron mis abuelos yo era muy pequeña y debido a que los adultos tienen la firme convicción de que la muerte y los niños no se entienden, me libré de asistir a sus funerales y respectivos entierros.

Los niños son los que mejor comprenden la muerte, para ellos no es algo traumático como la mayoría de los adultos creen, a lo mejor se deba a que no saben de la lejanía a donde emigran los muertos; para ellos todo es pasajero, no tienen la noción clara del tiempo ni de la distancia. Independientemente de esto, agradezco que sólo haya tenido que asistir a dos entierros, con éstos he tenido para toda la vida.

Me recuerdo tan triste que estaba segura de que en cualquier momento mis rodillas se doblarían y caería al piso, no podía entender lo que todo el mundo ya sabía: papá había muerto, papá había muerto, papá había muerto. Si hace sólo unas horas estábamos juntos, cómo era posible que así de repente se hubiera muerto, sin previo aviso, sin tiempo para despedirnos. Un ataque fulminante al miocardio, es lo que los doctores del hospital dijeron cuando la ambulancia, junto con mamá, lo llevó al hospital.

Los paramédicos al verlo tendido dentro de una de sus jaulas de palomas con el rostro duro, la mirada fija y la mueca de dolor en su cara supieron que no había nada que hacer. Lo sacaron de la jaula,

entre el ronroneo y el fuerte olor del excremento de las palomas, de sus palomas, que ahora se habían quedado huérfanas.

Me imagino lo doloroso que fue para mamá, pareciera que papá había decidió morir entre sus palomas y no entre sus brazos como todos los enamorados creen que debe de ser el final, ni los años que había durado sobria habían sido suficientes para que él se quedara con ella.

Tal fue su coraje que lo que duró el entierro se mantuvo firme como una estatua de piedra, de ésas que abundan en los cementerios, ni una lágrima, ni un sollozo, ni una muestra de dolor, pero al llegar a casa la recibió la tristeza, bebió y bebió por horas, recayó en el vicio, el único que era capaz de consolarla, de sanarla, aunque fuera por unas horas.

Así, borracha, perdida, subió a la azotea de la casa y abrió todas las puertas de las jaulas del palomar de papá. Las palomas, desubicadas porque que no era su hora de salir a volar, no sabían muy bien qué hacer, por lo que decidieron quedarse quietecitas dentro de sus jaulas. Fue necesario que mamá entrara jaula por jaula y las espantara con una escoba en una mano y en otra su vaso de *whiskey* gritando “¡fuera, fuera, son libres, cabronas!”.

Yo estaba tan cansada y triste que no me sorprendió, después de todo eran las palomas de papá, ni ella ni yo las íbamos a cuidar, sólo nos recordarían su ausencia.

Todo fue tan rápido que Alicia no alcanzó a llegar al entierro, por lo cual decidió quedarse en Mumbai, no le veía mucho caso regresar cuando papá ya se encontraba tres metros bajo tierra y no tenía ningún interés en ver a mamá, a la abuela Leonor, o a mí.

Eso sí me dolió, no puedo decir que más que la muerte en sí de papá, pero que Alicia haya tenido los huevos de dejarme sola con los miles de “lo siento mucho; te acompañamos en tu dolor; Dios así lo quiso”, de todos los amigos y conocidos de papá y la locura de mamá, fue muy duro para mí. Fue en ese momento cuando por fin reconocí que ya no tenía nada que ver con ella, ¿cómo era posible que no viniera, que fuera así de egoísta, que me dejara sola?

Pensaba lo poco preparados que estamos para enfrentar a la muerte, ya sea la propia o la de un ser querido, ¿cómo se funciona sin alguien al que amabas con todo tu corazón?, ¿cómo sobrevives día a día sin su presencia?, ¿de dónde se obtienen fuerzas para sacar sus cosas del clóset, meterlas en bolsas negras, en cajas, en maletas para regalarlas, tirarlas, para simplemente no verlas?, ¿cuánto tiempo necesita el cuerpo para acostumbrarse a la pérdida?

Recuerdas cuando las primeras semanas después de su muerte llegabas de trabajar y corrías escaleras arriba a la azotea, a su palomar, para contarle cómo te había ido en el día, pero lo único que te encontrabas era la suciedad de las jaulas y a muchas palomas igual de necias que tú, que se resistían a buscar otro hogar, que aunque nadie les pusiera de comer, permanecían en sus jaulas.

Después vino la muerte de Alicia, su funeral, la tristeza y las pocas ganas que me quedaban de vivir, el continuo choque con la cara de mi madre, desencajada, sin ningún tipo de expresión; vagaba por la casa mientras dejaba su estela de humo de cigarro por donde caminaba, aumentando mis ganas de huir.

Las oscuras noches de insomnio escuchando el continuo picar y el escandaloso ronroneo de las palomas, justo encima del techo de mi cuarto, fueron suficientes para quererme ir, no me podía quedar

en esa casa, bajo ese techo, en esa pesadumbre donde hasta el aire olía a tristeza.

La muerte, en mi caso, fue la culpable de mi exilio y parte de mi locura, ahora lo sé, ahora lo reconozco.

La cajera, llamada Francesca, ha venido a mi encuentro, me tomó de un brazo para sacarme de mis recuerdos y me llevó atrás de la caja, me preguntó si me encontraba bien, parecía que hubiera visto un fantasma, me dijo. Sólo minutos después cuando el señor poseedor del pelo y de la espalda dobles de mi padre volteó a verme caí en cuenta de que era otro hombre muy distinto a papá, nada en común, y mi corazón se serenó.

Stefano, el encargado de la librería, al verme en este estado tan deplorable me ha mandado de regreso a casa, me imagino que más que por mi bienestar lo hizo para asegurarse de que nadie contraiga mi virus, no puede darse el lujo de perder otra empleada. Se lo agradecí varias veces, llamó a un taxi para que me llevara a casa, lo pagó por adelantado y se despidió de mí con varias palmaditas con sus pequeñas manos en la espalda.

Desde que estoy en Florencia es la segunda vez que me subo a un auto: el taxi que me trajo del aeropuerto y éste, todo lo demás lo he hecho caminando o en camión. Sentir la calefacción del coche y mis piernas descansar por poco hacen que se me escapen unas lagrimitas, jamás hubiera esperado un gesto tan amable por parte de Stefano: temo que me he convertido en una sentimental-llorona-perdida, nada más me faltaba llorar porque mi jefe me despachó del trabajo en un taxi, en un coche, ¡pinche Oriana loca!, oigo mi vocecita interna, me jode el momento, si sigues así al llegar el verano te habrás convertido en una santurróna, mártir y frígida. Para acallar a

mi propia voz llamé al restaurante para avisar que estoy enferma y no me será posible trabajar por la noche, esperé entendieran y no me corrieran.

Con el día por delante, y dentro de un auto calentito, he decidido pedirle al taxista que se dirija a la Oficina de Correos, ubicada en la Via Pietrapiana, para recoger el paquete de una vez por todas, aun sintiéndome como me siento, esto no impide que se me quiten las ganas de conocer el contenido del paquete, qué cierto es eso que dicen “la curiosidad mató al gato”.

Al llegar, presento en la primera ventanilla el papelito que traigo en la bolsa con la notificación, la empleada que me atiende, una mujer entrada en años, con la raíz del pelo blanca y la melena negra, grandes y gruesas gafas, busca en la parte de atrás donde están unas cajas enormes con cartas, paquetes, cajas más pequeñas, sobres de todos los tamaños y colores, hasta encontrar la mía, firmo de recibido y me la llevo como quien carga algo frágil.

Es una caja pequeña, me imagino a mi nana antes de enfermarse tanto, tomando un taxi a correos, llenando la caja que le dio la empleada con quién sabe qué cosas dentro, escribiendo mi dirección en la parte de afuera, puedo identificar su letra manuscrita, antigua, temblorosa y en la parte de arriba su nombre: Socorro López, como remitente, y la dirección de la casa de mi abuela Leonor.

Son tantas mis ganas de abrirlo que estoy tentada a sentarme en la banqueta de la calle enfrente de correos y descubrir el contenido del paquete, pero no lo hago, camino rumbo a casa. En una mano sostengo la caja y en la otra el paraguas, cuidando que la caja no se moje, aunque sin manos libres para limpiarme los mocos que me escurren. Prefiero darle la importancia que amerita y esperar a

llegar a mi departamento, abrirlo junto con mi copa de vino tinto y mi cigarro como acompañantes, en la quietud del silencio, con Bobby de testigo.

Capítulo XIV

Debido a la gripe permanecí encerrada tres días en mi departamento. Unas veces sentía que iba a morir y me encontrarían semanas después a causa del mal olor que desprendería mi cuerpo putrefacto, y otras veces escuchaba mi voz repetirme que de una simple gripa nadie se muere, y así caí en el juego de mis dos voces internas que peleaban a todas horas para ver quién tenía la razón, la dramática o la racional, la historia de mi vida.

No moriría, mas no tenía fuerzas para levantarme de la cama, no probé alimento en esos tres días, sólo tomaba agua, jugo o cualquier líquido que hubiera en el departamento. Una vez que terminé con las reservas, me vi en la necesidad de tomar agua de la llave, no estaba en condiciones de bajar a la calle helada a comprar y subirla cuatro pisos; estaba segura que había mucha gente que

tomaba agua directamente del grifo y no les pasaba nada y yo no sería la excepción.

Aparte de lo cansada que me encontraba, me sentía triste de saber que no me atrevería a hablarle a Andon o a Isabella para que vinieran y me trajeran agua, comida, medicina o simplemente compañía; así de necia y autosuficiente me creía, ellos tenían sus trabajos y no quería ser una molestia, así que aun con el peso de la soledad decidí superar mi enfermedad con Bobby como única compañía.

Traté de ponerme al corriente con la lectura de un libro, pero la vista se me nublabo y no lograba entender el significado de las palabras, probablemente a efecto de tanta producción de moco, por lo que me dediqué a dormir.

A inicios de la semana, cuando Stefano, mi jefe, me regresó a casa por la gripa y pude recoger en las Oficinas de Correos el paquete que me envió mi nana, llegué al departamento y, agotada por subir los cuatro pisos, me dispuse a abrir la tan esperada caja.

Me senté en el sofá y aunque había pensado que cuando tuviera en mis manos el paquete acompañaría el momento con una copa de vino y varios cigarros, me abstuve de ambos vicios debido a lo mal que me sentía. Bobby en mi regazo debía de estar muy desconcertado, ahora encontraba a su dueña todo el día en el pequeño departamento, a diferencia de unos días anteriores que no me veía ni el pelo hasta bien entrada la noche.

Quité la cinta adhesiva color café para descubrir un par de cartas que Alicia le había enviado a mi nana cuando vivía en la India, tres fotografías y varios tesoros gourmet. A lo único que le había atinado había sido al Chocolate Abuelita, a las tortillas de harina Tía Rosa

y a una bolsa de chile de árbol; de los dulces y del mole por más que busqué entre los papeles no los encontré, aunque se compen-saron con los dos paquetes de frijoles refritos marca La Costeña.

También dentro de la caja había unos dibujos, probablemente pintados por Alicia o por mí cuando éramos niñas, un escapulario que mi nana usaba siempre alrededor del cuello, con el que se baña e inclusive duerme y, lo que más llamó mi atención, una pequeña libreta amarilla donde papá anotaba los nombres de sus palomas, su raza, su edad, enfermedades que habían padecido, kilómetros vo-lados y la mezcla congénita de donde habían salido.

Sentí una nostalgia que me envolvía el cuerpo hasta dejarme inmóvil, otra vez el nudo en la garanta anunciando que el llanto quería hacer su aparición. Cuántos años se necesitarán para superar la muerte de un ser querido, quisiera saber y así hacerme la idea de que es pasajero y algún día no lloraré cuando vea a una paloma y ésta me recuerde a mi padre.

La soledad se hacía presente al verme como alguien que tenía en sus manos trozos de su vida que ahora parecía tan lejana, y sobre todo el reconocer que muchos de esos recuerdos los había compar-tido con mi hermana y con mi padre que ahora estaban muertos. Me sentí tan cansada que decidí guardar todo otra vez en la caja de zapatos y dejarlo para otro día que tuviera fuerzas, para cuando me sintiera mejor; odiaba hablar del pasado y reconocer ante mí misma lo encabronada que me tenía todo el asunto de la muerte.

Dormí varias horas, desperté varias veces, pero mis párpados eran tan pesados que volvía a caer en un sueño profundo donde imágenes de mi infancia se hicieron presentes, para amanecer

sabiendo que en algún lugar de mi memoria guardaba muchos recuerdos y anécdotas que por alguna razón había olvidado.

Imágenes de cuando era pequeña y me subía a un pretil blanco de la cocina desde donde veía a mi nana preparar la comida, su intensa mirada cuidaba que no me moviera mucho para no caerme.

Tengo la sensación de que aquellas épocas las pasaba muy contenta al lado de mi nana, ella no permitía que nos pusiéramos tristes por las ausencias de mamá. Jugaba con nosotros cuando nos veía melancólicas o nos preparaba algo rico de comer y como por arte de magia se nos olvidaba la tristeza.

Estoy segura de que gracias a ella nunca creímos que mamá nos abandonaría o que jamás iba a regresar, ella, mi nana, se encargaba de hacernos entender y saber que todo era pasajero, que mamá volvería con las pilas recargadas y se quedaría con nosotras para siempre.

Fuimos creciendo Alicia y yo, siempre con las explicaciones de mi nana de el porqué mamá pasaba largas temporadas fuera de casa: según ella era porque a mamá le enfermaba pasar mucho tiempo en la ciudad, se ahogaba, decía ella. Mi madre desaparecía por días, semanas enteras o meses, pero siempre regresaba, y mi nana se mudaba a nuestra casa a cuidar de nosotras, cuando regresaba mamá volvía a casa de la abuela Leonor hasta el siguiente viaje.

No tengo mucha idea de por qué mi nana decidió enviarme el paquete que, aunque se lo agradezco, me ha puesto nostálgica y melancólica al recordar esa parte de mi vida, de mi niñez. Probablemente crea que se va a morir pronto y quiere que yo guarde las cartas de Alicia y los dibujos de cuando éramos pequeñas, a lo mejor cree que con esos detallitos no olvidaré esa parte de mi vida, ahora lejana.

Ver las cartas de Alicia me ha dado por acordarme cuando éramos pequeñas y me escondía debajo de la cama para leer su diario, me enteraba el porqué estaba enfadada o contenta o qué le ilusionaba y, con el tiempo, así supe de la existencia de sus novios y de lo que hacía con ellos, lo sé, era una metiche y ahora tengo la sensación de que lo sigo siendo, aunque sólo veo las cartas, aún no he tenido el valor para leerlas.

Al cuarto día de reposo absoluto desperté con hambre y con sed, pero sobre todo con la decisión de enfrentarme a mi pasado, a esos recuerdos que se empeñaban en querer ver la luz y que rezumbaban como ecos en mi cabeza, me obligaban a querer conocer más de mi vida, de mi infancia, de todo lo que había olvidado y sobre todo de mi madre, de su enfermedad y de sus ganas de huir.

Así, de pronto, como si se hubiera movido algo dentro de mi cabeza, recordé cuando tenía unos ocho años y corté con las tijeras que saqué del costurero de la nana mis largos chinos, dejé mi cabello tan corto que de espaldas parecía un niño, ¿recuerdas que juntaste del suelo del baño los mechones de pelo y los dejaste arriba de la almohada de tu madre, para que cuando volviera de su viaje se diera cuenta de que tú, su niña pequeña, ya no se parecía en nada a ella? ¿Recuerdas los lagrimones porque papá te dio varias nalgadas cuando él encontró el montón de tus cabellos? ¿Será que empiezas a querer parecerle a ella o sigues creyendo odiarla, rechazarla porque es como es y tú, en el fondo, eres un poco así también?

La presencia de mi madre en mis sueños era recurrente: su sonrisa mientras me columpiaba en el parque, el viento volaba sus cabellos rizados, los dos hoyuelos que se formaban en sus mejillas cuando reía, como una niña traviesa, sus ojos divertidos, las

pecas que trataba de esconder bajo las capas gruesas de maquillaje y yo estoy ahí, pequeña, admirando su belleza, pero también con miedo a sus cambiantes formas de ser, a sus euforias y a sus gritos, y luego a sus llantos. Ahora recuerdo también su olor a *whiskey* mezclado con cigarro.

—Vamos, Oriana, vuela —me gritaba emocionada, empujaba el columpio con más fuerzas con las dos manos y detenía en sus labios el cigarro que siempre traía.

Yo, con mucho miedo, no quería ir tan rápido, quería bajar, sabía que no podía volar y tenía mucho temor de caerme y hacerme daño, pero no decía nada para no desilusionarla, para que no regresaran sus ojos melancólicos, sólo me atrevía a decir en voz apenas audible:

—Ya vuelo, mamá, ya vuelo —imploraba se cansara de empujarme o se apagara el cigarro y me diera tiempo de bajar del columpio.

Recordé también que esa vez cuando insistió en que volara en el columpio, o pudiera ser otra ocasión, no lo sé con total seguridad, se fue y nos dejó en el parque, se olvidó de nosotras así como quien olvida una bolsa, olvidó a sus hijas y papá, temblando de rabia y de miedo de sabernos perdidas, había ido a buscarnos al parque donde nos encontró debajo de una resbaladilla, fue en ese momento cuando Alicia y yo nos dimos cuenta que mamá estaba enferma.

Por primera vez acepté lo tonta que había sido tantos años, había creído y asumido como única realidad los pocos recuerdos selectivos que había guardado de mi madre, la historia que me había hecho de ella, que era una persona en la que no se podía confiar, a ciencia cierta no creía haber asumido la verdad de su enfermedad

como tal, es decir, como una enfermedad y no como un estilo de vida que ella elegía.

Me levanté de la cama, sentía mi cuerpo entumido y adolorido por la falta de movimiento de los pasados días. Sentí la cola de Bobby enrollarse en mis piernas, me recordó que había olvidado darle de comer también a él, abrí una lata de atún y la dejé en el suelo, era lo único que podía ofrecerle, yo me preparé un chocolate caliente y me senté en la única silla. Me encontraba mucho mejor, más tranquila y sin tantos mocos; a lo mejor la madurez que se supone debes tener a los treinta y cinco años comenzaba a dar signos de aparecer y de ver la vida de forma diferente.

Capítulo XV

Los días pasaron y con ellos me recuperé poco a poco de la gripa. Quedó como recuerdo de la enfermedad una tos insistente que no me dejaba en paz y que en la noche, al estar recostada en mi cama, se hacía peor, al igual que con el humo de cigarro, era una especie de queja por mi forma tan irresponsable de fumar aun cuando tenía los pulmones repletos de flemas.

Como muestra de agradecimiento por lo amable que se portó Stefano cuando estaba enferma, decidí ser la mejor empleada del mundo, no me quejaría de ninguna petición o encargo que me hiciera y haría mi trabajo siempre con una sonrisa en la boca, cosa que me resultaba bastante difícil ya que yo soy de hacer muecas y las sonrisas sólo aparecen cuando me río y a veces de manera espontánea, y ni yo sé el motivo.

Habían llegado a la librería los miles de ejemplares de la saga de *Crepúsculo*; nunca me ha gustado ese tipo de literatura, pero reconocía que la autora lo había hecho muy bien y que había despertado a una gran parte de la población mundial a la que sí le gustaban esos temas. El libro lo podías encontrar en tres idiomas: castellano, italiano e inglés, y todos en la librería sabíamos que durarían en las estanterías alrededor de veinticuatro horas y luego se agotarían.

Siempre me ha llamado mucho la atención la forma en que una historia pasa de persona a persona a través de las palabras escritas, los libros son auténticos transportadores de relatos, de enigmas por descubrir.

A veces voy más allá de dónde pararán los libros y pienso en las miles de horas que el autor dedicó al escribirlo, noches de desvelo, madrugadas, insomnio buscando cómo encauzar la historia, enamorándose de sus personajes que toman forma mientras los imagina, el desgaste emocional de escribir y escribir y de corregir, la necesidad de contar, el torrente de palabras buscando orden y claridad, las ideas galopantes en la cabeza del escritor, la decepción, la ilusión de publicar, la soledad, en fin, todo lo que conlleva escribir un libro.

Pasé la mañana cargando el desvelo de la noche anterior, sentía los ojos cansados y una punzada de dolor me atravesaba el busto constantemente, me ponía la mano en el pecho tratando de sentir los latidos del corazón y de alguna manera apaciguarlos y tranquilizarme, estaba consciente de que había lastimado a mamá y una parte de mí se arrepentía.

A las seis de la tarde salí corriendo rumbo al restaurante, mientras caminaba entre la gente, maniobrando con el paraguas de

colores, pensé en lo afortunada que era al tener esos dos trabajos completamente distintos: el día y la noche, la intelectualidad y la distracción, la calma y el ruido.

En el restaurante la gente se reunía para charlar, en la librería la gente busca estar sola; un restaurante en silencio sería augurio de quiebra, mientras que una librería ruidosa sería el equivalente a desorganización.

Yo podía presumir que contaba con las dos partes, por la mañana mi tiempo a solas, en silencio, rodeada de gente culta, estudiosa, inteligente, y por la noche rodeada de familias que se reúnen, de novios que susurran frases al oído, de hombres que coquetean con mujeres, de gente que celebra algo.

El ruido, el barullo de las diferentes pláticas, distintos idiomas, el sonido de la alegría, de la interacción entre personas que buscan aceptación, retroalimentación; la vida sirviendo mesas era el sinónimo de ser parte de una sociedad latente y, sobre todo, necesitada.

Llegó el turno del restaurante, sólo quería que los minutos pasaran lo más rápido posible y así las horas para poder ir a casa a dormir. Necesitaba que mi cuerpo respondiera de forma ágil a las demandas de los comensales; sin embargo, no podía evitar sentirme distraída y ausente la mayor parte del turno gracias al desvelo de la noche anterior.

Iba y venía, tomaba órdenes, explicaba los especiales del día, recogía platos, el olor a paella, a jamón serrano, a aceitunas me revolvían el estómago, observaba caras nuevas y reconocía a los clientes fieles que venían varias veces a la semana.

La música flamenca no dejaba de sonar, me provocaba una especie de adrenalina para hacer las cosas bien, lo más rápido posible,

que fuera del agrado del cliente; las propinas y la mirada intensa del pelón de mi jefe que me perseguía, como si anotara cualquier movimiento en falso que pudiera cometer, y yo sintiendo el cuerpo que en cualquier momento me traicionaría y se desplomaría al suelo.

Por fin los últimos clientes, una pareja joven, habían terminado de cenar y estaban enzarzados en la plática. Discretamente dejé la cuenta en la mesa, esperaba lo tomaran como una señal para que pagaran y se fueran, y bendito Dios funcionó, después de mirar varias veces alrededor comprobaron que eran los únicos en el restaurante, pagaron la cuenta y se marcharon, ahora sólo quedaba levantar los platos y subir todas las sillas encima de las mesas para que el chico de turno barriera y trapeara.

Como Rafael, el jefe, se había marchado temprano después de comprobar que todo funcionaba a la perfección, los cocineros y otras meseras se sentaron en una mesa, sirvieron paella para todos y abrieron varias botellas de vino tinto, como dicen “mientras el gato anda fuera, los ratones se pasean”. Me senté un momento y acepté el plato de paella, caí en la cuenta de que no había probado alimento desde el desayuno y la copa de vino sirvió para dar por terminada una noche más. La música cambió, ahora sonaba música electrónica, por fin las flamencas se habían callado, pensé, y sin querer acabé por disfrutar la cena y las dos copas de tinto en compañía de todos los que trabajaban en el restaurante.

Llegué más cansada que de costumbre a mi departamento, fumé el cigarro de las buenas noches y pensé que algún día de éstos tendría que hacer la limpieza y que ya casi era sábado, día de lavar ropa: cargar la maleta de ruedas con la ropa sucia, jalarla escalera abajo y calles abajo hasta llegar a la lavandería, poner dos lavadoras

y esperar a que terminen su ciclo para hacer el cambio a la secadora, casi tres horas entre el olor a detergente barato, el ruido de las máquinas y la sensación de ser alguien limpia, decente, normal, pero todavía faltaban dos días y sólo de pensarlo sentía más cansancio.

Sacudí con una mano las sábanas, traté de eliminar, o mínimo dispersar, los pelos del gato, para después zambullirme en mi cama, sentía el peso ligero del edredón y el ronroneo de Bobby a mis pies, junto con el suave ruido de la calefacción, mañana sería otro día, ahora sólo quería dormir profundo, descansar y no pensar en nada más.

El timbre del celular me despertó, todavía el cansancio en mi cuerpo, de la jornada laboral, seguía presente, por lo que deduje que no era tiempo de levantarme aún. Decidí dejarlo sonar, probablemente fuera Isabella para invitarme a una fiesta con alguno de sus galanes de turno.

Otra vez el celular, su vibración aunado a su insistente sonar me obligaron a estirar la mano hasta la pequeña mesa de noche y atender la llamada.

Con los ojos cerrados repetí *pronto* sólo que la voz que me respondió no era la de Isabella, era la de mi madre.

Me levanté de un salto de la cama y prendí la luz, eran las tres con treinta de la madrugada.

—¿Qué pasa, mamá, todo bien? —por una fracción de segundos me preocupó que algo malo hubiera pasado, ya con la segunda frase supe que no era una llamada con carácter de urgente.

—Ori, ¿cómo estás?, ¿ya estabas dormida?

—Sí, mamá, son las tres, claro que ya estaba dormida. ¿Qué pasa, todo bien?

—Sí, todo bien, perdón por despertarte, si quieres mañana hablemos —sus palabras denotaban que estaba arrepentida de llamarme.

—No, mamá, ya estoy despierta, cuéntame, qué sucede —sentí el esfuerzo que me costaba tratar de ser paciente con ella y amable, el tono de mi voz siempre parecía un eterno reclamo.

—Sólo quería decirte que voy a hacer un viaje —casi podía ver a mi madre sentada en el sillón de su cuarto, con un cigarro en una mano y el teléfono en la otra, su voz era de alguien que está nervioso y ha repasado varias veces la forma más adecuada para decir algo importante.

—¡Ah!, ya se me había hecho raro que no se te hubiera ocurrido antes, mamá —otra vez el reclamo, mi voz amarga y seca.

—Tú estás allá y ya no me necesitas, Oriana —recuerdo rápidamente la cadena de mentiras que oí a lo largo de mi infancia, siempre tratando de justificar el comportamiento extraño de mi madre, sus cambios emocionales, su falta de cariño, así como sus ausencias. ¿Con quién carajos creía mi madre estar hablando? ¿Se le había olvidado acaso que tenía treinta y cinco años y que la verdad la sabía desde hacía muchos, muchos años? ¿Por qué quería mentirme, qué pretendía? No me molestaba el hecho de que tuviera intenciones de rehabilitarse, de que por fin sintiera que era necesario pedir ayuda, lo que me molestaba era la mentira, por qué seguir mintiendo.

El coraje se me juntó en el estómago, una bola de fuego que subía y bajaba, quería explotar y gritarle que no me interesaba su vida, que ya era demasiado tarde para mí, que el daño ya lo había hecho y que por mí se podía morir.

Jamás en mi cabeza pensé en lo difícil y probablemente vergonzoso que era esto para ella, si había decidido internarse era porque estaba muy mal y para eso es necesario tener valor, pero la madurez que creía me había llegado con la edad se esfumó como el vapor después de un baño caliente.

Nunca le he dado el mérito por haber logrado permanecer sobria varios años, periodo que comenzó cuando Alicia se fue a la India. El esfuerzo que le había costado tratar de ser una persona normal no había sido suficiente para mí y después, con la muerte de papá, volvió a tomar y a olvidarse de todas las promesas que nos había hecho.

Con la muerte de Alicia, oscilaba entre una mujer elegante y activa para luego convertirse en una ánima en pena que vagaba por la casa, porque su alcoholismo había mutado de agresivo a silencioso. Permanecía días encerrada en su cuarto tomando y durmiendo, después, justo antes de venirme, se recuperó un poco y cualquier gente que no la conociera podía haber dicho que era una mujer encantadora y perfectamente normal, solamente yo y, me imagino, mi nana sabíamos que esa personalidad era pasajera, habíamos dejado de creerle hacía mucho años.

—Tienes razón, mamá, ya no te necesito, aunque eso nunca fue impedimento para que te fueras. De pequeña sí te necesitaba y aun así te ibas, por lo que no entiendo por qué ahora me informas ¿o es que estás pidiendo mi consentimiento para que te vayas, ahora que precisamente nadie te necesita?

—Oriana, es muy triste lo que acabas de decirme, todavía me guardas mucho rencor. Sé que no he sido la mejor madre, espero me puedas entender y perdonar algún día, a lo mejor cuando seas

madre —casi podía ver cómo le temblaba el labio inferior, en señal de que estaba a punto de llorar, pero ni eso me detuvo.

—Y dale con lo de ser madre, mamá, tú no pierdes el tiempo para recordarme que los años se me van y sigo sola y sin hijos, que al parecer es lo único que te importa —prendí un cigarro con urgencia.

—No digas eso, Oriana, no te enojés —aun con todo lo que dije me pedía perdón y yo me aprovechaba de eso, de su fragilidad ocasionada por su pasado.

—Sí lo digo y tengo mucho que decirte que he guardado por años, ¿no crees que a lo mejor tus viajes fueron los culpables de acabar con la vida de papá? ¿Y de Alicia, por qué nunca hablamos de su muerte? ¿Por qué no le ponemos nombre de una vez por todas al motivo de tus viajes? ¿Qué tan difícil puede ser reconocer ante tu única hija que lo que pasa, que lo que siempre ha pasado, es que eres una alcohólica perdida y eso te llevó a tus depresiones, a tus locuras y a tus excesos con las pastillas para dormir? ¿Por qué no nombramos a tus viajes y decimos que te internas en la clínica Recinto del Lago, o ya cambiaste a otra, a una menos o más lujosa, en otro estado, en otro país?

—Me voy, Oriana, estás diciendo muchas tonterías y me haces daño, ojalá un día comprendas —para este momento ya la podía oír sollozar.

—Ojalá que sí y esperemos que sea antes de que sea madre para no cometer los mismos errores que cometiste tú —directo al corazón, Oriana.

Escuché el bip bip de que la llamada había terminado y deseaba que hubiera terminado antes de pronunciar la última frase.

Bien hecho, madre, así se hace, se cuelga el teléfono cuando no quieres oír la verdad que duele; se corta con la conversación cuando lo que escuchas hace daño; das por terminado el diálogo cuando la única hija que te queda te echa en cara cosas terribles, sentimientos enterrados, culpabilidades eximidas, hasta la muerte del único hombre que te amó de verdad. Eso fue cruel, Oriana, caíste bajo, pero golpeaste aún más bajo, como si a tus treinta y cinco años no supieras realmente que hay cosas que uno no puede controlar, o que a muchos les cuesta más trabajo que a otros, como, por ejemplo, estar alegre y disfrutar de la vida, de tus hijas y también las ganas de llorar y de estar triste y de querer estar sola y desear no hablar con nadie por días y de beber alcohol para no sentir y pastillas para dormir profundo, sin culpa, y de alguna manera olvidarse de esa parte suya, volcánica, que no podía controlar. ¿Qué sabes tú de sus tristezas?

Cómo la has juzgado, Oriana, qué dura has sido con ella todos estos años, lo que debió de pasar y tú siempre minimizándola, la haces a un lado, te enfadas con su insistencia en la perfección, en el orden, ves como intromisión a tu vida sus ganas de saber de ti, de ser parte de ti, de conocerte, la castigas por sus ausencias, por sus locuras, como si tú fueras tan perfecta, como si el esfuerzo que de seguro hacía en rehabilitarse nunca fuera suficiente para ti, ni para tu padre, ni para Alicia, y así volvía a recaer, una y otra vez, repetidas veces, tantas que fue más fácil imaginarse que viajaba por el mundo con amantes y que era feliz, a aceptar la realidad de que estaba enferma.

¿Qué sientes, Oriana, dónde es donde te duelen las palabras de tu madre, o son las tuyas las que hieren?

Es el corazón, lo sé, una pesadísima opresión sobre mi pecho, siento que no puedo respirar, un nudo en la garganta sube hasta desatarse en mis labios y da salida al llanto, amargo, doloroso, con sabor a impotencia, a culpabilidad, a desesperación y a recuerdo de lo sola que me he sentido siempre. Creía que la culpable había sido mi madre que se empeñaba en irse, en sus pocas ganas de quedarse, en buscar lejos de casa ese sentimiento que a mí tanto me hacía falta, el de pertenencia, y así pasé otra noche sin pegar ojo.

Capítulo XVI

Inició febrero y el frío seguía en todo su esplendor, hasta el sol se olvidó de esta ciudad y se rehusaba a salir aunque fuese un poquito.

Isabella me llamó para invitarme a un viaje de fin de semana a Venecia, era el carnaval, ella irá con Andon. No me sentía en condiciones de socializar y de pedir permiso en mis trabajos, llevaba muy poco tiempo para gozar de esas libertades, por lo que rechacé la invitación.

—Vamos, nena, te sentirás mejor, llevas varios meses viviendo aquí y no has salido más allá del Fiesole —a mi amiga le encantaba la fiesta y qué mejor lugar que el carnaval de Venecia.

—Isabella, tengo que trabajar, sabes de mi situación con los papeles de residencia y si pierdo el trabajo en la librería tendría que regresar a México y aún no me quiero ir —le dije. Traté de usar mi

situación de inmigrante ilegal para convencerla de que para mí no era el mejor plan, sinceramente no tenía intenciones de salir de fiesta tres días continuos, no me consideraba con la actitud necesaria para aguantarle el paso.

—¿Quién dice que vas a perder tu trabajo? Si ese Stefano es un pan de Dios, déjame a mí, yo hablaré con él —sus palabras resonaban en mis oídos como una gota de agua que no deja de caer de una llave supuestamente cerrada, así era ella de insistente.

—Haré lo posible —le digo, con tal de que no hablara más y enumerara todo lo que me perdería si decidía no ir. Reconozco que me molesta un poco su insistencia y sus ganas de convertirme en una mujer más alegre, más divertida, como si ella pudiera resolver todos mis problemas, incluyendo sacar el permiso de mi jefe y la mutación de mi personalidad.

Colgué el celular y regresé a la caja enviada de mi nana. Una de las tres fotografías que envió, ahora un poco descolorida por el paso de los años, llamó mi atención y permanecí varios minutos analizándola. En ella aparecemos mamá, mi hermana Alicia y yo. Estamos disfrazadas con vestidos de fiesta de mamá, el mío tiene lentejuelas doradas sobre tela negra, es tan largo que lo arrastro por el suelo; Alicia lleva un vestido color uva, sin hombros, también le llega a los tobillos, de alguna manera logra que se puedan ver los altos tacones color dorados que lleva puestos.

Las dos estamos maquilladas, con los labios rojos y los ojos delineados con sombra negra. Yo traigo un collar doble de perlas y Alicia un sombrero de ala ancha, sólo se puede ver una parte de su rostro, la mirada dura, desafiante, un brazo cruzado y el otro sostiene un cigarro apagado a la altura de la cara.

Mamá aparece sentada en un sillón, ella también está muy arreglada, con un vestido rojo, con un escote en forma de corazón muy pronunciado y tacones negros; en una mano sostiene un cigarro y en la otra un vaso de *whiskey*, nos mira desde lejos, apreciando su gran logro. Las dos éramos muy parecidas a ella, unas copias infantiles de cómo seríamos de mayores.

Entonces recordé. Papá había llegado pronto del trabajo y ninguna de las tres lo habíamos oído, cuando entró a la habitación donde nos encontrábamos y nos vio disfrazadas y maquilladas y a mi madre borracha, iniciaron los gritos y los jalneos. Recordé que por más que gritaba que saliéramos de la habitación para que no viéramos la pelea, Alicia y yo permanecíamos inmóviles junto a la puerta. Para nosotras ésa era la forma que teníamos de jugar con mamá, no había nada raro en ello, sólo que a papá no le parecía natural que mamá tomara así enfrente de nosotras, a lo mejor papá estaba cansado de tener que lidiar con esa situación a diario.

Mamá gritaba insultos, gritaba lo harta que estaba de estar en casa, de ser madre, de ser esposa y de no tener tiempo para ella, amenazaba que se iría, que jamás la volveríamos a ver, para segundos después llorar, anclada a la pierna de papá, con el maquillaje estropeado, le suplicaba perdón y luego se reía como si hubiera recordado un buen chiste.

Alicia y yo nos íbamos a nuestro cuarto, resignadas a que el juego con mamá había terminado por culpa de papá. Esas noches tardábamos en dormir. En la oscuridad de la noche le preguntaba a Alicia si creía que fuera cierto eso de que mamá nos abandonaría y no volveríamos a verla, pero ella, mucho más madura o inteligente que yo, contestaba que no era cierto, que ésa también era una

mentira como todo lo que salía de la boca de mamá. A lo mejor lo decía para que yo me quedara tranquila y pudiera dormir; de todas formas a la mañana siguiente me despertaba muy pronto, iba al cuarto de mis padres y comprobaba que mamá estuviera ahí, en su cama, que no se hubiera ido, y entonces me tranquilizaba, podía gozar un día más a su lado.

A mi edad, mi madre ya tenía dos hijas de quince y de trece años, había conocido el amor, pero parecía insatisfecha con la vida que había logrado, aburrida de nosotras y de papá, tan metódico, entre la oficina y las palomas parecía no tener tiempo ni ganas para otra cosa, y en cambio yo, autoexiliada, en una ciudad a miles de kilómetros de mi hogar, me sentía extranjera todos los días, inadecuada e inadaptada, sin conocer el amor, huyendo de mis propios sentimientos, tirando culpas a todos y a todas por mi soledad desgraciada, porque todos tuvieron el valor de buscarse la vida, de intentar ser felices y hasta de decidir la hora de su muerte, cuando a mí hasta trabajo me costaba respirar y no ahogarme en mi propio llanto. A ver si vamos teniendo más huevitos, Oriana, que a este paso hasta la muerte te sacaré la vuelta.

No conforme con mi respuesta Isabella decidió aparecerse en la librería y platicar con la otra empleada del viaje a Venecia; Stefano estaba por ahí y escuchó la conversación, alegó que debía llevarme a conocer, que era una experiencia inolvidable y que el carnaval se tenía que vivir al menos una vez en la vida para entender Italia; bien hecho, Isabella, muy bien jugado, sacó mi permiso sin consultármelo, la vi salir de la librería, con su minifalda negra, sus mallas de piel negra y sus altas botas de tacón, se giró y me guiñó un ojo en señal de victoria; sólo faltaba el permiso del restaurante y ése lo

saqué yo sin dificultades, salvo las resistencias que yo misma me ponía para encontrar el pretexto perfecto para no ir. Al parecer el carnaval era un acontecimiento muy importante para los italianos, hasta el calvo de mi jefe lo sabía y no le podía negar la oportunidad de vivirlo a una mexicana.

Acordamos en reunirnos al día siguiente en la estación Santa Maria Novella a las ocho de la mañana, tenía ganas de quedarme en la cama y descansar, pero después de todo el alboroto para sacar los permisos no me quedó de otra que alistarme, hice una pequeña maleta y corrí a la estación, no sin antes dejar una dotación de comida y agua a Bobby que esperaba le durara para los tres días que estaría ausente y no se lo comiera todo de un jalón, yo con la estúpida idea de creer que el gato sin mí moriría, olvidaba el origen en las calles de Bobby, cuando vivía en cualquier recoveco y se las ingeniaba para comer cualquier cosa que encontrara en su camino.

Nunca hubiera dicho que viajar en tren se convertiría en uno de los más grandes placeres que descubrí en Italia, qué ganas de viajar sola y tomar un tren a donde fuera, tener tiempo para leer, para escribir y para pensar; sin embargo, esa vez tendría que ser diferente puesto que ni a Andon ni a Isabella les paraba la boca; hablaban de todo y de todos, desde la situación política de Italia con Berlusconi, hasta de la jefa de Isabella, una señora muy mayor, impecable en su forma de vestir, con la elegancia de la Sophia Loren, eso es lo que decía Isabella, y con el carácter de un volcán en erupción; yo nada más escuchaba lo que mi amiga contaba, parecía una cascada de agua sin ningún tipo de retención, todo lo tenía que hablar, que comentar, me preguntaba si en algún momento del día guardaría silencio; era un torbellino de energía que arrastraba a todo el

que se cruzaba por su camino. Vi la ocasión perfecta para no participar en la conversación y cerré los ojos, estaba segura de que de esa manera evitaría que Isabella me hiciera preguntas, pero no, definitivamente no podía aceptar que alguien cerca de ella no se involucrara en la plática. Andon fingía dormir, así que comenzó a cuestionarme acerca de lo que pensaba de su jefa con el carácter del Vesubio.

—¿Te parece bien que una mujer de setenta y cinco años vista como una de treinta? —me preguntó, mientras jugaba con su melena rubia.

—Creo que cada quien es libre de vestir como le dé la gana, independientemente de los años que tenga —le contesté, esperaba dar por terminada la conversación y continuara con Andon y a mí me dejara descansar y apreciar el paisaje que podía ver a pequeños intervalos por la ventana.

—Sí, Oriana, puede que tengas razón, pero, por favor, una mujer de setenta y cinco años en *leggings* de cuero, no me puedes decir que no lo ves algo ridículo —no había forma de cambiar la conversación sin parecer amargada, lo peor era que no entendía por qué le era tan raro el vestir de su jefa, si me imaginaba perfecto que ella en unos años sería igualita o peor.

—Y aparte no lo vas a creer, tiene un ligue con los hombres jóvenes ¡en-vi-dia-ble! y no hablo de hombres de cincuenta años, que en su caso serían suficientemente jóvenes, no, hablo de jóvenes de veinticinco y la muy sinvergüenza se regocija de sus conquistas, como si fueran trofeos para demostrar al mundo; es que te juro que no puedo creer que a esa edad el sexo siga siendo importante —estaba realmente molesta con la personalidad de su jefa.

—Entonces para ti estaría mejor en su casa, que teja mantas y cuide a sus nietecitos —le dije a modo de burla—, vamos, aceptata, lo que pasa es que te da envidia porque tiene mejor gusto para vestir que tú y que aparte tiene mucho más sexo del que tienes tú —ahora sí esperaba que con esto se callara y diera por terminada la conversación.

—Tienes razón, es envidia, no puedo creer la cantidad de sexo que debe tener, a su edad y con esos jovencitos. Estoy pensando que a lo mejor lo que tú necesitarías sería una dosis de sexo con alguien de veinte años —me dice, muy pensativa ella.

—No, definitivamente no estoy para jovencitos, nada más de pensar que me convertiría en su madre y acabaría cuidando de él y soportar las estupideces que de seguro diría por motivos de madurez, sería insoportable —le dije, defendiendo mi argumento.

—Piensa en el sexo que tendrías, la cantidad de energía que trae la juventud.

—Que no estoy interesada, Isabella, ni en jovencitos ni en nadie —por Dios, qué necia era esta mujer, se me había ido el sueño y comencé a molestarme.

—Tú te lo pierdes —me dice, con una sonrisa en su boca. Imposible que no fuera ella la que diga la última palabra.

No contesté nada y sólo me dediqué a observar los campos que atravesaba el tren, los inmensos olivares, los viñedos, los pastizales donde unas cuantas vacas aparecían, todo a una velocidad vertiginosa.

Llegamos a la estación en Venecia, de ahí tomamos un taxi barca que nos transportó a la isla más grande donde se encontraba nuestro hotel. Los canales ya estaban atiborrados de gente en góndolas

que paseaban de un canal a otro. Fue una imagen sorprendente ver tanto movimiento. El frío que hacía y el viento helado que se colaba por los canales no fueron motivos suficientes para que la gente no se luciera con sus atuendos arriba de las góndolas.

Figuras de personas caminaban, bailaban, guardaban el anonimato detrás de un antifaz rígido, nos trasladaron al pasado, parecía que me perseguían por donde caminara.

Como típica turista, no lograba mantenerle el paso a mis amigos por tomar fotos de todo lo que se cruzaba en mi camino. Los disfraces más comunes que veía eran de arlequines, vestidos y sombreros del siglo XVII, máscaras, antifaces, grandes y coloridas pelucas convertían a la ciudad del eterno cielo gris en un desfile por tierra y por agua de colores, risas y alboroto.

El hotel era una vieja casona, con las marcas en su fachada de los estragos producidos por el agua en las inundaciones que surgían año con año en la isla. El caos de las barcas para acercarse a la orilla y dejar a los pasajeros, el movimiento del agua hacía que por poco callera al agua junto con la maleta de ruedas que estúpidamente llevaba, aquello me hizo sentir más pendeja de lo que normalmente me sentía.

Para mi sorpresa, me habían dejado una habitación para mí sola, al parecer la pasión surgió entre Isabella y Andon y dormirían juntos. No lo vi venir, seguramente por estar adentrada en mis propios pensamientos y lamentaciones. Era de esperarse, los dos eran amigos desde hace muchos años, se conocían a la perfección y probablemente ambos estaban cansados de probar suerte con otras personas lo que cada uno exigía de una relación, hasta que descubrieron que los dos cumplían con las exigencias del otro.

Dejé mi maleta encima de la cama y recordé la sonrisa de Alicia, mi hermana, no me la podía quitar de la cabeza, su sonrisa irónica, lo que daría por volver a ver su sonrisa, le diría lo mucho que me gustaba la forma que tenían sus labios de crear una ligera curva, mostrando nada más un poco sus dientes; no quería que se me olvidara su sonrisa, no quería que desapareciera de mi memoria, así como han ido desapareciendo muchos gestos de ella y de papá, que por más que me esforzaba no recordaba. ¿Qué haría Alicia en mi lugar? ¿Por qué no podía sacudirme la tristeza? ¿Algún día tendría valor para leer las dos cartas que le envió a mi nana y luego ella me envió a mí?

La recién estrenada pareja tocó a mi puerta gritando que era hora de irnos; la luz que desprendían sus cuerpos al abrazarse, al besarse, hacía imposible dejar de verlos, los observaba detenidamente, a qué hora nace el amor. Los envidié, de seguro ellos lo percibieron y me tomaron cada uno de un brazo, me envolvían con sus cuerpos y salimos a la ciudad de los canales.

Las calles estaban atiborradas de gente, música en cada esquina, las puertas de los hoteles y posadas estaban abiertas de par en par, dejaban a la vista del público sus patios interiores, sus vestíbulos, demostrando que estaban de fiesta, alegres, y me imaginé que aun con sus problemas aprovechan para sacarle la mejor ventaja a la celebración donde la gente, y sobre todo los turistas, deja más dinero que en cualquier otra fecha durante el año.

Caminamos, recorrimos calles y callejones, cruzamos puentes y nos unimos a un grupo de cuatro amigos de Andon que vivían en la ciudad. Ellos fueron los encargados de llevarnos a las mejores fiestas y a los más esperados eventos; siempre con un vaso térmico

lleno de vino tinto caliente, mezclado con azúcar, canela y cáscara de naranja, bebida inventada para mantener el calor del cuerpo en medio de este clima invernal. Antes de que se terminara, Andon, o algún amigo suyo, rellenaba los vasos en los puestos con sus grandes ollas de cobre humeantes que abundaban por las calles.

Me vi envuelta en miles de cuerpos de gente húmeda, sudada, borracha, alegre, que a empujones y gritos me recordaba que tampoco en esta isla guardiana de tanta historia, obras de arte y tradiciones, pertenecía, y el vacío, junto con la llovizna helada, me acechó el corazón.

Bailamos, gritamos, cantamos, nos abrazamos, y de un momento a otro se me nubló la vista, se empañaron mis ojos a la par que la lluvia caía suavemente por la ciudad gris, pero alegre, fastuosa; el vino hacía lo que sabe hacer mejor: olvidar el pasado, vivir el presente y así, mientras mi cuerpo entraba en calor, yo me iba olvidando de mi otra yo, la apesadumbrada, la llorona, la cautelosa, la planificadora, para darle la bienvenida a la Oriana feliz, alegre, desinhibida, amante del amor, y fue así que abracé a uno de los amigos de Andon, ni su nombre recuerdo, pero sí había reconocido que no me quitaba la mirada de encima, y mis labios besaron sus labios que dejaron escapar, como agua a presión, toda la pasión que había guardado en algún rincón de mi interior.

Todo pasó muy deprisa, no logro recordar cómo fue que llegué al cuarto de hotel junto a este hombre desconocido, ¿fue idea mía? Imágenes como *flash back* regresaban a mi mente de lo que hice durante la noche, las cuales, junto con la resaca del vino tinto y del cigarro, me acribillaban la cabeza; una noche de sexo alocada como no había tenido desde los tiempos de Jaime, el barman, pero

la fuerza y la violencia que utilizó este desconocido, con barba larga y gruesa, de acento italiano fingido, definitivamente no me agradó, de otra manera lo recordaría como una noche de sexo placentera.

A lo mejor las repetidas veces que recuerdo haber gritado “no quiero” no fueron suficientes para que ese hombre musculoso se detuviera, se fuera y no me dejara en medio de ese vacío tan vergonzoso.

Amanecí sola. Mi maleta volteada boca abajo en la alfombra, señal de que no me importó moverla de la cama cuando llegué acompañada y que decidí aventarla, la ropa que llevaba un día antes, dispersa por la habitación, un condón usado entre las sábanas y mi cuerpo, adolorido y penetrado, lograron hacerme sentir más sola, sucia, pendeja y sobre todo vacía, tan vacía como cántaro de barro.

Capítulo XVII

Control mental, eso era lo que necesitaba, gobernar en mi propio cuerpo, hacer que mis emociones no me perturbaran tanto.

Me levanté de la cama, me soné los mocos con el sonido tan característico que aprendí de mi abuela Leonor, tipo elefante. Me metí a la ducha, traté de componerme un poco y de no pensar en lo sucedido la noche anterior, hice la maleta y decidí dar por terminada para siempre con la pinche personalidad mediocre que me perseguía desde hacía varios años.

Vi por la ventana una última vez la ciudad de los canales, la llovizna que había comenzado por la noche daba un aspecto frío y desolado. Los huéspedes de las habitaciones contiguas a la mía parecían llegar de la fiesta; escándalo de gente cansada y alcoholizada que no

piensa ni mide el volumen de su voz, finalmente llegaba al que sería su hogar pasajero.

Quién sabe a qué hora terminarían Andon e Isabella, no recordé si por la noche me despedí de ellos o si sabían que me había ido con el amigo de Andon, a esas alturas poco importaba; Isabella no era mi madre a la cual rendirle cuentas y de seguro estaría feliz de saber que había tenido sexo despreocupado, como ella me había sugerido en varias ocasiones, lástima que mi reencuentro con el sexo no resultara placentero, sino todo lo contrario.

Pagué la noche de habitación y tomé un taxi barca que me llevó nuevamente a la estación de tren, no quería permanecer un día más en Venecia y mucho menos la posibilidad de encontrarme con la cara del joven con el que compartí la cama, algo de mi memoria recordaba que no había sido justo el encuentro sexual, que no estaba en mis cinco sentidos y que, en cierta forma, ese hombre, del que sólo recuerdo sus barbas, negras, gruesas y afiladas, había abusado de mi estado alcoholizado y utilizó la fuerza para lograr su objetivo.

Ahora ya conocía lo que era el carnaval de Venecia y por muy interesante que fue la experiencia esperaba nunca tener que repetirla, demasiada gente alegre para alguien tan triste como yo, no quería ser parte de esa masa de personas flotante, enmascaradas.

Aun con mis piernas adoloridas por la lucha que probablemente tuve con el hombre anoche, y que por conclusión sé que perdí, amanecí sintiéndome fuerte, decidida.

El único tren a Florencia programado en la próxima hora hacía una parada en Verona, me tomaría el doble de tiempo que en uno directo, pero para ser sincera tampoco tenía prisa por llegar a mi departamento, después de todo tenía los permisos en mis trabajos

hasta el lunes y había dejado suficiente comida y agua para Bobby, así que decidí tomármelo con calma. Por fin era dueña de mi propio tiempo, aunque fuera nada más por el fin de semana.

Evadí a mi yo controladora y depresiva, decidí hacer algo que no estuviera en mis planes: tomé mi pequeña maleta y bajé en la estación de Porta Nuova, tampoco conocía esta ciudad y pensé que sería buena opción disfrutar del estado mental rebelde que se empeñaba en desobedecer mis listas organizadoras que tan harta me tenían y tan pocos buenos resultados habían dado.

Decidí gozar el silencio y apagar mis propios pensamientos, sólo por hoy, Oriana, sólo por hoy, olvidémonos de quiénes somos, de cómo no nos sale nada como planeamos, sólo por hoy veamos el mundo con ojos libres de telarañas, mañana regresaremos a acomodar libros en las estanterías, a servir sangrías y paellas, volverá la mirada triste y con ella la culpa de lo pendejas que hemos sido en Venecia, de cómo no pude hacer nada para que Alicia no se muriera, de la sarta de reproches que le había dicho a mi madre, de cómo había idealizado a papá y a lo mejor, en el fondo, él también fuera culpable de la forma que tenía mamá de beber, a lo mejor no era tan bueno como creía, pero por hoy hagamos las paces, pensaba mientras veía el paisaje a través de la ventana, el invierno envolvía al país entero, la ligera lluvia continuaba, dejaba un trazo de pequeñas gotas resbalar por el vidrio de la ventana, todo lo que mi vista alcanzaba a ver era gris y frío.

Al llegar a Verona, decidí caminar sin tener plan alguno y dejé que la ciudad me sorprendiera. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan segura, sin miedo de andar sin rumbo; llegué casi al

medio día, las nubes parecía que se habían retirado para dejar a una noble luz iluminar el resto del día; agradecí que no lloviera.

No fue difícil ubicarme: seguí a un grupo de gente que llegó a la Via Mazzini, una larga y estrecha calle que une a las dos plazas principales de la ciudad, caminé asombrada por la riqueza de las fachadas de las casas, no había tanta gente, probablemente por la época del año, cuando el frío y la lluvia no hacen tan acogedor caminar por sus calles, o probablemente se encontraban en el carnaval, en Venecia. Llegué a la Piazza delle Erbe, sus fuentes, casonas, palacios y estatuas me provocaron sentirme acogida y motivada, compré una guía turística en el *stanco* de periódico para ubicarme mejor y tratar de conocer lo más importante de esta ciudad, al parecer la segunda más rica en cuestiones de arte en la zona norte de Italia, después de Venecia.

Caminé por varias horas, conocí la famosa Arena, el Teatro Romano, la Puerta de los Leones, el Arco dei Gavi, museos, casas, palacios de la familia Scala, y llegué a un pequeño mercado artesanal de productos alimentarios, joyería, ropa, artículos de piel, sombreros para el frío, entre muchas otras cosas.

Después de recorrer varios pasillos y de probar distintos quesos orgánicos, chocolates, focaccias, descubrí un puesto de libros: antiguos, de segunda mano y pocos ejemplares nuevos adornaban la mesa; un anciano de barbas largas y blancas me miraba desde la silla donde descansaba, se acomodaba sus lentes en el arco de la nariz cada vez que yo tomaba un libro entre mis manos, a lo mejor le incomodaba que los hojeara, a lo mejor me veía como la típica turista con maleta en mano que no compra nada, o pudiera ser que se emocionara de saber que vendería algo; por si las dudas tomé tres libros, una novela policiaca de un autor ruso y dos novelas de Elsa

Morante, escritora de la que había leído varios cuentos y me había enamorado su forma de narrar; ya tenía en qué entretener el tiempo que me quedara libre el fin de semana, y aparte, serviría para ver qué tanto había mejorado mi italiano, todo un reto.

Cansada de caminar y de jalar la maleta, que aunque sus llantas rodaban perfectamente, mis brazos se negaban a continuar jalando, decidí que era hora de conseguir un cuarto de hotel y descansar un poco.

Me guie por la calle paralela al río Adige hasta llegar a Via Borsari, donde encontré un pequeño hotel con tejabán y fachada cubierta de un tipo de enredadera que le daban un aspecto un tanto encantador y misterioso. Decidí registrarme sin importar el número de estrellas o el precio por noche, después de todo, esta mujer que estaba haciendo todas estas cosas desorganizadas no era yo, así que le saqué provecho a la rebeldía.

La empleada que me atendió en la recepción fue muy amable; todo a mi alrededor hacía que sintiera que me estaba registrando para dormir en un museo. Subí mi maleta los tres pisos por una escalera angosta, empinada y alfombrada, hasta encontrar el número doce dorado que colgaba afuera de la que sería mi habitación.

Acerté con la decisión de no volver a Florencia inmediatamente y darme una especie de tregua, me repetía constantemente, traté de no pensar en lo loca que me estaba comportando, loca e irresponsable, una noche equivalía a casi cuatro días de mi sueldo en la librería, pero lo consideraría como un regalo anticipado de cumpleaños.

La habitación tenía una cama matrimonial en el centro, un pequeño escritorio con una silla tapizada en color rosa palo que daba a la ventana, lámparas con luz tenue, el mobiliario rústico y

antiguo, el baño con pisos de mármol rosado, una bañera con llaves doradas, diferentes botellitas de shampoo, acondicionador, gel de baño, jabones, espumas, me hicieron emocionarme y sentirme bienvenida.

La ventana por donde entraba la poca luz de la tarde daba a un patio interior, también estaba adornado con enredaderas y plantas y unas mesas con sombrillas.

Súbitamente se me fue el cansancio y decidí nada más dejar la maleta y salir a aprovechar la tarde, tenía hambre, caí en la cuenta de que no había probado alimento desde la mañana que había comido un sándwich en el tren y con la cantidad de kilómetros que había caminado durante el día ya lo había eliminado de mi organismo.

Otra vez en la calle caminé unas cuantas cuadras hasta llegar a una *trattoria*, cené una auténtica lasaña de carne, acompañada con dos copitas de vino tinto de la casa, la última me la tomé afuera del restaurante, sentada en una banca de madera que sólo los fumadores como yo agradecen.

La noche me había sorprendido. Había sido un día estupendo, había acallado mi voz interior y disfruté caminar y descubrir la magnífica ciudad que era Verona, y lo mejor estaba por llegar: pasaría la noche en una cama de hotel de cuatro estrellas, con sábanas de algodón egipcio, dormiría sin el olor a la comida que preparo en mi departamento para cenar, despertaría hasta que el cuerpo estuviera bien descansado y doliera de estar acostado, unas auténticas vacaciones para mi soledad.

Tan orgullosa me sentía de haber controlado a mi personalidad pesimista que no me di cuenta cuando un hombre con el mismo vicio se sentó a mi lado y me ofreció un cigarro marca italiana; lo

acepté y mis labios esbozaron una tímida sonrisa, mientras observaba al hombre de pelo entrecano, sujeto con una coleta, con ojos pequeños y alargados que miraban directamente a los míos, de una forma tan familiar que no sentí pena, sino tranquilidad y así fue como terminé por beber dos copas más de vino tinto y hacerme adicta a los Pedroni biondo.

Capítulo XVIII

—Maldito vicio jodido —me dijo, en un italiano rápido e irreconocible; buena frase para romper con la barrera de lo extraño, pensé para mis adentros, más elegante que cualquier frase pronunciada por el típico italiano conquistador como *mama mía, amore mio, ti amo*, o alguna ordinariez de ese tipo; comenzar una conversación con uno de mis dos temas favoritos (el otro, el vino, lo sostenía en la otra mano) despertó mi interés. Debido a que yo estaba ensimismada con mis pensamientos, me tomó por sorpresa que en efecto ese hombre de ojos jalados se estuviera dirigiendo a mí, a cualquiera de mis yos, ya que en esos momentos estaba confundida, la yo controladora nunca hubiera entablado una conversación con alguien extraño y más después de la experiencia recién vivida en Venecia y la otra yo, la rebelde, que cada día tomaba

más fuerza, tardó unos segundos en reaccionar al comentario del japonés.

—De algo he de morir y ojalá fuera por algo que amo tanto —dije, no quería parecer descortés como para no contestarle, tampoco quería sonar como una cursi, desesperada y darle entrada a cualquier hombre que se sienta a fumar un cigarro al lado de mí. Últimamente tenía en la cabeza la firme idea de que yo para las relaciones no había nacido y que de alguna manera estaba logrando todo para terminar como una vecina de mi abuela Leonor: vieja, amargada, que colecciona gatos y la que sabemos llora con cualquier gente que le pregunta cómo está.

—¿Americana? —me preguntó, mientras observaba cómo el humo que salía de su boca se perdía en el frío de la noche.

—Mexicana —milagrosa nicotina que anestesia la parte del cerebro causante de alterar los nervios, si no, en ese momento no hubiera sabido qué hacer con mis labios y con mis manos.

—Giorgio Piamonte —me extendió su mano, fría, huesuda y con manchas de pintura de colores entre sus dedos y en las uñas.

—Oriana Segura —respondí, traté de ocultar lo que mis ojos habían descubierto, sólo un pintor me hacía falta, pensé, bueno, un pintor y un cura, de ahí en más todas las profesiones de hombres habían pasado por mis garras, cuando años antes había descubier-to la facilidad con la que se logra atraer la atención de los hombres y la había explotado al máximo.

A partir de ese momento la conversación fluyó en inglés, para mi sorpresa un inglés británico, bien dominado y partes en italiano, la plática siguió su curso y así fue como dos copas de vino tinto, que no tenía contempladas, terminaron en mi torrente sanguíneo, junto

con niveles disparados y descontrolados de azúcar que conlleva el vino, aunados a una especie de lo que comúnmente llaman mariposas en el estómago, más la ligereza en las piernas y en la mente que provoca el alcohol, en conjunto: un descontrol totalmente delicioso.

Pasaron unos minutos larguísimos en que la conversación se detuvo gracias a que el mesero interrumpió para ofrecernos la cuenta, la *trattoria* cerraba dentro de poco. Lo maldije en silencio y después me arrepentí, puesto que muchas veces a mí me pasa lo mismo en el restaurante, esperando que paguen la cuenta para terminar con la jornada e irme a descansar. Le dejé una buena propina como muestra de solidaridad.

Pagué mi cuenta y él la suya, he de recordar que la caballerosidad en este país, al igual que en toda Europa, no incluye compartir dinero, menos mal, pensé, de otra manera me hubiera sentido comprometida en cierta forma con él, después de todo era un extraño que acababa de conocer en la banca de una *trattoria*.

Giorgio me sugirió que fuéramos a dar un paseo por la orilla del río, me comencé a poner nerviosa, sabía en lo que podía terminar la noche y tenía miedo. Después de pensar unos minutos y callar de una bofetada a mi yo precavida, pensé que sólo caminaría con él y bajo ninguna circunstancia, sin importar el nivel de calentura que pudiera tener, me iría con él a su hotel o a su casa o a mi habitación de hotel, una autopromesa que me funcionó bastante para calmarme.

Caminamos a paso lento, de vez en cuando miraba al río, era una imagen pintoresca. Siempre he dicho que para conocer una ciudad tienes que verla de día y de noche; las luces de las casas en el otro extremo, los puentes iluminados, las pequeñas lanchas, el

silencio, luego miraba hacia arriba como si esperara que cayera algo del cielo que acabara con la magia que sentía, por segundos perdía el hilo de la plática y tenía que poner atención en las frases siguientes para no quedar como una idiota.

—¿Qué fue lo que te hizo venir a Italia? —preguntó, mientras sus ojos insistían en mirarme.

—Mi familia —le contesté, esperaba que no quisiera indagar más en el asunto, pero fue en vano, al parecer mi respuesta le interesó y continuó con las preguntas.

—Tienes familia aquí —dijo, a modo de afirmación, había dado pie a una confusión y ahora no tenía idea de cómo arreglarla sin entrar en muchos detalles. Durante toda la mañana había logrado dejar de pensar en mi madre y en la forma en que la había tratado últimamente, de alguna manera había olvidado la tristeza que sentía cargaba desde hacía mucho tiempo, a lo mejor desde la muerte de Alicia, ése fue el parte aguas en mi vida, ella, mi hermana, había sido mi única esperanza de ser alguien normal, funcional, y con su muerte terminaron mis sueños: la idea que tenía de que al menos alguien en la familia fuese normal y feliz se había esfumado, como las tierernas olas que no logran reunir suficiente agua para convertirse en olas grandes, poderosas, completas. Me dejó sola, con mi madre y con nuestro pasado, hecho de recuerdos borrosos que, junto a unas fotografías y unas cartas enviadas por mi nana, intentaban salir a la luz en mi presente.

—No, no, al contrario, huyendo de mi familia —solté una risita, sabía lo estúpida que se oía la frase, así que traté de componerlo, lo que fuera con tal de no pensar en Alicia y en su muerte que me pudiera soltar el llanto enfrente de este desconocido y, ahora sí,

acabarla de joder—. No vayas a creer que son narcotraficantes, como tantos que abundan en México, la verdad son todos bastante normales y todos se reducen a mi madre; mi padre murió hace un año y mi hermana hace unos meses —si ésa fue la manera de componerla estaba segura de que la había descompuesto aún más; sin embargo, Giorgio no hizo más preguntas acerca de mi familia.

—¿Qué hacías en México? —continuó con su interrogatorio, a la par que se acercó a mí para encenderme un cigarro que, debido a los nervios que sentía por las preguntas, me urgía fumar.

—Trabajaba redactando las noticias más amargas y escalofriantes de asesinatos, desaparecidos y muertos para un periódico local de mi ciudad —¡Ay Dios, Oriana, sigue así y al pobre hombre lo matarás de un susto! Demasiado tarde, me dije, ya está, en la próxima esquina se inventa algo para escaparse de esta loca.

—Debió de ser un trabajo muy interesante —me dijo, para inmediatamente después soltar una carcajada que dejó al descubierto una hilera de dientes blancos, bien alineados, formando una hermosa sonrisa que hizo que brotara en mí una risa reconfortante, tranquilizadora, por lo menos es sincero y tiene buen sentido del humor, lo que me animó a hablar de mi vida pasada, que ahora me parecía tan lejana y vacía.

—Fue horrible, al principio no podía dormir al recordar las fotografías tan espantosas que había visto y de saber el tipo de acontecimientos que pasaban en la misma ciudad donde yo vivía, después, mis ojos se acostumbraron a las imágenes, mi cabeza también lo hizo y con el tiempo todo dejó de sorprenderme y yo escribía las noticias más terroríficas como si se trataran de poemas de amor, la

misma importancia tenían para mí, así de mal estaba y así desperdicié cinco años de mi vida.

Hablé en gran parte yo, a veces contestaba a sus preguntas y otras veces yo sola me daba cuerda, el vino me había desatado la lengua y así fue como lo puse al tanto de la situación económica, cultural, social, política de mi país, seguramente le quité las ganas de algún día conocerlo, para luego confundirlo y hablar de la calidez de la gente, de los lazos familiares tan fuertes, de sus pueblos mágicos, de las tradiciones indígenas, de los paraísos naturales y sobre todo de su exquisita comida.

El tema de mi madre, el suicidio de mi hermana, mi padre, que ahora empezaba a considerarlo como un canalla que no supo contener a mi madre, y su fascinación por las palomas, decidí dejarlo para otro día, si es que había otro día, pensé que este tipo no merecía conocer la historia familiar, más que nada por la aburrida que se metería, sobre todo quería parecer normal, aunque fuera por un rato, sin tener que darle explicaciones ni a él, ni a mí, de que mi personalidad estuviera afectada por acontecimientos familiares.

El silencio que cubría las calles me hizo sentir como una loca que se negaba a callarse, no sé si era el miedo a lo que pudiera suceder o mi necesidad de reafirmar lo que ya sabía: en el fondo, extrañaba México y muy en el fondo, la extrañaba a ella, a mi madre.

Giorgio me acompañó a la puerta de mi hotel y nos despedimos como si nos conociéramos desde siempre.

El cansancio de mis piernas por haber caminado todo el día no impidió que durmiera con una sonrisa en la boca; estaba contenta y por fin reconocí lo bien que me había salido escuchar a esa tan odiada voz mía de la precaución, ya que gracias a ella no caí en

la tentación de irme con el hombre de la coleta gris anoche, admito que ganas no me faltaron y aunque estaba dispuesta a correr la misma suerte de una noche anterior en Venecia, la vocecita me lo impidió, una estupidez menos en la lista de estupideces hechas sin premeditación alguna.

Amanecí alegre, decidí prolongar mi estadía dos días más, Giorgio me resultaba muy interesante y anoche me había quedado con ganas de conocerlo y aunque mi voz negativa y precavida no dejó de joderme mientras avisaba en recepción de mi cambio de planes logré silenciarla rápidamente.

Envié un mensaje a Isabella diciendo que me había ido a Verona unos días y que regresaba el martes, también envié un mensaje a cada uno de mis jefes, me disculpé y avisé que regresaría el miércoles a trabajar, esperaba que no se enfadaran conmigo y que no me corrieran; los dos trabajos me gustaban mucho, la paga era buena, pero tenía que descubrir qué pasaría con Giorgio y, sobre todo, me sentía tan bien conmigo misma y esa forma deliberada de actuar que quería averiguar a dónde me llevaría.

Desde lo alto de mi ventana me asomé para comprobar si ya había llegado Giorgio y efectivamente ahí estaba él, con su pelo con rayos plateados, suelto a los hombros, tomaba un café y ya había encendido un cigarro. Habíamos quedado de encontrarnos en la cafetería del hotel a las nueve de la mañana; para mí sorpresa había dormido como una bebé y gracias a las campanadas de una iglesia cercana me desperté a las ocho, justo a tiempo para bañarme y arreglarme.

Me miré en el espejo del tocador antiguo una última vez, después de la gripa había adelgazado un par de kilos, los pómulos

de la cara eran pronunciados, parecía que el busto se había encogido al igual que las caderas; me encontraba más flaca y seca que el año anterior cuando me iba a casar con Roberto, hacía mucho tiempo que no pensaba en él, no lo había vuelto a ver y no sabía nada de su vida. Los rizos del pelo me habían crecido y ahora me cubrían más de media espalda, mi piel había envejecido también, ya no era la piel tersa de una jovencita de veinte años, pequeñas arrugas comenzaban a surcar mis ojos y las pecas que tenía eran más notorias al tener la piel más blanca por el invierno cuando el sol no sale.

Me puse mi abrigo que me cubría hasta las rodillas y bajé aprisa los escalones de los tres pisos que me separaban de la terraza.

—*Buon giorno*, Oriana —Giorgio se levantó y me dio un beso en cada mejilla, olí el aroma de su fragancia; un olor fresco, mezcla de cítricos y menta, inundaba el espacio que nos separaba y pude ver su pelo mojado, libre de la coleta, seguramente había tomado una ducha antes de salir.

—*Buon giorno*, Giorgio —le dije, y me senté en la silla de enfrente.

Con la luz de la mañana pude observar mejor su rostro y me pareció muy atractivo, un tipo de belleza diferente, tosca y cálida a la vez; su nariz era grande, un tanto aguileña, de afilados pómulos que hacían la forma de su cara cuadrada; las arrugas enmarcaban sus ojos pequeños, alargados, de color miel (después me enteraría que eran herencia de su madre japonesa), denotaban que ya tenía sus años bien vividos, en otras palabras, que no era un muchachito; su piel, blanquísima, que al llegar el verano seguramente se tostaría, le daba un toque encantador, misterioso y tierno.

Desayunamos dos cafés con leche, un *croissant* de mantequilla y un vaso de jugo de naranja.

—¿Tú, a qué te dedicas? —le pregunté, después del interrogatorio que me había aplicado la noche anterior y de no haber sido capaz de controlar mi verborrea, me pareció prudente saber cosas de su vida, tenía ganas de pedir una copa de vino tinto para proceder con la encuesta, pero me contuve, aparte de loca, alcohólica, sería mucho para cualquiera.

—Yo, pinto.

Capítulo XIX

Fue un domingo estupendo, después de tomar el desayuno en el hotel donde me estaba hospedando, caminamos por la ciudad.

Un recorrido completamente distinto al que yo había hecho el día anterior, que había sido cien por ciento turístico. Giorgio me enseñó la Verona real, la ciudad que lo había visto nacer y crecer hacía cincuenta años.

Su padre, de pura sangre italiana, había conocido a su madre cuando ella, junto con toda su familia, emigró de Japón en 1946, buscando una mejor calidad de vida. Después de la guerra con Estados Unidos había surgido una crisis económica que obligó a mucha gente a encontrar otras opciones para salir adelante.

Como era domingo no pudimos acceder a muchos lugares porque estaban cerrados, así que me propuso conocer el lugar donde trabaja.

El ligero sol de la mañana había secado su pelo y ahora lo recogía nuevamente en la coleta a la que yo ya le comenzaba a tener cariño.

Caminamos un par de horas mientras me platicaba la historia de su familia, de cómo su padre se las vio negras cuando se enamoró de su madre, llamada Hikari, y decidió casarse con ella, desafiaron la tradición familiar de perpetuar la sangre italiana por las venas de todos los futuros descendientes Piamonte.

Él se enamoró perdidamente de la chica de ojos rasgados y piel blanca como el papel, de apenas diecisiete años, tuvieron que esperar un año para poder casarse sin necesitar el consentimiento de sus padres.

Llegamos a una casona que abarca una manzana completa y aunque su fachada era sencilla, pintada de blanco con tejas de color rojizo, en cuanto Giorgio abrió la puerta principal mis ojos se sorprendieron con lo que encontraron.

El interior de la casa estaba dividido en grandes habitaciones, la mayoría conectadas entre sí por puertas de madera, cada una tenía un oficio en particular: estaba la habitación del moldeado, la del secado y pulido, la del horneado, ésta era la más grande y sucia, el blanco polvo cubría las mesas de trabajo, las sillas, los marcos de las ventanas, los grandes y ahora apagados hornos.

Después venía la sala de grabado, un despacho administrativo, una cocina con una mesa larga y dos bancas, una bodega donde se guardaban todas las piezas terminadas, una sala de exposición y por

último el taller-oficina de Giorgio; así lucía una auténtica fábrica de cerámica italiana.

Todas las habitaciones rodeaban un patio central abierto al exterior, cubierto de plantas de todas las especies y sin guardar un orden, no era como el típico jardín botánico donde cada planta tiene su lugar exacto para lograr una armonía previamente estudiada; el patio era un sitio donde las plantas fueron creciendo y así se apoderaron del espacio; sin embargo, este verde desorden hacía el lugar mucho más cálido.

Hasta ese momento lo que sabía de Giorgio era que es pintor, pero en ninguna de nuestras conversaciones había especificado de qué tipo era, nunca pensé que fuera pintor de brocha gorda, más bien me imaginaba que sería pintor-artista, jamás creí que lo que pintaba fueran vasos, platos, jarrones de cerámica, todo era completamente novedoso para mí.

—Ahora te enseño dónde paso la mayor parte de mi tiempo —me dijo, después de que me había mostrado todas las habitaciones y explicado a grandes rasgos qué se hacía en cada una. Abrió una puerta de madera que rechinaba mientras él la empujaba.

—Es un lugar hermoso —le dije, y en verdad lo pensaba, las otras habitaciones, al igual que el patio central, me habían gustado, pero este cuarto me había maravillado. Me quedé inmóvil en el marco de la puerta, mientras observaba cada detalle de la habitación.

La luz de la mañana entraba por un ventanal que llegaba del techo al suelo y se abría deslizando las puertas; había una gran mesa de madera pintada de blanco en el centro de la habitación, sin un milímetro libre en su superficie de algún objeto, utensilios, tarros

de pinturas donde escurrían diversos colores, pinceles, una lámpara igualmente blanca en un extremo de la mesa y un banco alto.

La pared del fondo estaba cubierta por una estantería que llegaba también hasta el techo, con múltiples divisiones, en donde descansaban los platos, las tazas, los jarrones que Giorgio terminaba de pintar y que, una vez completa la colección, alguien más se encargaba de empaquetarla y llevársela al dueño que la había adquirido.

—Bueno, ¿qué te parece? —dijo Giorgio, entornando los ojos.

—No sabía que te dedicabas a esto, me has sorprendido —le contesté— debe ser un trabajo fascinante y muy dedicado.

—Sí, muy dedicado y sobre todo muy delicado, ha sido mi maestría en el tema de la paciencia, antes de entrar por la puerta debo dejar afuera mis prisas y preocupaciones, cualquier distracción y corro el riesgo de que el pincel tome vida propia y haga lo que quiera, muchas veces puedo corregir si el error es pequeño utilizando pintura blanca, pero si es grave, toda la pieza tiene que recorrer su camino de regreso a la habitación de esmaltado para quedar de nuevo blanca y pura.

—¿Siempre te has dedicado a esto? —le pregunté.

—Sí, siempre, desde niño lo que más me gustaba era pintar —mientras hablaba, tocaba con sus dedos las cerdas de los pinceles que descansaban en un jarrón con apariencia vieja.

Nos sentamos en una pequeña sala en el otro extremo de la habitación, cuando de pronto recordé algo que me estremeció el corazón: la luz, la blancura y la intensidad de la luz, era igual a la que entraba por las ventanas del departamento que compartiría con Roberto, sólo que ésta, a diferencia de aquélla, no me causaba miedo, aunque probablemente gracias a ella se pudieran ver todos mis

defectos; yo me sentía tranquila, en paz en mi propio cuerpo, sin importar que de seguro esta luz también se dedicaría a quitarme suavemente capa a capa de piel hasta quedar desnuda con mi propio yo, enfrente de este hombre, aun así no me importó y no me puso nerviosa.

—¿Te encuentras bien? —me dijo, mientras me servía en una hermosa taza de cerámica azul con blanco, un té que había traído de la cocina —parece que viste un fantasma—. Me castigué a mí misma por haber traído ese recuerdo del pasado a este momento y darme cuenta de cómo este hombre, mitad japonés, mitad italiano, lo había visto tan fácil.

—Fantasmas no, es esta luz que me ha dejado deslumbrada —sentía cómo el suave calor del sol que entraba por las ventanas me cobijaba la piel.

—Té verde —dijo.

—Pensé que los italianos eran más devotos del café que del té —le respondí, olvidé el tema de la luz y me propuse disfrutar del momento.

—No se te olvide mi parte japonesa, el té acompaña y sana —respondió, mientras rellenaba las tazas con una jarra igualmente azul con blanco.

La mañana transcurrió de prisa sin que yo me diera cuenta. La conversación no dejó de fluir en ningún momento, comenzaba a conocer más de la vida de este hombre que poco a poco perdía lo desconocido.

Me enteré de cómo funciona una fábrica de cerámicas de loza fina, de cómo su padre, al verse excluido de su familia y del negocio familiar de curtir pieles, se vio en la necesidad de buscarse la vida

haciendo algo distinto y así fue que comenzó en una pequeña habitación de su casa a moldear jarrones de barro, hornearlos en el horno de leña de su cocina, para descubrir que su mujer era una artista nata en una técnica de decorado que sólo los orientales conocían.

En poco tiempo el par de enamorados se dieron a conocer en Verona y después en toda la provincia de Veneto, se ganaron la fama de la cerámica italiana-japonesa más hermosa de la región. Primero nació su hermana Aina, que también trabaja en la fábrica, y luego nació él, por lo que no era una fábrica antiquísima como parecía, sólo tenía sesenta años. Su padre había muerto hacía algunos años y su madre ahora pasaba largas temporadas en Japón; su hermana y él se habían quedado a cargo de la empresa familiar.

Aina se encargaba de las ventas y la administración de la fábrica y él básicamente del decorado. Tenían quince empleados y debido al rápido crecimiento había sido necesario contratar a tres pintores más, así que Giorgio se encargaba de decorar una línea de la colección más fina.

Salimos, otra vez en la calle sentí un golpe de tristeza, pareciera como si al dejar la fábrica nuevamente me quedara en el vacío, desprotegida, sería el sentimiento de saber que mañana era mi último día en esta ciudad, junto con este hombre, y todo volvería a la normalidad, a mi rutina y a mis fantasmas familiares.

Hacía mucho que no me encontraba tan tranquila y sabía que era, en gran parte, por la serenidad y la confianza que me inspiraba este Giorgio.

Caminando llegamos a un pequeño restaurante japonés, dos mujeres viejas y encorvadas se emocionaron al ver entrar a Giorgio;

lo abrazaron, intercambiaron varias frases en japonés, del cual no entendí ni una sola palabra, con seguridad alguna tendrían que ver conmigo, porque las dos ancianas me tomaron de las manos e hicieron una ligera reverencia con su delgado cuerpo, yo traté de imitar el gesto y repetir la única palabra japonesa que sabía: *konnichiwua*.

Nos sentamos en una mesa para dos personas, Giorgio se encargó de pedir la comida, sushis de marisco fresco, una especie de sopa caliente de pescado con tallarines largos y verduras, gyozas, finas lajas de atún crudo, todo acompañado de cerveza Sapporo. Las ancianas eran las cocineras del restaurante, amigas de su madre.

Comí tanto y bebí tanto que cuando llegó el postre la vista ya la tenía bastante nublada y la galleta dulce que podría haber sido cuadrada o redonda (después sabría que era un pastel en forma de pez llamado *taiyaki* y que se convertiría en mi postre favorito), de igual manera me la comí aunque estuviera llenísima.

Estaba fascinada con la cultura japonesa, todos eran sabores nuevos a mi paladar, sabores intensos, y los tres japoneses que había conocido hasta el momento habían sido encantadores conmigo.

—Cuando tenía veinticinco años fui a Japón, al pueblo de Tobe, había ido de vacaciones varias veces con mis padres, pero esa vez quería ir solo, reencontrarme con esa parte de mi historia familiar que se había visto truncada por la guerra, me quedé a vivir diez años. Fue ahí donde realmente aprendí el oficio de pintura como un arte, como una profesión y como una pasión. Estuve como aprendiz de varios maestros de la técnica y, poco a poco, mi trazo grueso, occidentalizado, mecánico que había aplicado, ahora lo suavizaba, disfrutaba cada movimiento ligero de la mano, controlando la

respiración, calmado mis ganas alborotadas de ser el mejor y de terminar una pieza para comenzar con otra.

Descubrí el placer del silencio y de la calma, aprendí a estar en paz con mi cuerpo y con mi mente, fue una época muy gratificante.

Lo escuchaba atentamente, me fue muy fácil imaginarme los lugares que me describía, sus maestros, comprendí el porqué llamaba tanto mi atención este hombre, él había logrado lo que yo tanto buscaba, estar en paz. Con el alcohol de las cervezas no pude reprimir hacerle la pregunta del millón, sentía que el tiempo se me acababa y de alguna forma no quería quedarme con la duda.

—¿Eres casado, soltero, divorciado, gay? —sin ningún tipo de control, mi lengua expresaba lo que tanto miedo tenía de preguntar. Giorgio sonrió, por favor que no sea gay, que no sea gay, repetía para mis adentros, hacía años que no acudía a Dios para nada, pero ahora le imploraba que a este hombre le gustaran las mujeres en general y, específicamente, yo.

—Viudo —contestó.

Cómo se me fue a olvidar esa opción, que estúpida e imprudente he sido, no quería que la conversación se tornara triste y ahora ya no había vuelta de hoja.

—Lo siento —le dije mirándolo a los ojos, terminé de un trago la cerveza que me quedaba, a ver si vamos aprendiendo a ser pacientes, Oriana.

—No lo sientas, me alegra que lo hayas preguntado, algún día lo ibas a saber y más vale ahora. La conocí en este largo viaje que hice a Japón, era hija de uno de mis maestros, parecía un ángel, nos casamos al poco tiempo de conocernos, su familia estaba de acuerdo en

formalizar la relación, duramos casados siete años, hasta que contraí cólera y murió.

—¿Cólera? —pregunté sorprendida, según mi ignorancia ya nadie moría de cólera.

—Allá todo es diferente, las enfermedades se curan con tés de hierbas; ya luego platicaremos de esto, aprovecho para decirte que tengo una hija, Sakura, tiene veinte años y vive en Londres.

Casi me atraganto cuando escuché lo de la hija, demasiada cerveza y demasiada información.

—No pongas esa cara, te caerá muy bien cuando la conozcas —me dijo, y dale con las caras que haces, Oriana, un poquito de control facial nos caería muy bien para este tipo de situaciones, la voz de mi interior se encargaba de repetirme lo mala que era para algunas cosas, como, por ejemplo, para las relaciones y para aparentar.

No sé qué fue lo que me causó más impresión, lo de la mujer muerta, lo de la hija o los planes a futuro que hacía mientras me contaba su vida, nada me molestó, al contrario, sentía gran curiosidad por conocer a su madre, a su hermana, a su hija, pensaba tratando de aclarar la mente, callar la maldita voz y pidiendo que el efecto de la cerveza pasara pronto antes de que cometiera o dijera otra estupidez, él se levantó, me dio un beso en la frente y fue al baño.

Yo seguía sin dar crédito a lo que me había pasado los últimos dos días, por curiosidad tomé entre mis manos un plato de la mesa, lo observé detenidamente, figuras de peces azul cobalto nadaban entre la superficie blanca formando una especie de espiral, era realmente muy bonito y delicado, lo voltéé un poco y ahí estaba su nombre: Giorgio Piamonte, lo dejé sobre la mesa, noté una ligera sonrisa asomarse por mis labios.

—¿Estás lista? —me preguntó en cuanto regresó.

—Sí, lista —me levanté de la silla con temor a que el efecto del alcohol apareciera en mi cuerpo, para mi sorpresa no sentí nada extraño, salvo el sudor que en mis manos comenzaba a hacerse presente, era la emoción que iba en aumento.

—Vamos, ahora la ceremonia del té será en mi casa.

Capítulo XX

Me encuentro totalmente desorientada; de pronto de los cajones donde tenía separados mis sentimientos, alguien, que llegó de improvisto, como un ladrón, sacó todo lo que tenía guardado y organizado, lo revolvió, lo tiró al vacío y me dejó en este caos.

No sé por dónde comenzar a reorganizarme, a reagrupar emociones, todo es un desmadre, tampoco sé si valga la pena volver a acomodar mis sentimientos, buscar otro lugar más seguro donde esconderlos o rastrear de entre los escombros lo que quedó de mi dignidad, de la que únicamente conservo un vago recuerdo.

De lo que me doy cuenta es de que hagas cuanto hagas, no importa los años que tardes en estructurar tu vida de acuerdo con vivencias que tengas del pasado, a recuerdos de la infancia, dolores vividos, alegrías apasionadas, rencores guardados, odios no

descifrados, nada sirve cuando llega un hombre que no cree en todas estas pendejadas que tardaste treinta y cinco años de tu vida organizando meticulosamente dentro de ti. Todo es basura.

Tú y tus cajoncitos se pueden ir a la mierda. Porque a él no le interesa tu modo en que has clasificado tus sentimientos, a él le importa el presente, qué sientes ahora y qué vas hacer con ese sentimiento, cómo vas a reaccionar ante semejante torbellino de emociones despertadas por él, qué vas hacer con tus miedos, eso es lo que Giorgio quiere saber, lo que está esperando encontrar en ti, el presente, todo lo demás ni le sirve, ni le interesa.

Ay Dios mío, en dónde me fui a meter con este hombre medio chino, japonés, lo mismo me da, de ojos rasgados, con la serenidad de un monje tibetano.

Si tan sólo Giorgio supiera que si convive más tiempo conmigo, el caos total y la culpabilidad lo tomarán como rehén a él también, con motivo o sin motivo, así es como yo funciono, desestabilizo a la gente que me quiere hasta convencerla de que están mejor sin mí.

Vamos a tratar de no cagarla esta vez, Oriana, este japonés, como le dices, despertó cosas que jamás habíamos sentido, como por ejemplo, que no estamos tan locas como creemos y que también sabemos vivir en paz, capaz de que nos acostumbramos a vivir sin la necesidad de inventar tantos dramas.

¿Seremos capaces de creer que nos merecemos un hombre así?, pienso mientras sacudo las estanterías con los libros apilados uno tras otro, sigo el orden alfabético establecido por las personas que trabajaron aquí antes que yo.

Llegué a Florencia anoche en el tren de las nueve, fue un viaje largo, las cuatro horas que separan las dos ciudades se me hicieron

eternas, el tiempo transcurrió lentamente como si no quisiera llegar a mi destino final.

Giorgio me había llevado a la estación de tren, nos despedimos con un largo beso, mientras mis brazos se aferraban a su espalda apretando su cuerpo contra el mío, me repitió varias veces “nos vemos pronto”, pero yo quería que ese pronto fuera mañana, no en una semana o en dos o vete tú a saber cuándo, nada estaba dicho.

Habían sido unos días maravillosos. El domingo después de comer en el restaurante japonés de las amigas de su madre fuimos a su casa a tomar el té.

Caminamos un par de cuadras, él con su brazo rodeaba mi cintura, comenzaba a caer la tarde y el frío aumentaba en cada paso que daba.

Esta familiaridad con la que Giorgio me tomaba de la cintura me hizo sentir protegida, como algo normal que hacemos todos los días.

Giorgio vive en la segunda planta de un edificio antiquísimo, de fachada de piedra, de unos cuatro pisos. Abrió la puerta de la calle y entramos a un vestíbulo con pisos de mármol, doce buzones pegados en la pared del lado derecho, un elevador de caja de fierro con una pequeña banca tapizada de terciopelo rojo en el centro y una escalera al lado derecho que, al subir, iba formando un amplio caracol, cada escalón alfombrado con la misma tela que la de la banca del elevador le daba un aspecto elegante y sombrío.

Subimos por la escalera y abrió la puerta de su departamento, me dio la impresión de que era muy amplio, nada más encender las luces me cautivó cada detalle, cada rincón en los que mis ojos se detenían, quería guardar en mi memoria todo lo que veía.

El salón abarcaba una sala, una chimenea en una esquina, a la que Giorgio se apresuró a encender, fotografías de paisajes orientales colgaban por todas las paredes. En un costado se encontraba la cocina abierta a la sala, todo de acero inoxidable, perfectamente limpio, sin nada fuera de lugar, ni una miga que delatara que alguien comía ahí todos los días, varios sartenes plateados colgaban encima de la estufa.

Mi timidez no se atrevió a investigar cómo eran las otras habitaciones. Giorgio regresó a mi lado y mientras me quitaba el abrigo para colgarlo en una percha a la entrada de la sala, repetía:

—Siéntete como en tu casa, por favor, yo voy a preparar el té —cada minuto que pasaba yo lo miraba más detenidamente, las facciones de su cara se habían convertido en suaves y tiernas, no me podía imaginar cómo este hombre se podría enojar alguna vez, si todo en él era milimétricamente perfecto y zen.

Por un momento me sentí perdida en un espacio que no conocía, me costaba recordar cómo era que había llegado a ese lugar, con un hombre extraño y por qué en vez de sentirme angustiada me sentía tranquila.

Me senté en un sillón gris, firme, con unos cojines de color blanco a mi espalda, desde donde podía verlo mientras calentaba el agua en una tetera de aspecto antiguo, color negra, de fierro.

Un gran librero repleto de libros de todos los tamaños y colores se recargaba en una pared blanca; el calor del fuego de la chimenea comenzó a calentarme el cuerpo y poco a poco olvidé el frío que hacía afuera.

Se sentó a un lado mío, puso la charola con la tetera y dos tazas de cerámica blanca con flores rojas encima de la mesa.

A continuación, con una pequeña cuchara de bambú puso dentro de las tazas un polvo molido, verde intenso, para después, con un cucharón igualmente de bambú, vaciar muy lento el agua caliente en cada taza.

Tomé entre mis manos la taza, cuidando de no tirarla encima de mí a causa de los nervios que sabía de un momento a otro me traicionarían, y probé el tradicional té verde: un gusto intenso, refrescante, abrazaba mi lengua, mi paladar, dejaba el sabor a hierba a su paso.

Fue un momento mágico, con cada pequeño trago que le daba a la delicada taza me transportaba a un lugar placentero, lejano, y fue así como entre sorbo y sorbo nuestros cuerpos se acercaron, Giorgio me miraba a los ojos en todo momento, cubrió mi cara y mi cuello de besos, cálidos, con sabor a té; yo acariciaba su cara lampiña. Me levanté del sillón, me quité primero el suéter de lana, las botas, el pantalón, quedé completamente desnuda frente a él, sus ojos clavados en mis ojos, él con una taza en las manos y yo, con mi vergüenza, mi pudor y mis miedos en las mías, liberándome, queriéndole decir “ésta soy yo, no tengo más que ofrecerte ni más que esconder, no hay más”.

El fuego de la chimenea envolvió el ambiente con luces rojas y blancas que centellaban en cada rincón de la sala, él me tomó entre sus brazos y así, sin prisas, sin necesidad de hablar, con la ternura que nunca antes había conocido en un hombre, me entregué a él, dejé mi locura a un lado, silencié mi voz, apacigüé mi mente.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo sentía que por fin había hecho algo bien y mi orgullo creció a la par que el placer de

saberme poseída por un hombre mitad japonés, mitad italiano, al que ya había comenzado a amar.

Mi piel se eriza al recordar cada minuto de esa noche, cada beso, de cuando me cargó entre sus brazos y me llevó a su habitación; yo con ganas de observar todo lo de mi alrededor que me hiciera conocer más a este hombre, pero mis ojos estaban ocupados en sus ojos, en cada movimiento que su cuerpo realizaba, en cada caricia que me hacía estremecerme de placer, de gozo y también de dolor, de saber que cuando algo inicia también comienza su fin, de verme separada de ese cuerpo de piel blanca como la cerámica de las tazas, de perderlo, para momentos después dar entrada a olas de pasión que emergían del fondo de mi cuerpo, haciéndome temblar, gritar, quedando completamente vulnerable, con la piel y con el alma expuestas, para amanecer desnuda, abrazada por su brazos fuertes, darme la vuelta y verlo, observarlo, mis manos dibujaron su rostro, sin tocarlo, sin creerlo, sin despertarlo.

Capítulo XXI

Nunca pensé que algún día me encontraría en este estado de pendejez andante, así, ilusionada, floto por las calles, recuerdo cada segundo de los días que pasé junto a Giorgio. Me veo en el espejo y me cuesta trabajo reconocirme, como si las facciones de mi rostro se hubieran suavizado, mis ojos reflejan una luz permanente que los hacen brillar, junto con un sonrisa que no desaparece en ningún momento del día, atrás han quedado las muecas que fingían sonrisas, supongo que así luce una persona enamorada.

Me muevo entre la gente como el viento, percibo todo lo que me rodea en cámara lenta. Han pasado cinco días desde que regresé de Verona y parece como si mi piel no quisiera deshacerse de la memoria de lo que sentí.

Giorgio me ha llamado diario, dos veces por día, en la mañana antes de salir a trabajar y por la noche cuando ambos ya estamos descansando en nuestras casas, con una copita de vino y un cigarro, la nueva modalidad de cerrar mi día. Aún no sabe cuándo vendrá a Florencia, tiene que terminar una vajilla para treinta personas, encargo de un ruso multimillonario, y le faltan muchas piezas por pintar; contrario a lo que me pasa a mí, a él, dice, le han entrado unas ganas tremendas de trabajar, la ilusión del enamoramiento lo mantiene activo y con mucha energía.

Memoricé algunos títulos de los libros que vi en la estantería en su departamento, los busqué en la librería y ahora los leo lo más deprisa que puedo, quiero que cuando nos volvamos a ver tengamos más cosas en común.

Stefano, el encargado de la librería, me ha ofrecido un trabajo extra, al principio mostré cierto enfado, como si él no supiera que entre los dos trabajos no me queda tiempo libre para nada, con mucho esfuerzo he mantenido la rutina de correr a las siete de la mañana. Luego del primer coraje, lo acepté y le dije que lo intentaría, después de todo no me caen mal unos euros extras.

El trabajo consiste en traducir del italiano al castellano una conferencia dada por una maestra, al parecer muy importante de la universidad, acerca de la vida de las mujeres de la familia Medici en el siglo xv.

Stefano me regaló un diccionario, lo tomé como una ofensa, después, al sentarme en la mesa de mi departamento y comenzar a leer los primeros párrafos, se lo agradecí enormemente, muchas palabras no las comprendo y aunque sé su significado, traducirlo me cuesta mucho trabajo. Esa primera noche frente a las cuarenta hojas

que guardaban las palabras de la maestra me desesperé de inmediato, me maldije varias veces por tener todo el tiempo en mi cabeza a Giorgio y convertirme en una idiota enamorada común y corriente; concentración es lo que necesitas, enfriar la cabeza de recuerdos eróticos y pensar en este trabajo como una oportunidad, me repetía constantemente a modo de reprimenda.

Pensé en dejar descansar la traducción la primera noche, dispuesta a la mañana siguiente a acudir a Stefano y decirle que era incapaz de realizar el trabajo, que le agradecía por pensar en mí, pero que mejor se lo ofreciera a alguien más capacitado que yo.

Llamé a Giorgio, me anticipé a la hora en que siempre hablamos, quería oír su voz y distraerme del engorroso nuevo trabajo.

—Hola, Nina —ahora él había decidido llamarme “Nina”, a lo mejor me ve como eso, como una niña pequeña, son muchos años de diferencia los que nos separan, probablemente se ha dado cuenta de lo inmadura que soy y de lo viejo que es él, deja de pensar pendejadas, Oriana, Nina es de cariño, es por la ternura que le inspiras; la guerra en mi cabeza no me da tregua.

—Giorgio, me han ofrecido traducir una conferencia de una maestra de la universidad y no entiendo gran parte de lo que dice, lo mejor será regresarlo y que Stefano busque a alguien más para realizar el trabajo —le dije después de saludarlo.

—Vamos, no puede ser tan difícil, hablas muy bien italiano, sólo es cuestión de que inicies y pronto comenzará a fluir —me encanta cómo con simples palabras me motiva, para él no hay nada imposible, todo se reduce a la voluntad que le pongas, absolutamente todo.

—No lo creo, no entiendo ni jota —digo yo, trato de que apoye mi decisión de regresar el nuevo trabajo, aunque si lo pienso un poco eso sería como pedirle peras al olmo, Giorgio jamás se daría por vencido, eso es lo que pienso de él, tampoco lo conozco desde hace tanto para saber exactamente cómo reaccionaría, pero como funciona en todos los aspectos de su vida que he conocido puedo decir a ciencia cierta que Giorgio no es un desertor, por lo que estaba segura de que no obtendría la complicidad a mi flojera para realizar algo que exigía pusiera todos mis sentidos.

—Por qué no me lees unas frases y vemos de qué trata, ¿te parece?, de seguro te ayuda —me dijo, su voz era suave, qué paciencia debía de tener este hombre, yo en su lugar ya me habría colgado el teléfono. Leí las primeras cinco frases, sentía en cada palabra que pronunciaba el disgusto de hacer algo que me imponían y que no tenía ganas de hacer, como cuando en la escuela te dejan tareas que no tienes ningún interés en realizar, pero forzosamente tienes que cumplir para no reprobar el curso.

—La grandísima maestra Eleonora Macci —respondió en cuanto terminé de leer, ahora sonaba emocionado, había levantado el tono de voz.

—¿Cómo sabes que es ella? —le dije algo sorprendida, aunque si lo pensaba bien no era para sorprenderse, él sabía casi todo de todo, era como una especie de genio culto, ¿habría algo que no supiera este hombre?, ¿sabría de la guerra de mis personalidades o había triunfado fingiendo que soy normal el fin de semana que lo conocí? ¿Qué pensaba Giorgio de mí?

—Es la única mujer que habla de la importancia que tuvieron las mujeres de la familia Medici en la política, la diplomacia, el arte,

la poesía, y no sólo como esposas dedicadas a obras de caridad, como todo el mundo cree. Soy un gran admirador de ella, tengo el honor de conocerla personalmente y he ido a varias de las conferencias que ha dado. Te encantará su trabajo, estoy seguro —casi podía ver el humo que salía de su boca mientras fumaba del otro lado del teléfono sus Pedroni biondo— no te desesperes, lee todo el texto primero y luego traduce frase por frase, no palabra por palabra, verás que una vez que tienes una idea general de lo que se trata, te será mucho más fácil.

Quise tragar mis palabras y me arrepentí de haberle mostrado mi disgusto por la traducción, me sentí, ahora sí, como una niña que hacía un berrinche, cambié el tema rápidamente, quería dar por terminado el asunto de la maestra famosa, él qué sabía de mis gustos literarios, culturales y del nivel de italiano que manejaba, estaba siendo demasiado optimista respecto a mi persona y a mis capacidades intelectuales.

—¿Cómo van los platos? —le dije, esperaba que con su respuesta me diera una fecha aproximada de nuestro encuentro, pasaban los días y sentía que el fin de semana mágico en Verona había sucedido meses atrás y no sólo una semana.

—He terminado los platos, me faltan las tazas y las jarras —me dijo, no mencionó nada de cuándo vendrá, no quise insistir mucho, no quiero que sepa lo desesperada que me encuentro de verlo, de abrazarlo, de hacer el amor, por lo que di por terminada la conversación.

—Creo que será mejor ponerme a leer la conferencia, ya es tarde y estoy cansada, el restaurante me ha dejado hecha una piltrafa —dije, sin saber muy bien por qué actuaba así, como si estuviera

ofendida, ¿qué, acaso Giorgio no tenía ganas de verme? ¿Era yo la que estaba actuando como loca desesperada?

—Tienes razón, hablamos pronto —me contestó, probablemente se dio cuenta del mal carácter que tengo cuando no quiero hacer algo que sé que me conviene.

Colgué el celular sintiéndome estúpida, ahí estaba yo, enamorada, viendo todo de color de rosa, creyendo en el amor, babeaba por un hombre al que había conocido hacía no más de cien horas, y él parecía tener otras prioridades, siempre sereno, sin pronunciar ninguna palabra de más. No me hacía ilusiones, claro estaba que la única imbécil era yo por imaginarme cosas en la cabeza, no sabía si era él lo que me tenía así de disgustada o era no saber nada de mi madre y su supuesto viaje a la India o a la clínica, lo mismo me daba, ya habían pasado muchos días desde la última llamada que terminó en pelea y había mantenido su palabra de no volver a molestarme. Y yo y mi orgullo me impedían coger el teléfono y llamarla, sería como demostrar la necesidad que tenía de ella y no estaba dispuesta a darle ese gusto a mi madre.

Al principio estaba segura de que su viaje sería a la clínica de rehabilitación, pero luego no sé qué fue lo que me hizo dudar y creer que esta vez sí decía la verdad y me la imaginaba en alguna ciudad de la India, comprando telas de hermosos colores, caminando entre la gente, hablando con las que habían sido amigas de mi hermana Alicia; cada día que pasaba, y que yo intentaba borrar a mi madre de la cabeza, la curiosidad crecía y en momentos me descubría sonriendo mientras la imaginaba alegre, podría ser mi necesidad de creer que no estaba enferma y que podía ser feliz, después de todo, lo que ella me había dicho había sido que iba a realizar un viaje, y cuando

le pregunté a dónde, me dijo que a la India, podría ser la verdad, la cuestión es que debido a sus antecedentes mentirosos en lo que se refiere a los viajes no le creí, aparte, ¿se iría sola a la India?, ¿tomaría un avión y se pondría a turistar, a preguntar si alguien había conocido a una muchachita mexicana de rizos rubios que vivió ahí hacía más de un año? No la creía capaz de enfrentarse con el mundo, era mucho más creíble el viaje rutinario a la clínica de rehabilitación, pero ¿si por una vez había dicho la verdad?

Cerré la carpeta de la maestra Eleonora y la aventé al buró, ya pensaría qué hacer con ella y con lo que tenía que contar de Lucrezia Tornabuoni mañana, por ahora estaba molesta por saberme tan estúpida, romántica con Giorgio y rencorosa con mi madre. La culpa y, sobre todo la duda, me corroía por dentro.

Se me terminaron los cigarros y decidí salir a comprar, con este estado de ánimo no me podía arriesgar a pasar una noche sin nicotina. Me puse una chamarra, tomé mi bolsa con las llaves, el celular y la cartera y salí rumbo al bar de la esquina a comprar los cigarros.

En el camino de regreso, unos hombres de piel oscura, probablemente de algún país africano, me arrebataron la bolsa, traté de gritar mientras me aferraba a ella, sin necesidad de usar mucha fuerza, me dieron un empujón y caí de espaldas en la banquetta.

Me puse a llorar amargamente mientras abría la cajetilla de cigarros que se había salvado del atraco porque la llevaba en la mano, más que mi cartera con las tarjetas de crédito, los ochenta euros que llevaba dentro, mis identificaciones, las llaves de mi casa, lo que más me angustió fue mi celular, cómo me contactaría Giorgio, mi número de celular era lo único que tenía, y yo el de él, que por más que intentaba recordarlo no me lo sabía. Maldije la tecnología en la

que vivimos, ¿a qué hora nos habíamos hecho tan estúpidos como para dejar toda la información importante en los aparatos celulares, cuándo había sido que la gente había dejado de memorizar los números y de usar agendas telefónicas y anotar direcciones, teléfonos, en papel?

Caminé rumbo a casa de Isabella, a las doce de la noche, con frío, sin dinero y sin llaves, era mejor buscar dónde podría pasar la noche y cancelar las tarjetas de crédito antes de que los muy sinvergüenzas las comenzaran a usar. Me di cuenta de lo sola que me encuentro, desde que estoy en Florencia no he llamado a ninguna amiga de México, lo que confirma que tan amigas no éramos, y me pregunto qué carajos hacía en México para en treinta y cinco años no haber tenido ninguna íntima amiga.

Ya encontrarás la forma de localizarlo, Oriana, no es para tanto, pensaba mientras caminaba de prisa por Via Gibellina; por favor que esté Isabella en su casa, que no se haya ido de fiesta por favor, por favor, repetía. Llamé el timbre repetidas veces.

—¿Quién es? —oí decir a Isabella con voz que denotaba estaba dormida y la había despertado.

—Soy yo, Oriana —el zumbido del timbre se oyó, empujé la puerta y subí al departamento de la única amiga que tengo.

Lloré desconsoladamente enfrente de ella que ya se encontraba en su pijama, a propósito de seda, no como los trapos que uso yo para dormir; la rubia melena caía despeinada a sus hombros, hasta para dormir tenía clase. Mientras me servía una copa de vino, ella me trataba de calmar, y yo llamaba a los bancos para cancelar las tarjetas. Salió Andon de la habitación, había olvidado que estaban juntos, les platiqué mis últimos días en Verona y lo estúpida

que me sentía por haberme enamorado tan rápido de un hombre al que apenas conocía y que ahora no estaba segura de si algún día volvería a ver, a lo mejor me estaba volviendo loca e imaginé que la atracción que según yo sentí había sido mutua entre Giorgio y yo.

Andon, con olor a sábanas, las negras ojeras enmarcando su rostro, camiseta blanca ceñida a su cuerpo musculoso, sólo se dignó a decir con una risita burlona:

El *amore*, el *amore*, si amas sufres, si no amas, mueres.

Capítulo XXII

Ya he dicho que esa noche las emociones se me escaparon por todos los poros, ningún tipo de control pude ejercer sobre ellas y todo por la pérdida del celular, eso era lo más preocupante, no poder localizar a Giorgio, así de jodida me encontraba.

Isabella no sabía qué hacer conmigo, ella es del tipo de personas que funciona completamente opuesto a como yo funciono. Ella soluciona, previene, se adelanta a que una situación se convierta en un problema, fluye con la vida; yo, en cambio, pareciera que me ahogo si no tengo todo bajo control, incluyendo detonantes que lógicamente no dependen de mi capacidad controladora, lo que causa que entre en crisis.

Andon, al verme una madeja de lágrimas y mocos, decidió dejarme en manos de su novia, entre mujeres, mientras haya vino de por medio, se puede solucionar el mundo, eso dice mi amiga.

Después de cancelar las tarjetas de crédito, beberme botella y media de vino tinto y fumarme los cigarros míos, los de Isabella y los de Andon, caí en un sueño profundo en el sillón de la sala, donde desperté pasado el mediodía del día siguiente, enfundada en una suave pijama color lila de Isabella, sudando la cruda, y antes de verme en el espejo del baño ya estaba segura de la cara hinchada con la que me encontraría.

Amanecí sintiéndome fatal, la resaca del vino y del cigarro me acribillaban la cabeza y la garganta, una intensa tosecita me recordaba que había fumado más de la cuenta. Descubrí una nota escrita por Isabella:

“Nena, no te quise despertar, siéntete como en casa, hablé con Stefano y te reporté enferma, descansa, no es tan grave como parece, todo tiene solución. Besos, Isa”; junto con un billete de cincuenta euros.

No sabía si la nota me provocaba ternura, agradecimiento o malestar hacia mi amiga, quién se creía para avisar a la librería que estaba enferma, para dejarme dormir hasta tarde, para sermonearme con su filosofía positivista de la vida con que “todo tiene solución” y lo que peor me cayó fue: “no es tan grave como parece”. La releí varias veces, pasé del malestar al enojo. Tengo que hacer algo con mi vida, ya es suficiente de causar lástimas por donde vas, Oriana, lo más jodido de todo es que una parte dentro de mí, la más sensata, sabía que la nota estaba llena de razón, nada era tan grave.

Lo primero que hice fue darme una ducha con agua caliente en el espectacular y lujoso cuarto de baño de mi amiga, era tan diferente a mi estilo de vida, todo lo de ella denotaba riqueza, diferentes botellas y tarros de alguna marca francesa para cabellos secos, puntas abiertas, cabello teñido, geles y espumas hidratantes, una fila de perfumes perfilaba una estantería; todo un cajón lleno de productos para maquillarse, lápices, pintalabios, brochas, polvos dorados, polvos rosados, en fin, infinidad de artículos para la belleza, ¡qué cantidad de tiempo debía invertir Isabella para mostrarse presentable!, nada comparable con los pocos minutos que tardo yo en arreglarme, tomando en cuenta que en lo que más minutos gasto es en desenredarme la madeja de chinos que cubre mi cabeza y la mitad de la espalda.

Después del baño, me dediqué a buscar el teléfono de un cerrajero y pedirle que abriera la puerta de mi departamento, eso era lo más importante, y aunque dudé en tomar el dinero que había dejado Isabella, era lo único que tenía y los necesitaría para pagarle al cerrajero.

Una vez dentro de mi departamento, sentí que el aire regresaba a mis pulmones y me tranquilicé, y mientras me lavaba los dientes frente al espejo me repetía varias veces: ya estuvo, Oriana, ni una pendejada más.

Le di de comer a Bobby, que probablemente cada día encontraba más rara a su dueña y me senté en la mesa con la carpeta de la conferencia de la famosa maestra por un lado, y la cafetera llena, por el otro.

Leí todas las hojas de un jalón, concentré todos mis sentidos en las palabras de la sabia mujer y he de reconocer que quedé fascinada

por lo que decía acerca de cómo Lucrezia Tornabuoni, madre del famoso Lorenzo el Magnífico, se hizo un lugar en el mundo que dominaban los hombres poderosos de su familia. Alejé los pensamientos que me recordaron a Giorgio quien había asegurado me encantaría la maestra y me dediqué a transcribir en castellano frase por frase, al terminar, corregí los errores, le di una última leída y guardé el archivo en un USB, después, pasé por un locutorio regentado por pakistaníes e imprimí el archivo.

Caminé de prisa rumbo a la librería, me puse a trabajar en lo que estaba haciendo el día anterior, Stefano se sorprendió al verme mas no fue necesario decirle nada, al terminar la jornada le entregué la traducción.

—Aquí tienes lo que me encargaste, sé que era para dentro de tres días pero anoche lo terminé, fue más fácil de lo que pensé —le dije, entregándole la carpeta con las hojas.

—En un principio dudé en encomendártelo a ti, sé que estás saturada de muchas cosas, pero sabía que lo lograrías. ¿Lo disfrutaste? —me preguntó, mientras con una mano se acomodaba los lentes que se le deslizaban por la nariz y con la otra hojeaba la carpeta.

—La verdad sí lo disfruté —le dije, y hasta ese momento reconocí cuánto lo había disfrutado. Estaba tentada a pedirle un adelanto por la traducción, pero pensé que con los cuarenta euros que tenía escondidos en un libro en el departamento serían suficientes hasta que llegara el fin de mes.

Pasaron los días, funcionaba siguiendo mi rutina, correr por la mañana, la librería, el restaurante, adelgacé un par de kilos, no tenía hambre y comía básicamente para mantenerme en pie; fumaba como posesa y por las noches no perdonaba mis copas de vino

tinto, pensaba en mi madre mientras analizaba por milésima vez las tres fotografías y los dibujos del paquete enviado por mi nana; ninguna novedad, parecía que todo se volvía a acomodar,forcé a mi cabeza a no pensar en Giorgio, decidí que era lo mejor, ¿no dicen que las cosas siempre pasan por algo?, me aferré a esa idea.

No quería volver a sentir la vulnerabilidad que trae el enamoramiento, no estaba dispuesta a sufrir por un hombre del que no sabía bien a bien cuáles eran sus intenciones conmigo y aunque mi primer impulso después de perder el celular fue pensar en correr a la estación, tomar un tren a Verona y explicarle el porqué no le iba a poder contestar sus llamadas, mi razón ganó y decidí dejar pasar un día, luego otro y así sucesivamente hasta que pasaron nueve días.

Había logrado volver a mi otra yo, la controladora, y olvidarme de la yo que había descubierto en Verona porque, aunque me había gustado muchísimo y me había sentido muy cómoda con ella, en estos momentos necesitaba a la yo fuerte y racional.

Llegó el fin de mes, recibí los pagos de la librería, del restaurante junto con las propinas que denotaban que los turistas comenzaban a apropiarse de la ciudad nuevamente, y también el pago por la traducción, fue lo que más me emocionó, ciento veinte euros y una nota de Stefano que decía: ¡Lo lograste, no sólo tradujiste el significado de cada palabra de la maestra Macci, sino también la emoción y eso es maravilloso, que sea la primera traducción de muchas!

Fui al locutorio de los pakistaníes y compré un celular, bastante sencillo y clásico, no necesitaba mucha tecnología, y aproveché para llamar a mi nana a casa de mi abuela Leonor y preguntar cómo seguía de salud.

Sentí la hostilidad en la voz de mi nana, sólo se dignó a mencionar que mamá continuaba de viaje, sabía que jamás me diría que estaba enojada conmigo por la forma tan egoísta y cruel de tratar a mi madre. Estaba segura de que mi madre ya la había puesto al tanto de la última llamada telefónica que tuvimos; sus respuestas eran cortas, ni una palabra de más, no se interesó en cómo estaba, si estaba contenta o si estaba triste, si regresaría pronto, nada, mi tristeza crecía y crecía y el nudo en la garganta, junto con mi orgullo, me impidió decirle lo mal que me encontraba, del atraco que había sufrido unos días antes, hablarle de Giorgio, de lo feliz que había sido y de lo jodida que me encontraba ahora, que también la había cagado con él, que no encontraba mi lugar en el mundo, que la extrañaba y que quería regresar. No, no le dije nada de eso, me despedí de ella diciéndole que se me acababa el crédito del teléfono, que le llamaría pronto, ambas mentiras.

Quedé con Isabella para tomarnos unas copas después de mi trabajo y así pagarle los cincuenta euros que me prestó, tenía miedo de que el coraje que despertó en mí aquel día siguiera presente, no fue así, no hablamos del tema, me arrolló con la explicación de la maravillosa racha por la que atravesaba su vida junto a Andon y lo bueno que era en la cama, el mejor sexo de su vida, y para que lo dijera ella, que es muy experimentada en la materia, sabía que debía de tener razón. Imaginaba a Andon como un seminal rebosante de testosterona, que regalaba a mi amiga las noches más placenteras de su existencia. También reconocí en su cara la señal del amor, no era sólo sexo lo que la tenía así de feliz, era el amor que comenzaba a hacer estragos en su vida, aquietándola, suavizándola, quitándole las ganas de ver a otros hombres, de

seducir a cualquiera que la mirara, la sabía satisfecha con su pareja y me alegré por ella.

Fuera de mí todo seguía su curso, pero, por dentro, la sensación de saber que había terminado algo con Giorgio era muy fuerte, el recuerdo de sentirme tan identificada cuando estábamos juntos, la sensación de conocerlo de años, la familiaridad con la que me desenvolví estando con él y la ilusión que me envolvió los primeros días de mi regreso de Verona, me estremecían de dolor, de coraje por no haber hecho algo más, por no haberlo buscado, por la maldita fijación con la que crecí de sentirme no suficiente para que alguien me amara así como soy y de tener la realidad para comprobarlo. ¿No que todo era cuestión de voluntad, Oriana? Pensaba en lo infantil que me había comportado los últimos años de mi vida, más bien toda, no había tomado las riendas de mi vida por estar culpabilizando a mi madre de mi situación, ahora era cuando debía de demostrarme que sí podía sobrevivir conmigo misma, sin nadie a quien pudiera culpar.

Dentro de mí creció una tristeza que me robó el aliento hasta casi ahogarme, me disculpé con Isabella, le dije que me encontraba cansada y me fui a casa. Cuando salí a la calle y sentí el aire frío golpear mi cuerpo estaba casi segura de que el llanto escaparía de la prisión donde lo tenía guardado, sin embargo, para mi sorpresa, no fue así, me contuve y aun con un nudo en la garganta con sabor a sal, ni una lágrima se atrevió a asomarse por mis ojos, me sentí orgullosa, por fin estaba mandando sobre mi cuerpo y Oriana, la fuerte, renacía de algún lugar recóndito de mi interior.

El lunes, después de un fin de semana oscuro, trataba de convencerme de lo bien que era sentirme fuerte y segura, de hacer listas

con lo que tenía que hacer en la semana, por ejemplo, tragarme mi orgullo y hablarle a mi madre de una vez por todas, ir a las galerías Uffizi a conocer las pinturas de Botticelli (llevaba ya varios meses en la ciudad y no me había parado en ningún museo todavía), aprovechar mi día de descanso, subirme al tren y conocer algún pueblo cercano, dejar de fumar, disminuir mi consumo diario de vino tinto, en fin, la lista parecía interminable.

Stefano me pasó dos traducciones más para finales de semana, lo cual me llenó de emoción, tendría cero tiempo libre para pensar en Giorgio, sólo que al salir de la librería rumbo al restaurante ahí estaba él, Giorgio, con su coleta de cabellos lacios y plateados, las manos dentro de su abrigo color camello y mis nervios que me bloquearon cualquier tipo de acción, dejándome helada en medio de la calle, probablemente hasta la boca tenía abierta y pude haber babeado un poco, no me esperaba verlo ahí, en mi ciudad, afuera de la librería.

Él se acercó a mí, no había olvidado lo guapo que era y la intensidad de sus ojos alargados.

—*Hello, stranger* —me dijo, puso sus manos manchadas de pintura encima de mis hombros.

No fue necesario nada más, lo besé, reconocí su olor, el sabor de su saliva, lo abracé con todas mis fuerzas, sabía que ahora sí no lo dejaría ir nunca, mientras sentía mi corazón acelerado, y una ligera lágrima escapaba de mi fortaleza, por fin, pensé, y respiré hondo.

Capítulo XXIII

A partir de este momento vuelvo a creer en mí, en mi instinto que me guía; pienso no ir a trabajar al restaurante esta noche pero Giorgio me lo impide, quiere ver dónde trabajo, conocer el lugar y a mi jefe.

Yo sólo quiero llevarlo a mi departamento y hacer el amor muchas veces, tampoco quiero parecer una loca desesperada, así que caminamos rumbo a La Central de Granada. Giorgio toma asiento en una mesa, yo voy a la parte de atrás a ponerme el delantal y a avisar que ya he llegado.

Desde la barra de la cocina lo miro, aún a sus cincuenta años su rostro sigue libre de arrugas, a lo mejor así es la piel de los japoneses, pienso, a lo mejor es la alimentación con base en pescados y verduras, vete tú a saber, yo quiero envejecer como ellos, o a lo mejor es

que viven en paz, en definitiva eso tiene que ayudar, una vida lejos del estrés, de la necedad de querer complacer a todo el mundo, de vivir de prisa; me imagino lo acabada que debo de estar, ninguna crema serviría para apaciguar el paso del tiempo en mi cara mientras la lucha de mis dos internas siguiera sin llegar a una tregua.

Giorgio me voltea a ver varias veces, mi compañera Elena ya le ha llevado la jarra de sangría con trozos de manzana y naranja, especialidad de la casa.

El restaurante comienza a llenarse, el atractivo principal de este lugar no es la comida española como la mayoría de las personas cree, que a decir verdad es bastante mala, las paellas son aguadas, el arroz precocido, los mariscos congelados, ni tampoco lo es el decorado del lugar con cuadros de toros y toreros famosos en todas las paredes, es la música lo que engancha.

Es cuando te das cuenta de que la gente busca ser feliz, y qué mejor manera que escuchando canciones de mujeres andaluzas con la voz chillona, acompañada del sonido de las castañuelas, de las palmas, de las guitarras y también del ruido de los tacones al golpear el tablao, eso es lo que atrae a tanta gente, sentir que están en un lugar alegre, rodeados de gente feliz, de gente amable, comer arroces con azafrán, chorizos de mala calidad y beber la tradicional sangría ácida, nada de eso es importante, mientras la música no deje de sonar.

Me imagino que Giorgio debe de estar bomba de los taconazos y los gritos de Lola Flores o de Paco de Lucía, él tan zen y este lugar tan flamenco, aparte de que con la nueva ley antitabaco no dejan fumar en el interior de ningún restaurante o bar, debe de estar desesperado, pero él se contiene, él se controla, los músculos de su

cara y de su cuerpo parecen relajados, no da la impresión de que esté sufriendo, de que ya se quiera ir, al contrario, noto cómo su pie izquierdo se mueve al ritmo de la música mitad española mitad gitana, lo que hace que me den ganas de abrazarlo y de quererlo más; me doy cuenta de la facilidad que tuvo la yo sensible de mandar al carajo a la yo controladora, a lo mejor en el fondo la yo debilucha es más fuerte e inteligente de lo que creía.

Trato de atender todas las mesas que me corresponden sin perder el ritmo, sin dejar que mis pensamientos por saber que Giorgio está a sólo unos pasos de mí me hagan perder la noción del trabajo que debo de realizar y, mientras anoto en mi comanda órdenes de turistas alemanes, caigo en cuenta por vez primera que no puedo continuar en este trabajo, es para veinteañeras, no para alguien de treinta y cinco años como yo, sirvió para salir del atolladero de los primeros meses de crisis y ganar dinero, estaré eternamente agradecida, pero esa etapa ya pasó y honestamente los años comienzan a pesar en mi cuerpo y estar ocho horas de pie, trabajar a presión me cansa demasiado, así es, Oriana, nos estamos haciendo viejas, pienso, y yo que creía que otra vez había logrado acomodar todo para continuar con mi rutina sin ningún contratiempo, esa monotonía fríamente calculada, sin huecos de tiempo muerto para pensar estupideces, sin nada que me perturbara, ¡mira qué buen *timing* para darse cuenta de que el trabajo que más dinero nos da no es muy gratificante para alguien que ya está mayorcita!, bien pensado, Oriana, siempre tan prudente. También me estoy cansando de la eterna lucha de mis yos, aunque estoy segura de que no me podré desligar de una de ellas aunque quisiera.

Después de que Giorgio comiera la paella acompañada de dos jarras de sangría, y de probar los famosos huesos de santo, que básicamente son mazapanes en forma de rollo cubiertos de almíbar, termina mi turno.

Le presento a Rafael, mi jefe, a Giorgio, al cual no le hace mucha gracia haberse enterado hasta el final de que el hombre solo sentado en la mesa ocho es mi novio.

—Es una pena saber hasta ahora que usted es el *ragazzo* de Oriana, de haberlo sabido antes me hubiera asegurado de que no le faltara nada y mandarle una copa de vino de cortesía, ya conoce a esta niña que siempre hay que sacarle los secretos a la fuerza —dice Rafael; su cabeza calva brilla con la luz amarilla de los focos, y se pueden ver las pequeñas esferas de sudor que cubren su frente y su cuello por el estrés de la noche o por el calor que da el alcohol, al cual es muy afecto, a su edad se sigue sintiendo joven y sobre todo sexy y tiene la idea fija de que no hay ocasión que no amerite una copa de vino.

—No se preocupe, todo estuvo delicioso —le dice amablemente Giorgio.

—Téngalo por seguro que si hubiera sabido antes a su paella le hubiera puesto verdaderas gambas de mar y no las congeladas —insiste Rafael, sabe que sus camarones congelados saben a todo menos a camarón y de seguro siente la necesidad de sincerarse con Giorgio sobre la calidad de sus alimentos para borrar cualquier efecto que no haya sido del agrado del cliente.

—Gracias por todo —repite Giorgio, y trata de dar por terminada la conversación, pero Rafael es más necio que una burra e insiste

en que tomemos asiento nuevamente y lo dejemos invitarnos una ronda de carajillos.

No nos dejó muchas opciones, su voz iba en aumento y ahora ya casi gritaba, veo cómo se dirige a la barra con su pasito bailarín, moviendo los brazos y tronando los dedos, señal de que está contento.

Estoy tan cansada que no pongo mucha resistencia y tomamos asiento en la misma mesa donde Giorgio había cenado. Siento mis pies punzar bajo los zapatos, llega la primera ronda no de carajillos para mi sorpresa, sino de un vino dulce muy rico, una ligera sonrisa asoma en mis labios, Rafael debe de estar tan apenado por la calidad de su paella que nos ha mandado su mejor vino, un Pedro Jiménez, que a mi paladar le sabe a gloria y a victoria, junto a las cortesías viene incluida su compañía en la mesa y se sienta al lado de Giorgio.

—Le tengo que decir que gracias a usted nuestra Oriana ha vuelto a sonreír, bueno, mejor dicho, ha comenzado a sonreír, déjeme le digo que cuando la conocí la primera vez fue su mirada melancólica la que me hizo aceptarla en el restaurante, me dije “Dios, esta chica es bella, pero está triste, de seguro un poco de música flamenca le alegrará el corazón”, pasaban los meses y ella seguía igual, hasta que volvió del carnaval de Venecia regresó cambiada —dice Rafael, demuestra un tono protector y sensible acerca de mi persona y mi rara personalidad, qué lejos quedó aquella tarde en que no me atrevía a pedir una solicitud de trabajo, parecía hubiera sido años atrás y no sólo unos meses, y eso de contratarme por mi mirada melancólica, qué mentiras, imposible olvidar la manera en que me había revisado de arriba abajo el cuerpo.

Trato de echarle una de mis miradas asesinas para que no siga hablando, pero él hace como si no me viera, ya se ha emocionado con el tema y parece que no hay quien lo calle.

—No sabía que usted fuera chino —continúa Rafael, pide otra ronda de digestivos a Elena que me mira con ojos de “por favor, ya vete, que ya me quiero ir”, yo suelto una risa que casi hace que me atragante con el vino.

Giorgio sonrío, él no pierde la compostura, no se siente ofendido, sabe que la mayoría de la gente cree que los de los ojos jalados son chinos.

—Soy de padre italiano y madre japonesa —le responde.

—Mmmm, italiano con japonés, qué buena mezcla, y se puede saber ¿a qué se dedica el *ragazzo* (insiste con esta palabra que odio) de *nuestra pequeña Oriana*?

Yo, a estas alturas, ya no sé si ofenderme o reírme de las estupideces de este hombre andaluz, el cual vino a Florencia una sola vez en su vida y con esa vez tuvo para abandonar a su mujer y a su casa para poner un restaurante español en esta ciudad. *Nuestra y pequeña Oriana* no cabe de la risa y no se puede controlar, ahora resulta que mi jefe era protector y se había convertido en una especie de padre para mí, cuando la realidad de las cosas era que me descontaba los minutos que llegaba tarde, las jornadas de ocho horas a veces terminaban en diez u once, gritaba a sus empleados, dudaba de que alguno de nosotros le robara botellas de vino y tomaba nota de lo que comíamos.

Giorgio me aprieta la mano para que deje de reírme y disimule un poco, y responde:

—Soy pintor de cerámica —para este entonces la botella de Pedro Jiménez se ha vaciado, la vista ya la tengo nublada y la lengua pastosa, me quiero ir pero no sé cómo terminar la conversación.

—¿Cerámica? —pregunta el pelón de mi jefe.

—Sí, cerámica, en su mayoría vajillas.

—Mmmm, suena muy interesante —Rafael se pasa la lengua por los dientes, costumbre que practica siempre después de comer—, ¿qué tal se vería una sabrosa paella auténtica andaluza sobre un plato de cerámica italiana, pintado por unas manos japonesas? Me gusta la idea —dice, nada más falta que se ponga a negociar sobre el precio de cada plato, pienso.

Así fue como de pronto me vi sentada en la mesa número ocho, del restaurante La Central de Granada donde trabajo, compartiendo mesa con Rafael, mi jefe, y Giorgio, mi novio, bebiendo vino como si fuera agua natural, para este momento la ley del tabaco había expirado y todos fumábamos. Elena, junto con los otros meseros y dos cocineros, sentados todos en una mesa, fumaban también y tomaban una cerveza, resignados hasta que el jefe diera por terminada la noche. Giorgio se levantó, me tomó de la mano y dijo con la voz ronca que lo caracteriza, que ahora se arrastraba un poco por el efecto del alcohol:

—Rafael, ha sido un placer conocerlo, muchas gracias por sus atenciones, con gusto le mando varias muestras de las vajillas que harían que sus deliciosas paellas se vieran espectaculares un día de la semana, por ahora me voy a hacerle el amor a *mi pequeña Oriana* (haciendo énfasis en *mi* y *pequeña*) hasta que mi viejo cuerpo aguante.

Y nos fuimos, yo con una enorme sonrisa, mucho alcohol en el cuerpo y el sentimiento de orgullo de que ese hombre tan valiente e inteligente era mío; dejaba atrás a Rocío Jurado y su amor por las olas, que ahora se había puesto melancólica.

Capítulo XXIV

Las cicatrices doradas de las palomas rotas

Mi vida comenzó a fluir a una velocidad que hace difícil recordar cada momento que ha pasado desde que conocí a Giorgio unos meses atrás. Las idas y venidas entre Florencia y Verona no han parado, me he convertido en una experta en horarios de trenes, de alta velocidad y regionales, que cada viaje disfruto más.

He desarrollado un cierto tipo de adicción por este hombre, disfruto cada momento que estamos juntos, decidí que si quiero compartir mi vida con alguien, y específicamente con él, tenía que ser sincera y contarle mi pasado, mis tribulaciones, mis anhelos, mis miedos, esas sombras que me han perseguido a lo largo de mi vida, mis fracasos, y así fue como le platiqué de mi padre y de su amor por las palomas, de mi madre, su alcoholismo y sus depresiones,

sus reclutamientos en centros de rehabilitación, de mi nana y, sobre todo, de Alicia, mi hermana, de nuestra niñez y de su muerte.

Me sentí fuerte, me armé de valor y aproveché el fin de semana de nuestro reencuentro para ponerlo al tanto de la mujer un poco loca y sobre todo llorona a la que él cariñosamente llama Nina.

Puedo decir con total seguridad que se lo he contado todo, un río desbocado de anécdotas, información, malos chistes, una que otra risa y muchas lágrimas, inclusive le he mostrado las fotografías y dibujos enviados por mi nana, que ahora adornan con sus respectivos marcos las paredes de mi minúsculo, pero querido, departamento.

Esta sincera confesión me ha dejado completamente indefensa y vulnerable ante Giorgio, que podría utilizar todo lo que sabe en mi contra, ahora que conoce mis puntos débiles y mis roturas internas. Yo decidí confiar y soltar, si no era ahora, probablemente terminaría por arrepentirme y por sabotear mi posible felicidad a su lado.

Después de todo lo que escuchó esa noche, Giorgio decidió quedarse conmigo, a mi lado, sin querer arreglarme, sin querer que olvide mis roturas, al contrario, utilizó una metáfora de filosofía oriental que no me la he podido quitar de la cabeza, que de cierta manera me consuela el saber que no me ve como una pieza dañada, quebrada, sino que, según él, como las vasijas de cerámica que sufren algún daño o fractura y son arregladas uniendo sus partes con polvo de oro; en lugar de ocultar sus defectos y grietas, con el oro se resaltan, una especie de transmutación del dolor para convertirse en una pieza mucho más hermosa y más fuerte que una que no ha sufrido rasguño alguno: las famosas cicatrices de oro, la aceptación de

lo imperfecto, así dice Giorgio que soy, y por primera vez me gusta saberme y sentirme rota, y saber que así estoy bien.

*

Hoy es mi cumpleaños número treinta y seis, he venido a Verona a pasar el fin de semana. Giorgio me ha recogido en la estación de tren, cada vez que lo vuelvo a ver mi corazón se acelera, el sudor se hace presente en mis manos, sigo sin entender cómo fue que lo conocí y que a partir de ese momento toda mi vida cambió; me siento afortunada y algunas veces un poco incrédula de la suerte que he tenido.

Hemos ido a comer a un restaurante, de éstos que jamás conocería si fuera turista: una casa vieja como todas las de esta ciudad y sobre todo como las de esta calle, Via Mazzini; una sala pequeña con una docena de mesas, de manteles blancos y velas, se escucha una tenue música de alguna ópera famosa, probablemente es *Rigoletto*, *La Traviata* o puede ser *Tosca* de Puccini, todavía no sé distinguir las con precisión, a pesar de que Giorgio las escucha todo el tiempo y ha tratado de adentrarme en el mágico mundo de la música.

Después de dos botellas de vino, una pasta deliciosa, un digestivo y dos cafés, Giorgio ha pedido la cuenta y me entrega un paquete envuelto en papel café bastante simple, para ser honesta, a estas alturas de mi enamoramiento así me hubiera dado un tomo de la *Sección Amarilla*, para mí hubiera significado oro, así estamos, perdidamente enamoradas.

Abrí el paquete con cuidado, tratando de no romper el papel, quería conservarlo para siempre, al igual que este momento; respiré

hondo varias veces, no quería que la emoción me ganara y que las lágrimas nuevamente me asaltaran dejándome como una mujer cursi y chillona; en efecto, era un libro, sentí un nudo en la garganta que subía y bajaba, pero se mantenía adentro, intacto todavía, mis dos voces se habían quedado mudas no sabiendo muy bien cómo actuar, me gustó sentirme en silencio.

El libro era una de las primeras ediciones de *El vizconde demediado* de Italo Calvino. Su cubierta blanca, vieja y dura, con las esquinas un poco dobladas, un dibujo de un caballero vestido con armadura de guerra partido en dos; sus páginas amarillas soportando el paso de los años; las arrugas de sus hojas señalaban que alguien lo había tenido antes que yo y por alguna razón se había despojado de ese tesoro y ahora, años después, la historia de Calvino y la historia del exdueño del libro descansaban en mis manos.

Me emocioné, mas no lloré, había leído ese libro hacía muchos años y me había cautivado la historia de Medardo y sus dos mitades, la buena y la mala, que encontraba la belleza en las cosas partidas, en lo hecho a trozos, lucha que dura toda la historia. Me encantó el regalo y ya me imaginaba los días próximos en que lo disfrutaría leyendo junto a la chimenea en el departamento de Giorgio o en mis travesías en tren.

Caminamos a su casa junto al río, ahora el frío del invierno ha abandonado la ciudad, al igual que el frío de mi cuerpo, y la primavera se siente en todo su esplendor. El sol, a punto de caer, poco calentaba, su luz amarilla bañaba las calles, los árboles, las macetas con flores que adornan los balcones, las fachadas de las casas se iban pintando de esa luminosidad, para minutos después abandonarla y dar entrada a la oscuridad de la noche.

No sé si sea debido al enamoramiento del cual soy presa o simplemente sea cierto, todo lo que mis ojos perciben es de una belleza inigualable, el color del río, el sol que se pone en un extremo, hasta la ropa colgada en los cables que cruzan las angostas calles.

El brazo de Giorgio me rodea la cintura, entramos al edificio de su departamento, el majestuoso elevador tapizado de terciopelo rojo aguarda a que algún valiente lo monte, nosotros, como siempre, subimos por la escalera. Giorgio abre la puerta del departamento, el olor a fresco, tan peculiar a él, se condensa justo detrás de la puerta, pero hoy, aparte de encontrarme con su olor, vi en la sala cómodamente sentados en los sillones grises a Isabella y Andon, a Hikari, la madre de Giorgio, y a su hija Sakura.

Es una gratísima sorpresa para mí ver a Isabella y Andon, justo había hablado con ella anoche para informarle mis planes de venir el fin de semana, ella me dijo que Andon tenía que trabajar, por lo que jamás me imaginé que fueran a venir a festejarme.

Abracé a Isabella fuerte, queriéndole transmitir lo mucho que significaba que hubiera venido a Verona, también me alegro de que la madre de Giorgio haya aceptado la invitación, me saluda con una ligera reverencia y un delicado apretón de mano, pero yo, que me siento tan contenta y cautivada por la sorpresa, la abrazo y siento su frágil cuerpo y le doy un beso en cada mejilla; repito lo mismo con la hija de Giorgio, nada más verla me ha maravillado su fina belleza.

Los niguiris, los rollos, las gyozas, que se han convertido en mis favoritas, circulan de plato en plato, todo previamente elaborado por Hikari. El sake, el vino blanco, los dulces y el pastel de chocolate

amargo con una sola vela, el té verde, se me figura una escena de una película feliz y así me siento, feliz.

Giorgio, sentado a mi lado, muy junto de mí, me toma de la mano, y así es cómo en cuestión de segundos, mis ojos se detienen en cada una de las personas que me rodean, causantes de que me sienta así, todo me parece tan nuevo y a la vez tan familiar.

Miro a mi suegra, elegante aun con sus muchas décadas cargando a sus espaldas, su piel lisa y firme, su cuerpo delgadísimo y encorvado hacia adelante, sus manos descansan en sus rodillas, encima de su vestido de seda, de colores vibrantes, con sus cabellos plateados y lacios como los de Giorgio, sujetos a un pequeño moño apoyado en su nuca, sus ojos ya sin ver, cansados y nublados, agotados por los años que se dedicó a pintar minuciosamente platos, vasos, jarrones y tazas, con su trazo magistral, delicado y firme, ése había sido el precio que había pagado por ser útil y por ser tan buena y tan perfeccionista.

La veo, participa en la conversación, sabe de todo lo que ocurre actualmente, su ligera risa confirma que se lo pasa bien, se desenvuelve como pez en el agua.

Sakura, la hija de Giorgio, aun con su juventud es madura, a lo mejor más madura que yo, no lo dudo ni tantito, recae en ella la sabiduría de su familia, de su padre, es alegre, espontánea, tan parecida a Giorgio, con la piel aún más blanca que la de su padre, sus pequeños labios pintados de un intenso rojo, con una sonrisa permanente y su pelo negro brillante, cortado en una melena estilo bob tan de moda últimamente, viene vestida con una minifalda, unas botas de tacón que la hacen verse más alta de lo que ya es, una chaqueta de cuero negra; al verla así es difícil imaginarla como habla

de ella su padre, amante de la política, excelente estudiante, políglota y tímida.

Sakura habla de los conflictos que pasa ahora que estudia en Londres, lo difícil que es adaptarse a una ciudad nueva, vibrante, que vive deprisa, y ella acostumbrada a vivir tan despacio, a mis ojos parece una delicada taza de porcelana, fina, esbelta y perfecta.

Isabella y Andon se ven tan enamorados, unidos de la mano en todo momento; el sake ya empieza a causar estragos en la lengua de Andon, su voz ronca, con su característico acento extranjero, arrastra las palabras que cada minuto se escuchan más fuerte; cuestiona la idea perfecta que el mundo tiene de la globalización, Isabella lo recrimina con miradas fulminantes, trata de cambiar la conversación con tal de que Andon no se enganche con un solo tema como es costumbre en él y aburra a los demás invitados.

De repente suena el timbre, nos sobresalta a todos un poco, a estas horas de la noche ya no esperábamos a nadie, para sorpresa de todos es Aina, la hermana de Giorgio, el único miembro de su familia que me faltaba por conocer.

—Pero, Aina, ¿qué no estabas en Roma? —le pregunta Giorgio mientras le da un fuerte abrazo, ella no es alta como él ni como Sakura, es delgadísima, pareciera se va a romper en cualquier momento, pantalón de cuero, botas Dr. Martens y un ligero abrigo igualmente de piel, con el cabello tan lacio y tan negro que pareciera es más joven que yo; espero llegue mi turno para saludarla.

—Sí, pero tomé el tren en cuanto colgué contigo, pensé que no había excusa alguna para no conocer a la mujer de la que hablas todo el tiempo y la que hace que trabajes a una velocidad nunca antes vista —se acerca a mí, me toma de las manos y me da un abrazo tan

fuerte que para el delgado cuerpo que tiene no sé de dónde saca las fuerzas—. Por fin nos conocemos, Oriana, bienvenida a la familia —dice, mientras me toca la cara con sus manos—, eres más guapa de lo que imaginaba y ese cabello largo y rizado, eres la envidia de todas las japonesas —va diciendo, mientras juega con mi cabello, estirando los chinos, lo cual provoca que suelte una risita y me sienta más cómoda.

Me entrega una pequeña caja con un lazo rojo, lo abro mientras le agradezco el detalle, son unos pendientes de piedra negra, largos, con montura dorada, nunca había visto unos parecidos y son tan bonitos que por cuarta vez en lo que lleva mi celebración siento el nudo con sabor a sal pasearse por mi garganta.

En un par de minutos, Aina toma posesión de la conversación y de la noche, como si nos conociera a todos desde hace años, tiene una personalidad tan ágil y tan social que hace que todos nos sintamos como en casa, rellena los pequeños vasos de sake mientras platica de su vida y de la personalidad de los hombres que no ha llegado a entender después de dos matrimonios y muchos amantes, todo contado de una manera tan alegre que ninguno puede dejar de reír con cada comentario que hace, incluida su madre que toma sake como si fuera agua.

Giorgio, que me mira en todo momento, me dedica atención, quiere asegurarse de que estoy bien, contenta, que no falta nada más, tranquiliza mi corazón y por fin mi voz interior que suele atormentarme con suposiciones fatales se calla.

Sólo hacen falta mi madre y mi nana, y si pudiera pedir lo que quisiera desearía que estuviera Alicia, mi hermana, aquí también, que hablara de sus experiencias en la India, de las dificultades que

pasó, a lo mejor así, teniéndola cerca, pondría más atención y encontraría alguna pista para saber por qué quiso morir. Decidí guardar las cartas que le envió a mi nana cuando vivía en la India y que a su vez mi nana me envió a mí, pienso que es violar su privacidad y aunque esté muerta y no exista forma alguna de que me regañe por entrometerme en su vida, he decidido respetar su silencio.

Veo el dorso de mi muñeca, aún con los dedos entrelazados de Giorgio, toco el pez azul que me tatué hace unas semanas, diseño de Giorgio, mi artista favorito, ese hombre mitad japonés, mitad italiano que me sonríe dulcemente, lee mis pensamientos, sabe que eso era todo lo que él me podía ofrecer, las otras tres personas no las puede traer a compartir mi cumpleaños.

Pasé ligeramente mis dedos sintiendo el suave relieve que la pintura azul ha hecho en mi piel, es un pez realmente hermoso, con el único ojo que tiene me mira, me observa, me confronta y así será siempre, sonrío y levanto la mirada, mis ojos se detienen en la terraza del departamento de Giorgio, lo que veo me deja un sentimiento de tranquilidad que hace mucho no sentía, de quietud y de saber que todo estará bien.

En la terraza, una paloma gris con rayas blancas en sus alas, igual a las que criaba mi padre; su ligero mover de la cabeza, con sus ojos nerviosos, con su arrullo tan característico que antes me molestaba y que ahora, de cierta manera, me reconforta, me llama. A lo mejor es momento, como las palomas viejas, de regresar a casa y descansar, ya lo pensaremos mañana, Oriana, noto una sonrisa en mis labios y respiro, respiro, hondo, profundo, como lo he aprendido a hacer.

Índice

9	Capítulo I
13	Capítulo II
19	Capítulo III
25	Capítulo IV
33	Capítulo V
43	Capítulo VI
49	Capítulo VII
53	Capítulo VIII
57	Capítulo IX
65	Capítulo X

75	Capítulo XI
85	Capítulo XII
91	Capítulo XIII
103	Capítulo XIV
111	Capítulo XV
121	Capítulo XVI
133	Capítulo XVII
141	Capítulo XVIII
151	Capítulo XIX
161	Capítulo XX
167	Capítulo XXI
177	Capítulo XXII
185	Capítulo XXIII
193	Capítulo XXIV. Las cicatrices doradas de las palomas rotas



Cuando vuelvan las

palomas, de Lucía López Corcuera, se

terminó de imprimir en noviembre de 2018,

en los talleres gráficos de Jano, S. A. de C.V., ubicados

en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7,

colonia Parque Industrial Exportec II, C. P. 50223, en Toluca,

Estado de México. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su

formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo

Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix

Suárez, Hugo Ortiz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. For-

mación, portada y supervisión en imprenta: Lucero

Estrada. Cuidado de la edición: Carmen Itzel Ra-

mírez Rosas y la autora. Editor respon-

sable: Félix Suárez.

